

BLACK

NESSA O'DALYS

BLACK

NESSA ODALYS

*“Unas veces se gana, otras veces se aprende,
pero siempre cree en ti mismo.”*

PRÓLOGO

Nahuel me agarró del cabello y tiró fuerte. Intenté zafarme, pero mi contrincante era demasiado corpulento y musculoso. Me empujó con tanto ímpetu que acabé con la nariz pegada en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. Entonces me dio la vuelta y se sentó encima de mis piernas. Grité de dolor y de impotencia. Si él ganaba la convivencia entre seres humanos y seres sobrenaturales iba a irse al garete, porque si algo tenía claro después de tantos años de relación amorosa con él es que Nahuel no era de los que se conformaban con dominar solo el mundo sobrenatural. Su ansia de poder era tan grande que eso le había llevado a cruzar la línea que separa el bien y el mal, adentrándose en la oscuridad de mano de la magia negra.

—¡Deja de moverte, maldita zorra!

Le di un par de golpes en el estómago.

—¡No! Voy a seguir luchando. Si quieres que deje de moverme, tendrás que matarme.

Nahuel me sujetó los brazos con sus enormes brazos mientras pronunciaba un hechizo de inmovilización. De repente, mis brazos y mis piernas se adhirieron al suelo como si alguien les hubiera puesto pegamento. Todo intento de moverlos, ni que fuera un solo milímetro, fue en vano. Mi ex apartó sus manos de mis brazos a sabiendas que ya no corría peligro de ningún golpe.

—No me tientes, Antía. Por desgracia, te necesito viva para poder realizar mis planes de futuro. Eres mi moneda de cambio con tu padre.

—¡Vete al infierno, maldito cabrón! —le escupí en toda la cara.

Después de una breve mirada desafiante, Nahuel me dio un par de enérgicos puñetazos en la cara. El sabor metálico de la sangre no tardó en recorrer toda mi boca.

—Esta vez vas a aprender a las malas quien es el que manda aquí.

Sacó su Athame del interior de su chaqueta y lo pasó por delante de mis ojos varias veces. Me pregunté que pretendía hacer con eso, por desgracia, no tardé ni tres segundos en averiguarlo. Sin dudar ni un instante y sin ningún tipo de remordimiento en su rostro, me asestó varias puñaladas en el abdomen. Retorcida de dolor en el sentido metafórico, ya que no podía moverme y, entre gritos y chillidos, supliqué que parase. Nahuel se detuvo un momento a admirar lo que había hecho, sonrió de manera malévolamente y volvió a apuñalarme una vez más.

—¡Hi...jo... de... puta! Te...te arrepenti... rás de esto.

—Sobrevivirás. Y ahora...voy a asegurarme de que recuerdes para siempre quien manda de los dos y a quien perteneces—. Nahuel acercó su mano derecha a mi cabello y me arrancó un mechón de pelo. Segundos después sacó dos pequeñas piedras rojas de otro de los bolsillos interiores de su chaqueta y las colocó encima de mi corazón junto con el mechón de cabello. Nada más tocar mi piel, las piedras empezaron a brillar. Eran óvalos de fuego, famosos por soportar y canalizar en su interior la energía de cualquier hechizo y maldición. Miré fijamente a Nahuel. No tenía ni idea cual iba a ser su siguiente paso y aquello me atemorizó hasta tal punto que empecé a temblar—. Por el poder que me otorga mi señor de la oscuridad, príncipe del infierno y de las tinieblas, yo te maldigo a ti, Antía O'Donnell Denon desde ahora y hasta el fin de los días en este mundo revivirás este momento cada año de tu vida hasta que llegue tu verdadera muerte.

Permanecerás congelada en edad hasta entonces, no pudiendo envejecer—. Nahuel sabía que eso último era una auténtica puñalada traperera para cualquier bruja que quisiera tener una vida normal entre ambos mundos—. Invoco a mi elemento, el fuego, para que esta maldición se cumpla hasta que estos óvalos sean destruidos—. Bajé la vista para mirar a aquellas piedras semipreciosas durante unos instantes. Fue entonces cuando mi mechón de pelo ardió en pocos segundos, dejando un horrible olor a quemado. Tras asegurarse de que no quedaba ni rastro de él, volvió a coger los óvalos de fuego y se los guardó en el bolsillo izquierdo de su pantalón—. Oh, querida mía. Te prometo que me aseguraré de que jamás los encuentres—. Dicho eso, acercó sus labios a los míos y me dio un beso—. Tengo que irme ahora antes de que llegue el gilipollas de tu hermano. ¡Ah! No te preocupes, sobrevivirás a esta noche, pero los siguientes años serán un infierno para ti. Adiós, nena.

Nahuel se puso de pie y me echó un último vistazo rápido antes de darse media vuelta y dirigirse hacia su moto dejándome allí tirada, agonizando mientras me desangraba poco a poco. Cada segundo que pasaba se me hacía más difícil respirar y llenar los pulmones de aire. Ni siquiera podía mover mis manos para buscar algo para tapar las heridas y contener las hemorragias hasta que llegase mi hermano y mi equipo. El sabor metálico de la sangre volvió a inundar mis papilas gustativas al mismo tiempo que mi corazón disminuía sus latidos por la falta de sangre a bombear. Intenté mantener los ojos abiertos, tenía que seguir despierta fuera como fuese, pero el cansancio era demasiado grande y los párpados empezaron a pesarme.

Entonces escuché a lo lejos muchas voces pronunciando mi nombre a gritos, pero ya era tarde. El dolor de las puñaladas en mi cuerpo y de los golpes que había sufrido durante el combate de poderes con Nahuel eran insoportables y la única manera de deshacerme de eso y evitar que mi ex consiguiera su objetivo era no sobrevivir a esta noche. Por esa razón, cerré los ojos y dejé de luchar para morir.

CAPÍTULO 1

El despertador sonó a las seis en punto como cada mañana. No había pegado ojo en toda la noche dando vueltas y vueltas mientras pensaba que camino debía seguir para encontrar los dos óvalos de fuego de color rojo y destruirlos para poder anular la maldición que Nahuel me había echado. Por desgracia, todas las pistas que había seguido hasta ese momento habían resultado inútiles y eso me hacía volver al punto de partida una y otra vez, lo cual resultaba una auténtica pérdida de tiempo teniendo en cuenta que en menos de cinco meses sufriría en mis carnes, una vez más, la maldición de mi exnovio brujo y, siendo sincera, no creía que pudiera soportarlo otra vez. No quería volver a pasar por el proceso tan doloroso de sentir como mi cuerpo moría poco a poco después de ser apuñalada varias veces, de ser consciente como mis manos o mis piernas no respondían a ninguna orden que les daba mi cerebro o que mis pulmones ya no se llenaban de aire para respirar, aunque al día siguiente ya no quedara ni rastro ni señal de aquel brutal asesinato y todo volviera a la normalidad como si solo hubiera sido una pesadilla. Hasta el siguiente año.

Llevaba cinco años buscando los malditos óvalos de fuego, valga la redundancia. Eso significaba que llevaba ya cinco años estancada en la misma edad. No es que no me gustara tener veintiséis años, pero si no conseguía anular la maldición, nunca podría tener una vida normal y envejecer como cualquier ser vivo. Tal vez fuera un bicho raro por querer cumplir años, pero para mí eso significaba evolucionar y crecer tanto a nivel emocional como psíquico y no tener que renunciar a la posibilidad de poder tener hijos, pues sería muy raro que los niños crecieran y, en cambio, el paso de los años no hiciera mella en mí, pero sobre todo, era muy importante porque así no tendría que huir ni esconderme de la sociedad, porque sería muy embarazoso tener que responder a preguntas del tipo “¿has hecho un pacto con el diablo para no envejecer?” o aguantar los comentarios como “estás igual que hace veinte años”.

Por ese motivo, después de dejar el cuerpo de policía y, aprovechando mis cualidades como bruja, me hice detective privada y decidí emprender un viaje que me llevó a buscar los óvalos de fuego por varios lugares del mundo. Estar tanto tiempo sola y viajando fue la excusa perfecta para dedicarme a mi segundo gran amor: la escritura. Así pues, entre pista y pista de mi investigación personal nació *Tinieblas y humo en Ghost Hill*. La primera de las novelas de una trilogía que tenía en mente y que había tenido mucho éxito de ventas debido a las intensas escenas de terror y de sexo que contenía la historia. Seis meses después de la publicación del primer libro, empecé a escribir la segunda parte, *Las cenizas del halcón*, la cual hacía una semana que se la había enviado a mi editor. Tenía intención de ponerme a escribir cuanto antes la tercera parte y cumplir así con los plazos que mi editor me había asignado, pero ni la música, ni las sesiones de meditación ni los últimos viajes a Irlanda me habían ayudado a recuperar la inspiración. Además, últimamente la mesa de mi despacho estaba llena de dosieres y carpetas de casos pendientes por resolver y no podía retrasarlos más.

Cansada de perder el tiempo en la cama, me levanté y me vestí con ropa deportiva para salir a correr como hacía todos los días. Los lunes solía correr un par o tres de kilómetros más por el

parque para liberarme de los gramos cogidos por los excesos del fin de semana. Siempre solía hacer la misma ruta, pero esa mañana, en cuanto puse los pies en la calle, mi intuición me indicó que debía cambiar de ruta, así pues, empecé a correr en dirección contraria a la habitual.

Media hora más tarde me adentraba en el polígono industrial de la ciudad donde vi varios coches y camiones cargando o descargando material. Seguí corriendo por aquellas calles anchas. Ya llevaba callejeando un buen rato cuando me fijé en un hombre que salía de una de las naves más apartadas del final de la calle. El tipo se quedó parado en la puerta varios minutos mientras se encendía un cigarro y le daba varias caladas. El dorso de su mano estaba cubierto por varios tatuajes. Llevaba puesta una gabardina de cuero negra que le llegaba hasta los pies y casi le tapaba unas botas negras llenas de hebillas al más puro estilo gótico. Su cabello era largo y de color negro azabache, aunque destacaban los dos mechones rojos que tenía a cada lado. A medida que me fui acercando me di cuenta de que llevaba la cara pintada de color blanco mientras que sus labios se los había pintado de color negro y en medio del labio inferior tenía un piercing. Llevaba la típica barba de tres días. El tipo tiró la colilla al suelo y empezó a andar hacia el vehículo que tenía justo aparcado al otro lado de la calle. Entonces, como si hubiera notado mi presencia, se paró en medio de la carretera y giró la cabeza hacia la izquierda. Fue entonces cuando nuestras miradas se encontraron y pude apreciar que tenía un ojo de cada color. Uno verde y otro azul claro y un piercing en la ceja izquierda. Por uno momento pensé que tenía al mismísimo Marilyn Manson delante, aunque este tipo era mucho más alto y corpulento que el cantante en sus buenos tiempos. En unos segundos su mirada penetrante recorrió mi cuerpo de arriba abajo. La piel se me puso de gallina. Reconozco que su aspecto impresionaba e incluso intimidaba un poco, aunque yo era una mujer valiente que hacía ya tiempo que no se asustaba de nada y ni de nadie. Además, yo era bruja y, aunque estaba prohibido usar los poderes delante de los humanos, si intentaba algo raro conmigo, iba a acabar chamuscado por una bola de fuego en un abrir y cerrar de ojos.

No me lo pensé dos veces, sin parar de correr pasé por delante de él y, como si fuera la cosa más normal y habitual del mundo, le di los buenos días. No tardó ni dos segundos en devolverme el saludo. Su voz era grave y seductora al mismo tiempo. Enseguida me sentí atraída, lo que era una auténtica locura, pues ese hombre no era ni por asomo mi tipo. Sacudí la cabeza y me alejé de él. Poco después escuché como abría con el mando a distancia las puertas del coche. Seguí corriendo. Ya estaba casi doblando la esquina cuando oí como el vehículo se alejaba de allí. Fue entonces cuando decidí dar media vuelta y regresar al lugar de donde le había visto salir.

Cuando llegué a la nave me fijé en el letrero luminoso, aunque a esas horas estaba apagado. *Las puertas del infierno*. Si no recordaba mal, ese era el local donde había empezado a trabajar Juanma, mi vecino y gran amigo, hacía ya un mes. Sonreí al darme cuenta de que mi intuición me había llevado hasta allí por algún motivo y, fuera cual fuese, iba a descubrirlo.

Al llegar a casa me di una ducha rápida y desayuné antes de coger el coche para ir a trabajar. Mi objetivo de ese día no salía de su hogar hasta las nueve de la mañana, de modo que, disponía todavía de media hora por delante para llegar al punto de partida. Me esperaban unas cuantas horas de observación y seguimiento para poder darle un informe, lo más detallado posible, a mi cliente. No solía aceptar casos de este tipo porque no me gustaba investigar la infidelidad de nadie. No por la investigación en sí la cual se basaba en seguir al objetivo y fotografiarle pillándole in fraganti, sino más bien porque comunicarle al cliente que sus sospechas eran ciertas y que tenía las pruebas, era un mal trago. Estaba acostumbrada a dar malas noticias, pero la ira y el despecho de un cliente al que habían puesto los cuernos me afectaba demasiado y en cuanto se iba del despacho siempre tenía que hacer una limpieza para que la energía negativa desapareciera

y todo volviera a la normalidad.

Tal y como me había informado mi cliente, el objetivo salió del portal del inmueble sobre las nueve. Se subió al coche que tenía aparcado a unos cinco metros más allá y puso en marcha el motor, al igual que hice yo. Le seguí por toda la ciudad hasta que llegamos a un edificio de oficinas donde se pasó toda la mañana. Al mediodía, justo a la hora de comer, salió acompañado de una mujer bajita, delgada, morena y de unos treinta años. Hice varias fotos antes de que subieran al coche y seguirles hasta otro edificio. Ambos salieron del coche al mismo tiempo y entraron. Hice más fotos con la cámara. No tenía pinta de ser un hotel. Me bajé del coche y me dirigí hacia allí. Tal vez fuera la residencia de ella. Eso significaba que tenía que anotar los nombres de las personas que había en los buzones e investigarlas para ir descartando. Nada más llegar me fijé en que justo al lado del botón del telefonillo del Bajo A había una pegatina donde ponía *Alcohólicos anónimos*. Tal vez éticamente no fuera la mejor manera de acceder, pero mi intuición me indicó que tenía que apretar el botón y así lo hice. Una voz femenina no tardó en responderme y en cuanto le dije que quería información para una amiga, enseguida me abrió la puerta. Antes de dirigirme hacia esa sociedad, le eché un vistazo a los nombres de los buzones. Exceptuando un par de ellos, los demás correspondían todos a distintas empresas. Hice algunas fotos con el móvil y, a continuación, me dirigí hacia la puerta que estaba entreabierta.

Al entrar vi sentados en uno de los sillones a mi objetivo y a su acompañante. Estaban conversando en voz baja, por esa razón tuve que agudizar mi sentido del oído mientras me dirigía a paso lento hacia el mostrador.

—Jorge, de verdad que no hace falta que me acompañes.

—Maria, no te voy a dejar sola en esto. Somos compañeros de trabajo y amigos desde hace muchos años y creo que esto es muy importante. Haré lo que sea para ayudarte a superar esto y el mal bache por el que estás pasando.

—¿Y qué pasa con tu mujer? ¿no crees que ella va a sospechar y va a creer que tienes una aventura por ahí? Sabe que sales de trabajar a las tres y media de la tarde, pero no llegas a casa hasta dos o tres horas más tarde desde hace tres meses.

—Sé que tengo que hablar con ella y espero que lo entienda cuando se lo explique. Además, no estoy haciendo nada malo. No estoy siendo infiel. Así que, déjate de preocuparte por eso y céntrate en ti.

Ya tenía lo que había venido a buscar. Esta vez no iba a tener que dar malas noticias, sino un simple consejo a mi cliente. Iba a darme media vuelta cuando una voz masculina me llamó la atención. Entonces me dirigí hacia allí y actué poniendo interés en todas explicaciones que el hombre me dio.

Minutos más tarde, ya estaba de regreso a mi coche y de camino hacia mi despacho. Aunque a medio camino, hice una pequeña parada para comer un bocadillo en un bar.

Sobre las seis de la tarde entré por la puerta de la planta donde estaba ubicado mi despacho. Bris, mi secretaria y una de mis mejores amigas, estaba sentada en su mesa y tecleaba sin parar.

—Hola, Bris. Buenas tardes.

Ella levantó la vista y sonrió.

—Buenas tardes, Antía. Ya pensaba que no vendrías hoy.

—He estado con el caso de la señora Bolero todo el día. —Entonces me miró como diciendo “¿Y bien? Cuéntamelo todo”—. Él no la engaña. —En un par de minutos la puse al día de todo lo que había descubierto—. Voy a redactar el informe y luego... a casa. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Enseguida termino —miró los apuntes de la libreta—. Me queda una hora como mucho y ya podrás presentar este caso a la aseguradora.

—Gracias, Bris. No sé qué haría sin ti.

—De nada, jefa.

Ambas soltamos una carcajada. Bris también era bruja al igual que yo y formaba parte de mi aquelarre desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Lo dicho, Bris. Termina y vete a casa o llama a mi hermano y pídele una cita de una maldita vez y así resolvéis esa tensión sexual que hay entre vosotros cada vez que os veis.

Con la mano me despedí de ella antes de que pudiera abrir la boca para recriminarme por mis palabras. Y, sin más, entré en mi despacho.

Dos horas más tarde, con el informe terminado y revisados un par de casos para el día siguiente. Salí de allí. Bris ya se había ido. Cerré la puerta con llave mientras pronunciaba un conjuro de seguridad el cual solo Bris y yo sabíamos la palabra mágica para anularlo. Era mucho mejor que cualquier sistema de seguridad e impedía que tanto humanos como brujos pudieran entrar a robar o a husmear en mis cosas privadas.

Los lunes solía pasarme por el local que teníamos alquilado a las afueras de la ciudad, en plena sierra madrileña, para las reuniones de nuestro aquelarre, pero estaba tan agotada tanto mental como físicamente por no haber podido dormir que decidí irme directa a casa a descansar.

Después de aparcar el coche en el parking del edificio, cogí el ascensor. Apreté el botón que llevaba directo a la quinta planta. Ya se estaba cerrando la puerta cuando vi a Juanma corriendo hacia el ascensor. Le di al botón y las puertas volvieron a abrirse para que pudiera entrar.

—Buenas noches, Juanma.

Él sonrió.

—Buenas noches, preciosa. ¿Qué tal el día?

—Buf. Bastante bien. Liada con el trabajo.

—¿Con el trabajo de detective o con el trabajo no oficial?

Juanma era el único humano de mi entorno que conocía mi secreto desde hacía un par de años cuando entró en casa y vio mis libros de magia, mi altar y todos mis utensilios listos para realizar un ritual.

—De detective. Por cierto, hablando de trabajo... Esta mañana me fui a correr por el polígono y, por casualidad pasé por la calle del club donde trabajas.

—¿En serio? ¿Y sobre qué hora fue eso?

—Pasadas las seis y media. Vi a un tipo alto y fuerte de lo más gótico salir de allí. Con una chaqueta de cuero larga, tatuajes y piercings. Tenía dos mechones de color rojo y un ojo de cada color. Muy siniestro.

Juanma soltó una carcajada.

—Ese es el dueño del Club. Black. Black Skull. Se puso ese nombre porque lleva dos calaveras negras tatuadas en el dorso de cada mano y dicen que tiene otra mucho más grande que le cubre toda la espalda. Deberías venir un día al club. No es tu estilo de música, pero estoy de seguro de que te lo pasarías en grande. Aunque claro, no puedes ir vestida así.

Miré mi traje de chaqueta de color vino.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Antía, es un club gótico donde se pone música gótica y la gente va vestida de ese estilo. Incluidos los trabajadores. Los fines de semana hay un espectáculo alucinante donde varios actores y trabajadores del club se disfrazan de los personajes más terroríficos y siniestros de las

últimas décadas y se pasean por todo allí. Personajes de libros y de películas de terror. Una pasada.

—Mmmmm. Suena interesante. Tal vez les diga a las chicas de pasarnos por allí este finde.

—Genial. Avisaré en la taquilla para que os hagan un descuento. Di que vas de parte de Hammer. Ese es mi apodo en el curro.

—Hammer, ¿eh? —él asintió—. Y... ¿me va a costar reconocerte?

Juanma se echó a reír. Justo entonces llegamos al quinto piso y las puertas del ascensor se abrieron. Ambos salimos y caminamos unos pocos pasos hasta llegar a su puerta, la cual estaba justo enfrente de la mía.

—Tal vez. Pero te daré una pista. Busca en la barra de arriba.

—¿Eres camarero? Eso sí que hay que verlo. Cuenta conmigo para el próximo sábado.

CAPÍTULO 2

Aproveché la reunión que tenía al día siguiente con mi equipo de ayudantes, para sugerirles ir a *Las puertas del infierno* el próximo sábado.

—An, somos brujas, no góticas —protestó Daina.

Daina llevaba en el equipo apenas cuatro años. Siempre estaba dispuesta a realizar trabajo de campo y pasarse horas y horas persiguiendo objetivos y pistas. Además, su elemento era “Tierra”, el cual dominaba de las maneras más increíbles, provocando incluso pequeños terremotos o sacudías que nos habían salvado en más de una ocasión.

—Lo sé, pero será divertido. Además, hace tiempo que no salimos juntas por los locales de diversión de los humanos.

—Supongo que tendremos que comprarnos ropa gótica y maquillarnos —dijo esta vez Naida. Mi amiga bruja que dominaba el elemento “Agua”. Asentí—. Entonces, cuenta conmigo.

—A eso me apunto yo también. Cuenta conmigo, An. Necesito un poco de sexo, aunque sea con un humano o acabaré perdiendo el control y lanzando bolas de fuego a diestro y siniestro —dijo Adalia. Todas soltamos una carcajada—. ¿Qué pasa? Yo no tengo tanto autocontrol como nuestra líder. An, ¿cómo lo haces para dominar todos los elementos y no acabar cometiendo una gilipollez delante de los humanos?

—Cuestión de práctica. Además, suelo ir un par de veces por semana al *Claro de Luna* para utilizar una de las salas privadas y descargar adrenalina.

—Supongo que debe ser una putada no poder acostarse con un humano por miedo a matarle dejándolo calcinado.

—Lo es. Pero ya está superado. Sobre todo, porque no hay ningún brujo por la zona que me interese o me atraiga, así que, a pan y agua.

—Para tu próximo cumpleaños voy a regalarte algún juguetito sexual. Ya verás que maravilla. Placer seguro.

Solté una carcajada.

—No me cabe duda de eso, Adalia. Algún día tienes que enseñarme tu colección completa de juguetitos —ella asintió mientras se echaba a reír. Miré a Bris, la única de mis amigas que todavía no había abierto la boca. Bris no era muy habladora, pero cuando lo hacía decía verdades como puños. Tal y como su nombre indicaba, el elemento de Brisa era “Aire”—. Y, tú que dices, Bris. ¿Te apuntas a un sábado lleno de emociones tétricas?

—Por supuesto. Será interesante. Tengo ganas de ver a ese tal Black Skull. Me has dejado intrigada esta mañana.

—¿Black Skull? —preguntó Daina—. De modo que hay un humano de por medio que se llama “calavera negra”. La cosa se pone interesante. An, cuenta, cuenta. Supongo que será gótico.

—Así es.

En poco más de cinco minutos les conté lo que me había ocurrido el domingo y lo que me había dicho Juanma sobre el tal Black Skull.

—Si tu intuición te llevó hasta allí es por algún motivo y eso significa que tendremos que

descubrirlo. Trabajo de campo. Ahora sí que me apunto. Aunque tenga que ir disfrazada. Una bruja gótica. ¡Qué tópico!

Todas nos echamos a reír.

—Bueno, gracias a todas. Y ahora, terminemos con la reunión. Toca reparto de casos y tareas para las próximas dos semanas hasta terminar el mes. ¿Empezamos?

Una vez finalizada la reunión, nos fuimos al *Claro de luna* a tomar algo. Un local donde el acceso era único y exclusivo para brujas y brujos y donde podías utilizar tus poderes sin infringir ninguna ley del Consejo de Brujos, aunque siempre dentro de unos límites y reglas para no molestar a ningún otro miembro del local.

Después de bebernos un par de copas, quedamos en ir de compras el viernes por la tarde. Daina y Adalia se ofrecieron voluntarias para buscar tiendas de ropa gótica por la ciudad y por internet. Después de dos copas más, las cinco nos metimos en una de las salas privadas y jugamos a uno de nuestros juegos favoritos el cual consistía en hacer dos grupos e intentar coger un pequeño balón de plástico mientras utilizábamos el elemento que dominábamos contra nuestro rival. Yo dominaba a los cuatro elementos, así que siempre me tocaba ir turnándome de equipo para evitar que hubiera tanta diferencia de poderes.

Cuatro horas más tarde, completamente agotadas pero satisfechas, felices y en armonía con nosotras mismas nos dirigimos de nuevo hacia el centro de la ciudad. De camino a casa, decidí pasarme con el coche por el polígono industrial, pero cuando llegué a *Las puertas del Infierno* me encontré con las luces apagadas y sin ningún coche alrededor. Miré el reloj. Las cinco de la madrugada. ¿Cómo demonios iba a estar un Club abierto a esas horas siendo un día de diario? Me eché a reír mientras conducía hacia a casa y pensaba en la estupidez que acababa de hacer

CAPÍTULO 3

Quedé con las chicas el sábado por la tarde en mi casa. Todas ellas sabían que yo era muy exigente con la puntualidad y no me defraudaron. A las siete en punto sonó el timbre del interfono. Les abrí la puerta y esperé.

Mis amigas fueron entrando y dejando encima del sofá las bolsas con la ropa y las botas que nos habíamos comprado el día anterior en varias tiendas de estilo gótico de la capital. Después de un breve saludo y ponernos al día sobre las últimas novedades en lo que concernía al mundo sobrenatural al que pertenecíamos, empezamos a sacar la ropa y la colocamos encima de la mesa.

—Bueno y ¿quién va a ser la primera en someterse al cambio? —pregunté. Naida levantó la mano—. Pues venga, vamos al lio. Escoge ropa. Luego te maquillaremos y te peinaremos. Quien no quiera teñirse el pelo tengo preparados un par de mejunjes mágicos. Solo hay que pronunciar el conjuro adecuado y el color del pelo cambiará. El efecto es reversible. Lo he preparado para que duren unas doce horas. Tiempo suficiente.

Naida sonrió y me dio un abrazo.

—¡Qué guay! Me encanta cuando tenemos trabajo de campo y podemos hacernos pasar por otra persona.

—En realidad, no es necesario que utilicéis nombres falsos, pero si la cosa se complica os doy permiso para utilizar el conjuro para borrar la memoria y que no recuerden que hemos estado allí.

—Eso mola. Puedo tirarme a un humano y que luego no me dé la brasa para volver a quedar.

—Adalia, tía, estás más salida que los cuatro picos de una mesa —le contestó Daina.

Nos miramos unas a las otras antes de echarnos a reír.

—An, ¿puedo tirarle los tejos a Juanma? —preguntó Naida.

De repente, todas cesaron sus risas y centraron sus ojos en mí. Todas ellas sabían que durante un tiempo me sentí atraída por mi vecino, al igual que él lo había estado por mí. A Juanma no le importaba que yo fuera bruja, pero, por lo visto, a mis dones si les importaba que yo estuviera con un humano y me lo hicieron saber el día que Juanma me besó y yo le transmití una corriente eléctrica tan fuerte que le provocó un paro cardíaco durante unos pocos segundos. Fue tan solo un instante, pero fue el peor momento de mi vida. Cuando Juanma recuperó la conciencia tuvimos una larga conversación sobre el tema y, a pesar de que ambos nos gustábamos y nos apreciábamos mucho, decidimos dejar lo nuestro en una relación de amistad. Así fue como Juanma se convirtió en mi mejor amigo humano con el que podía contar siempre que lo necesitaba. Incluso había colaborado con el equipo en alguna de las misiones haciendo pasar por mi novio o el novio de alguna de las chicas.

—Por supuesto, Naida. Lo nuestro es agua pasada, pero no le perviertas mucho.

—Nah, solo lo justo y gracias.

Asentí.

—En fin, vamos a ponernos manos a la obra o se nos hará muy tarde. Mientras os vais cambiando voy a pedir unas pizzas. Cenaremos aquí. Juanma me comentó que los pinchos que servían allí eran un tanto especiales y no aptos para todos los públicos ni todos los paladares, por esa razón, creo que lo mejor será ir con el estómago lleno.

Todas asintieron y mientras yo encargaba un par de pizzas, una a una se fueron cambiando y se fueron maquillando entre ellas.

—Solo quedas tú, An —dijo Bris justo cuando el timbre del interfono sonó.

—Deben ser el repartidor. Cojo las pizzas y me cambio.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí justo cuando el chico se disponía a llamar al timbre. Sonreí. Me entregó las pizzas con las manos temblorosas. Cuando nuestros dedos se rozaron, observé como tragaba saliva. Luego, soltó un leve suspiro. Dejé las pizzas en la cocina y regresé a la puerta para pagarle.

—Quédate el cambio.

—Gra... gracias, señorita.

Sonreí.

—Gracias a ti. Nos vemos.

El chico se pasó la mano por detrás de la nuca y sonrió nervioso.

—Sí, claro. Por supuesto. Siempre que pida usted una pizza.

—Lo haré —le guiñé un ojo—. Hasta pronto.

Cerré la puerta y me dirigí hacia el comedor.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Bris.

—¿Qué pasa? Solo he sido simpática con el muchacho.

—Has coqueteado con él. Ten por seguro que esta noche tú vas a ser la protagonista de sus sueños húmedos.

—Bris, que manera más elegante de decir que el tipo va a hacerse una paja pensando en An.

Solté una carcajada.

—Bueno, tal vez pueda colarme en sus sueños y tener una interesante e intensa ración de sexo. El muchacho no estaba nada mal. Un poco joven para mí, pero no importa.

Todas me miraron atónitas. Daina fue la primera en hablar.

—Estás de buen humor. Eso significa que hoy vas a dar guerra en plan femme fatale. Va a ser interesante ver como todos esos humanos se sienten atraídos por la bruja más poderosa de toda la provincia.

Sonreí.

—Venga, vamos a dejar de hablar y perder el tiempo. Voy a vestirme y enseguida nos ponemos con el maquillaje.

Para esta ocasión elegí un vestido negro bordado de tirantes anchos y corto, pero con corte desigual ya que por detrás era más largo. Justo en encima del vestido me coloqué el cinturón ancho de cuero con tres hebillas que me cubría desde el ombligo hasta justo debajo del pecho. A continuación, me puse las medias de rejillas y las botas altas que me llegaban hasta la rodilla. Como complementos elegí unos guantes de encaje y satén elegante de color negro y una gargantilla del mismo estilo con una piedra central negra en el centro de la cual había dibujada una rosa de color lila.

—¡Wow! —exclamaron todas.

—Estás impresionante, An —añadió Adalia—. Ya verás cómo hasta el tal Black Skull va a caer rendido a tus pies.

—No es eso lo que quiero. Al fin y al cabo, tan solo es un humano. Yo solo busco respuestas.

—Pues estoy segura de que esta noche las tendrás. Intuición de bruja.

Todas miramos a Adalia antes de soltar una carcajada.

—Ahora toca el maquillaje. Siéntate y déjanos hacer a nosotras el resto.

Obedecí a Naida y me senté en la silla que estaba justo delante de ella. Cerré los ojos y dejé que durante los siguientes minutos fueran ella y Adalia las decidieran que color de labios y que sombra de ojos me quedaba mejor mientras Daina me embadurnaba más de un palmo de mi largo cabello con el mejunje que yo misma había preparado y pronunciaba el conjuro que le había enseñado minutos antes.

—Lista. Ya puedes abrir los ojos y mirarte al espejo —informó Naida.

Y eso hice. Inspiré hondo y solté el aire muy despacio antes de abrir los ojos. Me eché un vistazo mientras Bris sujetaba un gran espejo ovalado. Tardé unos segundos en reconocermelo. La persona que se reflejaba en aquel espejo poco o nada tenía que ver con Antía Denon.

—Increíble. Alucinante. Muy buen trabajo. Muchas gracias, chicas. Vamos a comer algo y luego... a divertirnos.

Hora y media más tarde, salimos de casa en dirección al garaje donde Daina había dejado aparcado su todoterreno. Pensé en decirle a Daina que era mejor ir en el mío ya que no llamaría tanto la atención, pero descarté la idea enseguida en cuanto me miro y negó con la cabeza como si ella hubiera leído mi pensamiento.

—Este vehículo es más ancho y seguro porque, aparte de tener cristales antibalas, lo he protegido con varios conjuros. Así que, sube ese precioso trasero o llamo a tu hermano y le informo a donde vamos a ir.

Di un par de pasos antes de situarme delante de ella.

—Está bien, pero ni se te ocurra llamar a Naím. Es un aguafiestas y paso de discutir con él esta noche.

—Mira An, te doy la razón en eso de que es un aguafiestas, pero tu padre le asignó como tu protector y él solo hace su trabajo. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que te pasó. Eres una bruja muy poderosa. Mucho más que todas nosotras juntas, aun así, Nahuel consiguió vencerte y lanzarte una maldición. Toda protección es bienvenida. No pienso perder a la mejor líder que el aquelarre de la zona centro ha tenido en muchas, muchas, muchas décadas.

Solté un suspiro.

—Te agradezco tu preocupación por mí, pero vamos a ir a un local de humanos. No va a pasarme nada allí dentro.

—No estoy de acuerdo con esa afirmación tuya. Teniendo en cuenta que estás increíblemente sexy con esa ropa gótica, no descarto que tengamos algún que otro problemilla con alguno que quiera sobrepasarse.

—Soy mayorcita para eso y sé cómo actuar.

—Como te pongas en plan seductora como con el pizzero vamos apañadas —espetó Bris.

—Bris, en serio creo que mi hermano y tu harías muy buena pareja. Sois los dos iguales.

—An, no te pases. Eres mi jefa, mi líder y mi amiga, pero todo tiene un límite.

Me dirigí hacia ella y le di un fuerte abrazo.

—Perdóname.

—Disculpas aceptadas y ahora. Sube al coche y larguémonos de aquí antes de que me arrepienta de haber tomado la decisión de ir a ese sitio.

En cuanto todas subimos, Daina puso en marcha el motor y salimos del garaje. Aunque todavía refrescaba por las noches, se notaba que el buen tiempo se acercaba y que la gente salía más por las noches a divertirse. Durante todo el camino me entretuve imaginando como sería *Las puertas del Infierno* por dentro y que tipo de espectáculo ofrecía los fines de semana.

A pesar de que tardamos quince minutos en llegar, no fue hasta media hora más tarde cuando

conseguimos aparcar el coche en un hueco a dos calles más allá de nuestro destino.

Las cinco bajamos el vehículo y nos fuimos andando hasta el local, pero al llegar allí, nos dimos cuenta de la impresionante cola para entrar. Sin perder ni un segundo, nos colocamos las últimas y esperamos nuestro turno. Eso me dio tiempo a echar un vistazo a toda la gente que frecuentaba aquel lugar. Todos ellos iban vestidos al más puro estilo gótico. Rostros pálidos, ojos pintados y pintalabios oscuro. Algunas de las chicas llevaban corsés y cuero, mucho cuero, otras, en cambio, velos y vestidos de la edad media. Me fijé en los dos chicos que conversaban a pocos metros de nosotras. Con sus vestimentas del siglo XVIII, rostros pálidos y los colmillos falsos que asomaban de la boca parecían auténticos vampiros como los que interpretaron Tom Cruise y Brad Pitt en la famosa película *Entrevista con el vampiro*. Justo delante de ellos, había otro grupo de chicos góticos, pero estos llevaban pantalones de cuero, botas y largas chaquetas de color negro, aunque todas eran distintas, algunas de ellas con botones vintage, otras tipo frac, otras con cuello alto y otras de cuero.

Poco a poco fuimos avanzando en la cola y veinte minutos más tarde llegamos a la taquilla. Después de un breve saludo, le dije a la chica gótica que estaba detrás del cristal que íbamos de parte de Hammer. Entonces ella comentó que nos iba a hacer un descuento en el precio de la entrada. Con el tique en la mano que nos servía para obtener la segunda consumición a mitad de precio, las cinco entramos al Club.

Tras dejar atrás la gran cortina de color vino que separaba el acceso al club de la calle caminamos por un pasillo de paredes negras decorado con varios crucifijos y lápidas colgadas entre telarañas falsas. Me armé de paciencia al comprobar que era imposible dar un par de pasos sin tropezar o esquivar a alguien.

Pasados unos minutos llegamos a lo que parecía ser la sala principal del club. Un enorme espacio decorado con cuadros góticos, símbolos esotéricos, velas, calaveras, rosas negras y más crucifijos y lápidas. Dimos algunos pasos más para adentrarnos en el ambiente. La música gótica sonaba a todo volumen mientras todas aquellas personas bebían y conversaban ya fuese sentadas en las mesas, en la barra que había justo al lado izquierdo o en cualquier rincón. De repente escuché algunos aplausos cuando los primeros acordes de una canción empezó a sonar. Aquello me llamó la atención y presté atención.

—Esta canción la conozco. Es del grupo Evanescence. Se llama Lithium —nos informó Daina.

El nombre de ese grupo de música me resultaba familiar, tal vez lo habría escuchado en alguna emisora de radio, pero decidí que ese no era un detalle importante y seguí explorando la sala. Después de echar un vistazo al escenario iluminado por velas y donde había un piano de cola y un violín, me fijé en las vestimentas de los camareros y camareras que iban de un lado a otro de la sala recogiendo vasos y botellas vacías después de servir bebidas y algunos aperitivos a los clientes que los pedían.

—¡Esto es genial! ¿Os habéis fijado en los trabajadores? Van vestidos como los personajes de películas o de libros de cine fantástico y de terror —señaló Adalia a un tipo que iba vestido como Eduardo Manostijeras y a otro como el conde Drácula.

Sonreí. Aunque los que más me llamaron la atención fueron los dos camareros que solo llevaban unos pantalones de cuero puesto dejando al descubierto su torso lleno de tatuajes de lo más variopintos y sus múltiples piercings que ofrecían a la gente para beber un líquido rojo en un pequeño tubo de ensayo de laboratorio.

—Vamos a buscar algún sitio para sentarnos —añadió Bris.

Juanma me había dicho que estaría en la barra. Inspeccioné la barra de abajo con una rápida

mirada, pero no le vi. Entonces recordé que dijo algo sobre arriba. Alcé la vista y vislumbré otro piso que cubría una pequeña parte de la sala. Desde nuestra posición vi mesas y una barra llena de gente. Llamé la atención a mis acompañantes y les señalé el lugar, todas asintieron.

Esquivando a la gente llegamos hasta las escaleras que llevaban al primer piso. Nada más subir vimos un par de mesas libres y, sin pensarlo, nos dirigimos hacia allí. Era el lugar perfecto desde donde observar todo lo que pasaba en el club sin llamar mucho la atención. Después de echarlo a suertes, Naida y yo nos tocó ser las encargadas de ir a buscar las bebidas.

Acabamos de levantarnos de la silla cuando la música dejó de sonar y el club se quedó casi a oscuras, solo iluminado por las velas distribuidas por todo el club. Naida y yo nos acercamos a la barandilla. Fue entonces cuando unos focos iluminaron el escenario. Un hombre que lucía una vestimenta del siglo XIX saludó al público y después de unas pocas palabras se dirigió hacia el piano y empezó a tocar. En el escenario apareció una chica vestida de cuero, cogió el violín del suelo y empezó a tocar siguiendo el compás del piano. Poco después de aquello, escuché un grito. Giré la cabeza hacia allí. Un foco iluminó una muchacha con un camisón blanco corriendo entre las mesas, parecía como si estuviese asustada. Pocos segundos después observé como unos supuestos zombis que surgieron del fondo de la sala la perseguían. La muchacha subió al escenario donde un tipo vestido de vampiro al estilo del personaje que interpretaba Gary Oldman en la película Drácula basada en la novela de Bram Stoker contemplaba la escena sentado en un trono supuestamente antiguo. La chica cayó al suelo, justo delante de los pies del vampiro. Él la ayudó para que pudiera levantarse. Se miraron a los ojos un instante, como si aquello fuese un flechazo de cupido. Bailaron durante unos pocos minutos, hasta que uno de los zombis llegó al escenario y agarró a la chica del tobillo, haciéndola caer al suelo. El vampiro se enfrentó al zombi y lo mató, pero los demás zombis se acercaban. Fue entonces cuando se escuchó al vampiro, tras coger en brazos a su amada, darle dos opciones a la muchacha: la muerte agónica a manos de los zombis o la vida eterna a su lado. La chica alternó la vista entre los zombis y el vampiro durante unos segundos hasta que tomó una decisión. Echó la cabeza hacia atrás y dejó a la vista del vampiro su yugular para que él pudiera alimentarse. Ni corto ni perezoso, el vampiro la mordió y succionó sangre hasta dejarla al límite de la muerte. Luego, mordió su muñeca y dejó caer algunas gotas de su sangre en la boca de su amada. Las luces se apagaron un instante y al regresar, la chica lucía un vestido precioso del s. XIX de color rojo y el vampiro vestía un traje de seda de color gris con chaqueta larga y sombrero de copa incluido a juego y, por supuesto, lentes de sol de la época y un bastón. Sonreí porque aquella escena me recordó a la película que tantas veces había visto. Cada vez que escuchaba la frase que pronunciaba el conde Drácula “he cruzado océanos de tiempo para encontrarte” se me ponía la piel de gallina. La ahora vampira sacó un cuchillo del bolsillo lateral de su vestido y entre los dos empezaron a matar a los zombis que se atrevían a subir al escenario. Fue divertido ver como decapitaban supuestamente a los zombis o los desmembraban y tiraban las vísceras al público enloquecido por el espectáculo sangriento. Conseguir aquellos efectos especiales en directo no era nada fácil. Cuando exterminaron a todos los zombis y, después de darse un beso, ambos bajaron del escenario y se dirigieron hacia el final de la sala mostrando sus colmillos afilados llenos de sangre a cada persona que se cruzaba con ellos. Incluso mordieron a un par de camareros que acabaron en el suelo provocando que los asistentes aplaudieran. Los focos se apagaron y la música gótica volvió a resonar por los altavoces de la sala.

—¡Qué pasada de espectáculo! ¡Me ha encantado! —gritó Naida cerca de mi oído para que pudiera escucharla.

Asentí. La verdad es que no me esperaba poder disfrutar de un espectáculo así en un club humano y me había sorprendido.

—Es original. Anda, vamos a por las bebidas.

Nos apartamos de la barandilla y nos dirigimos hacia la barra. Tardamos algunos minutos en hacernos un hueco para poder pedir, pero en cuanto vi a mi amigo Juama le saludé con la mano. Iba vestido de arriba debajo de cuero y maquillado para no desentonar con el ambiente del local. Él parpadeó un instante y se quedó mirándonos fijamente hasta que nos reconoció. Luego sonrió y cruzó toda la barra hasta llegar a nosotras.

—Hola, preciosa. ¡Habéis venido!

—Por supuesto, nunca se rechazan las invitaciones —le guiñé un ojo.

—Me ha costado reconoceros y mira que te he visto disfrazada de muchas cosas, pero jamás imaginé ver a Antía Denon vestida como una gótica.

Sonreí.

—Ya ves. Las brujas podemos ser muy camaleónicas.

—Ni que lo digas. —Juanma soltó una risa—. Perdonadme, pero hoy esto está a tope y no puedo entretenerme mucho o el jefe me echará la bronca. ¿Qué os pongo de beber?

Naida y yo pedimos las bebidas para todas y esperamos pacientes a que Juanma nos las sirviera.

—Por cierto, ¿dónde está el tu jefe? —le di a Juanma el dinero para pagar las consumiciones.

—¿Black? Ni idea. Va y viene. A veces se pasea por todo Club y otras veces está en su despacho. No le controlo. Bastante trabajo tenemos por aquí.

—Entiendo. Solo era curiosidad. En fin... te dejamos que trabajes. Luego venimos a verte otro rato. Estamos sentadas por allí —señalé las mesas donde se encontraban las chicas. Juanma asintió y nos despedimos de él antes de regresar a la mesa.

Al llegar a la mesa no me sorprendió ver a Adalia coqueteando con dos chicos que se habían sentado en la mesa de al lado. Dejé su cerveza delante de ella. Mi amiga se giró y me miró esperando a que, como líder del aquelarre, le diera mi consentimiento para poder seguir ligando con aquellos humanos. Sonreí y con un ligero movimiento afirmativo de cabeza, le di mi permiso. Entonces ella, se levantó y se sentó en la silla que estaba libre en la mesa de al lado.

—¿En serio vas a dejar que ligue con esos humanos?

—Sí. Es bastante mayorcita para saber lo que se hace. Confío en ella, Bris.

Dicho eso, le di un sorbo a mi cerveza antes de echar un vistazo de nuevo al club y a sus clientes. Tenía que localizar al tal Black para descubrir porque mi intuición me había llevado hasta allí.

—Voy a dar una vuelta —nos informó Daina—. Si veo algo raro os avisaré por mensaje al móvil.

—Genial. Muchas gracias.

—Voy contigo —sorprendida, miré a Bris—. Estar aquí quieta me aburre. Por una vez que me toca estar en una misión de campo no voy a pasarme el rato sentada en esa maldita silla incómoda.

—Me parece bien. Informadme si veis o tenéis alguna pista de Black Skull.

—Por supuesto, jefa.

Daina y Bris se levantaron de su silla. Mantuve la vista fija en ellas hasta que desaparecieron escaleras abajo. Entonces Naida me dio un pequeño codazo. No tardé ni dos segundos en reaccionar y centrar mi mirada en ella.

—¿Qué ocurre?

Con la cabeza me señaló hacia la izquierda. Con disimulo miré por el rabillo del ojo. Adalia se estaba besando de forma apasionada con uno de los chicos góticos, pero pocos segundos después besó al otro de la misma forma. Ya sabía cómo iba acabar aquello, de modo que le di otro sorbo a mi cerveza y dejé que mi amiga siguiera con su trío amoroso mientras yo volvía a prestar atención a la sala principal del club.

Naida y yo nos quedamos alucinadas con los siguientes espectáculos de fuego, personajes de terror y falsos rituales de magia con sacrificios. Era peligroso jugar con la magia, pero las palabras que el supuesto brujo decía en latín no tenían sentido alguno. Eso significaba que no había peligro ni consecuencias para nadie. Naida y yo tuvimos que quitarnos de encima a algunos tipos que intentaron ligar con nosotras en varias ocasiones. Yo no estaba allí para ligar con nadie, sino por una misión y no iba a dejar que nadie me lo estropease y, por esa razón, tuve que utilizar algunos hechizos para que aquellos humanos dejasen de sentirse atraídos por nosotras.

—Voy a buscar cinco whiskys —informó Naida cuando Bris y Daina regresaron a nuestra mesa.

Por desgracia, Bris y Daina no habían encontrado nada fuera de lo común o que relacionase aquel lugar con los óvalos de fuego. Ni siquiera habían podido encontrar al dueño del club. Me pregunté donde demonios estaría Black. Poco después vimos aparecer por las escaleras a Adalia. Su sonrisa de oreja a oreja nos dio a entender que había disfrutado mucho manteniendo sexo con aquellos humanos. Mi amiga se sentó a mi lado justo cuando Naida dejaba los cinco vasos encima de la mesa. Cada una de nosotras cogió uno y, antes de darle un largo sorbo, brindamos.

—An, son las cuatro de la madrugada y no hemos sacado nada en claro de estar aquí. ¿Por qué no nos vamos a casa ya?

—Bris, eres libre de irte a la hora que quieras y con quien quieras, pero yo me voy a quedar un rato más —miré al resto de las chicas, tenían cara de aburridas, bueno, exceptuando Naida que no paraba de mirar de reojo a Juanma, pero incluso en el rostro de Adalia percibí que ya había desaparecido la adrenalina de su encuentro sexual—. Está bien. Os podéis ir. La misión ha terminado por hoy. Le diré a Juanma que me voy con él.

—Yo también me quedo —dijo Naida.

Asentí.

—Esperad un momento.

Me levanté del taburete y me dirigí hacia la barra en busca de Juanma. En cuanto me vio salió de detrás de la barra y se situó delante de mí.

—¿Vienes a decirme que ya os vais?

—Naida y yo nos quedamos. Las demás quieren largarse. ¿Te importaría llevarnos a casa en tu coche cuando termines tu turno?

—No hay problema, preciosa. El club cierra a las cinco. Yo me suelo ir de aquí a las cinco y media o seis.

—Vale. Gracias y solo una cosa más. Tienes loca a Naida y a ti te he pillado varias veces mirándola, ¿qué tal si le pides una cita?

Le guiñé un ojo y sonreí antes de dar media vuelta para regresar con las chicas.

—¿Eh? Lo haré.

Caminé hacia el otro lado esquivando a todos los que se interponían en mi camino.

—Todo solucionado, chicas. Cuando queráis os podéis ir. —Bris, Adalia y Daina se despidieron de nosotras hasta el lunes—. Bueno, Naida ya solo quedamos tú y yo. ¿Qué tal si nos vamos a la barra?

CAPÍTULO 4

Sin dejar que ella abriera la boca, la agarré del brazo y tiré de ella hasta que llegamos a la barra donde estaba Juanma. Nos sentamos en dos taburetes que acababan de dejar y le hice una señal con la mano a mi amigo para que vinera.

—¿Nos pones un par de whiskys con cola, Hammer?

—Por supuesto.

Miré de reojo a Naida. Mi amiga observaba como Juanma servía las copas. No sabía cómo lo iba hacer, pero tenía que conseguir que Juanma y Naida estuvieran a solas para darles esa oportunidad.

—Aquí tenéis vuestras bebidas. Supongo que serán los últimos de la noche, ¿verdad?

Juanma arrastró los vasos por la barra hasta situarlos delante de nosotras.

—Tal vez si, tal vez no.

Juanma soltó una carcajada.

—Tengo que decirte que me estás sorprendiendo. Estás aguantando muy bien este tipo de música —me encogí de hombros e hice una mueca como diciéndole “¡Qué remedio!”—. Dentro de media hora se va a apagar la música. Es una manera avisar a la gente de que vaya abandonando el local. Intentaré darme prisa a la hora de limpiar y recoger. Avisaré a mis colegas de que vosotras os venís conmigo, más que nada para que no os echen a patadas.

—Vale. Tu tranquilo. Naida y yo estaremos aquí conversando.

Y eso hicimos. Hasta que apagaron la música y la gente fue saliendo del local poco a poco. Miré a Juanma. Estaba hablando con otro de los camareros sobre qué zona había que limpiar primero y como se iban a organizar. Luego, me fijé en que, exceptuando nosotras y los camareros, ya no quedaba nadie más en la barra de arriba.

Agotada mental y físicamente, puse los brazos cruzados encima de la barra para poder apoyar la cabeza.

—Naida, avísame cuando Juanma termine.

—Vale. Voy a ver si les puedo echar una mano.

Asentí y cerré los ojos. No sé cuánto tiempo pude estar en esa posición, pero, de repente, escuché una voz masculina que hizo saltar todas mis alarmas y que la piel se me pusiera de gallina.

—¡No me jodas que tenemos que llamar a una puta ambulancia! Os he dicho no sé cuántas veces que cuando veáis alguien demasiado borracho o pasado de la raya lo saquéis a la calle. Me da igual que sea un hombre o una mujer.

Como yo no estaba borracha ni pasada de la raya no me di por aludida, pero ¿a quién se estaría refiriendo? Fue entonces cuando noté como un par de manos me zarandeaban por detrás, mientras otra mano me apartaba el cabello de la cara.

—Antía, abre los ojos. Levántate —era la voz de mi amigo—. Disculpa, Black. Ella está conmigo.

—¿Tú novia?

—Nah. Solo amigos. Al igual que ella.

—An —esa era la voz de Naida.

Abrí los ojos y levanté la cabeza. Fue entonces cuando vi a varios pares de ojos, entre ellos los de Black Skull, centrados en mí y comprendí que las palabras que había dicho aquella voz masculina se referían a mí. Tragué saliva.

—Lo siento. No hace falta que chilléis. No estaba dormida. Solo estaba descansando un poco.

—Esto es un club gótico, no un hotel.

—Mis disculpas señor Black Skull o debo llamarle señor Skull o simplemente, Black.

El tipo puso los ojos en blanco al mismo tiempo que mi amiga soltó una carcajada. Giré ligeramente la cabeza y la fulminé con la mirada. Ella se tapó la boca y me pidió disculpas con la mano. Luego observé como Black volteaba la cabeza y se dirigía hacia mi amigo.

—¿De dónde demonios la has sacado, Hammer?

—Es mi vecina y una gran amiga.

—¿En serio? —él afirmó con un movimiento de cabeza. Black volvió a centrar la mirada en mí, aunque antes de hablar, me escudriñó de arriba abajo varias veces—. En tal caso, puedes llamarme Black. Y, ¿tú eres?

—Antía. Antía Denon.

El frunció el ceño.

—¿Qué clase de nombre es Antía?

Odiaba que se meterían con mi nombre. No era un nombre muy común, pero más nombres raros había hoy en día y no pasaba nada.

—Uno griego. ¿Algún problema? Lo mismo podría decir del tuyo, señor calavera negra.

De repente, el otro tipo que había en la barra junto a Juanma y a Naida soltó una sonora carcajada y todos le miramos.

—Black, macho, tienes que reconocer que la tía tiene ovarios.

—Sí, ya lo veo. ¿No serás una poli infiltrada? —negué con la cabeza mientras Juanma y Naida se echaban a reír—. Entonces, ¿qué cojones haces aquí? Tú no perteneces al mundo gótico.

Black se quitó el abrigo y lo dejó encima de un taburete. Fue entonces cuando me fijé en su collar. Era una calavera negra con dos piedras rojas como ojos. Con disimulo abrí la palma de la mano. No tardé ni dos segundos en notar la energía que desprendía aquel collar. No eran simples piedras rojas, eran dos óvalos de fuego. Los que había estado buscando durante tanto, tanto tiempo. En aquel instante comprendí porque mi intuición me había llevado hasta allí, pero... ¿cómo era posible que él los tuviera? Y, lo más importante, ¿Cómo demonios iba a conseguir que él me diera ese collar? Tenía que pensar algo y rápido, pues, por su repiqueo de dedos en la barra, estaba claro que se estaba empezando a impacientar y entonces, se me ocurrió.

—No soy poli. Soy detective privado, pero no he venido por ningún caso de investigación, aunque, tengo que decir que he detectado algunos fallos que tal vez un inspector no dejaría pasar. Pero, dejando ese tema, estoy aquí por negocios.

Miré de reojo a Naida y con un rápido movimiento de cabeza le indiqué que no abriera la boca.

—¿Negocios? —Black cruzó los brazos—. ¿Quieres venderme algo?

—Algo así.

—Explícate.

—Además de ser detective privado, soy escritora y necesito tu permiso para que el nombre del local y lo que se lleva a cabo dentro de él pueda salir en mi libro.

Escuché un grito ahogado procedente de Naida.

—¿Y qué beneficio obtengo yo?

—Publicidad gratuita. Más gente en el club, más dinero. Por supuesto, recibirías una copia del manuscrito antes de enviarlo al editor y si no estuvieras de acuerdo en algo, se podría sustituir o eliminar.

Black hizo una mueca.

—¿Y qué garantías tengo yo de que eso me va a crear beneficios? Porque eso dependerá de las ventas.

—Black, es muy buena. Deberías leer su libro —respondió Juanma.

—Bueno, del primer libro llevo vendidos dos millones de copias en España. El próximo mes lo publican en varios idiomas. Además, estoy a punto de publicar el segundo y se prevé un incremento de ventas. El que escriba, sería el tercero y cerraría la trilogía.

—Un momento. Un momento —dijo el otro camarero también gótico—. ¿Eres la Antía de *Tinieblas y humo en Ghost Hill*?

—Sí, así es.

—Me cago en la puta ostia. Es el mejor libro que he leído de terror y sexo en toda mi puta vida. Enhorabuena por tu éxito, tía. Te lo mereces.

Sonreí para darle las gracias.

—¿Terror y sexo? —preguntó algo asombrado Black.

—Sí. Es una buena combinación —Black dio un paso hacia mí. Aunque había intentado disimular, mis ojos se desviaron rápido hacia el collar—. Veo que te gusta mi collar —afirmé. Por lo visto, Black también se había dado cuenta de que estaba interesada por el objeto—. Me lo compré en un mercadillo de Londres y es mi seña de identidad, junto con los tatuajes.

—¿Londres? Vaya... un poco lejos para ir a comprar otro igual. Volviendo al tema del que estábamos hablando. Puedes investigar todo lo que quieras sobre mí. Está todo en internet. Si tienes alguna pregunta sobre mí o sobre mi trabajo puedes hablarlo con Juanma, digo con Hammer.

Black estaba a punto de abrir la boca cuando uno de los dos guardas de seguridad de la puerta apareció por allí.

—Black, hay un poli en la puerta. Dice que está buscando a una chica que el viernes por la noche estuvo aquí.

—Está bien, grandullón. Déjale pasar —el hombre asintió y desapareció escaleras abajo. A continuación, Black me miró—. Todavía no hemos terminado con la conversación, señorita Denon. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—Por supuesto. Puedo esperar a que resuelva el asunto con la policía.

Justo entonces, el tipo de seguridad apareció de nuevo subiendo los últimos peldaños de la escalera. Por suerte o por desgracia, no me hizo falta mirar quien era el poli que iba detrás de él. Su olor de brujo le delataba. Miré a Naida y ella hizo una mueca mientras aguantaba la respiración. Le hice con una señal con la mano para que estuviera tranquila porque no iba a permitir que mi hermano me jodiera lo que quedaba de noche ni mi tapadera. Aunque Naím era del todo imprevisible y capaz de cualquier cosa, sobre todo, cuando estaba cabreado.

No hicieron falta ni diez segundos para que él detectara también nuestra presencia. Eso lo supe cuando pasó por delante de tipo de seguridad y se plantó a un metro de mí y de Black. Miró de reojo a Naida mientras negaba con la cabeza dejando claro que desaprobaba que ambas estuviésemos en ese club.

—¡Antía! ¡Naida! ¿Qué coño hacéis aquí?

—Eso no te incumbe, Naím —contesté en el mismo tono de voz que él había empleado conmigo—. ¿Y tú?

—Llevo el caso de la desaparición de una chica de dieciocho años que la noche del viernes estuvo aquí. —¿Una chica desaparecida? Aquello me sorprendió. Cuando solucionara las cosas con Black, iba a ayudar a mi hermano en su caso. Naím sacó una foto de una carpeta y la mostró a todos los que estaban allí presentes. La chica era morena, ojos marrones y con gafas. No parecía que encajase en el estilo gótico del club, pero nunca se sabía. Los adolescentes solían engañar con frecuencia a sus padres en lo referente a la vestimenta. Salían de casa con una ropa puesta y una mochila. Se iban a casa de otra amiga donde los padres estuvieran trabajando y allí se cambiaban para salir de fiesta sin que nadie les controlara—. ¿Alguien la reconoce?

—No —contestaron Juanma y el otro camarero al mismo tiempo.

—Yo tampoco, lo siento agente. Soy Black Skull, el propietario de este club. Aquí viene mucha gente el fin de semana y no me fijo en todo el mundo, pero si quiere le puedo facilitar una copia de las cintas de seguridad de las cámaras de la puerta de entrada por si les sirve de ayuda para saber con quién vino, si es que estuvo aquí.

—Estaría bien. Gracias, señor Skull —mi hermano sacó una tarjeta y se la entregó. Black la cogió y la miró. Desde que ambos ingresamos en la academia de policía, mi hermano siempre utilizaba el apellido de mi padre, mientras que yo utilizaba el de mi madre para evitar problemas y que nos relacionaran cuando ambos estábamos metidos en el mismo caso—. Llámeme a ese número y vendré a recogerlas.

—Lo haré, señor O'Donnell. ¿Es usted irlandés?

—Yo no, pero mi familia sí. ¿Tiene algún problema con eso, señor Skull? —Black negó con la cabeza—. Mejor para los dos—. A continuación, desvió su vista hacia mí—. Vamos, Antía. Os llevo a casa.

—¿Eh? No. Tengo cosas pendientes que resolver aquí.

—¡No me jodas! ¿Qué mierda se te ha perdido a ti en este club?

Le fulminé con la mirada antes de hablar.

—Ya te lo he dicho. No es asunto tuyo.

—Sí que lo es, sobre todo si tengo que volver a salvarte el culo como la última vez.

Escuché como Naida tosía varias veces, como si quisiera hacerme una señal de aviso, pero la ignoré.

—Pues no lo hiciste muy bien o no hubiera acabado en el maldito hospital.

—¿Pelea de novios? —preguntó Black interrumpiendo nuestra pequeña disputa de poderes.

—Noooo. Naím es el capullo de mi hermano mayor.

—¡Maldita sea, An! Tira ya para fuera de una puta vez o te esposo y te llevo a la fuerza.

—Antes tendrías que lograr ponerme las esposas.

Escuché las risas del camarero, de Juanma y de Naida.

—Tiene agallas —dijo el camarero.

—¡Joder! No me toques los cojones que llevo una noche de perros y no me apetece nada discutir contigo.

Miré a Juanma y a Naida. Ambos se encogieron de hombros. No les podía poner en un compromiso a ellos por culpa mía y de mi hermano. Además, Juanma podía perder su trabajo y eso no me lo perdonaría jamás. Por esa razón, opté por dejar que mi hermano ganara esta batalla.

—Naida, ¿te vienes o te quedas con Hammer?

—Me quedo, si no te importa.

Los miré a ambos un instante.

—Lo entiendo. Mañana os llamo —les guiñé un ojo—. Divertíos mucho. —Luego, miré al dueño del club—. Black.

—Antía.

—Piénsatelo. Es un buen trato. Hammer tiene mi teléfono.

Él asintió.

Y sin perder tiempo, seguí a mi hermano escaleras abajo mientras con la mano me despedía de ellos. Estaba demasiado cabreada con Naím como para ser racional y decidí permanecer en silencio durante el corto trayecto que nos separaba del club hasta su coche patrulla, aparcado justo en frente. Subí al vehículo y me abroché el cinturón.

—Puedes seguir en ese plan el tiempo que te dé la gana —me reprochó Naím sin ni siquiera mirarme mientras ponía en marcha su vehículo—. An, ¿qué demonios hacías allí dentro? Y encima te llevas a Naida. Ya sabes que tienes que informarme siempre que vayas a algún sitio de diversión humana. Además, no me gusta esa gente. Ha desaparecido una chica y no han mirado la foto ni dos segundos. No son personas en las que puedas confiar. Sea cual sea el caso o la misión, olvídate porque no vas a volver a pisar ese sitio.

—Ya basta, Naím. No tienes ni puta idea de nada. No he venido solo con Naida. Todas las chicas han estado aquí, pero se han ido hace un rato. Y, aunque ya soy mayorcita y no necesito tu protección para esto, te voy a contar los motivos por los que he decido venir a este club gótico.

—Soy todo oídos.

Mientras que nos alejábamos de allí le conté a mi hermano todo lo que había descubierto hasta el momento sobre Black Skull y los óvalos de fuego.

—Así que ese gótico lleva un collar con una calavera negra y los óvalos de fuego están incrustado en las orbitas de los ojos —afirmé con un movimiento de cabeza—. Y, ¿cómo piensas conseguir que te lo de?

—No lo sé. Tendré que ganarme su confianza. He utilizado mi faceta como escritora para acercarme a él. Le he dicho que necesito permiso para usar el nombre de su club y todo lo que ocurre dentro para la tercera parte del libro. Estábamos negociando un trato cuando hiciste tu aparición estelar y se quedó todo en el limbo. Espero que acepte el trato. Si fuera así y consiguiera el collar... Ufff. Podría romper de una vez por toda esa maldición y seguir avanzando en mi vida.

—¿No te da miedo con esa pinta y esos ojos?

—Nah. Son lentillas. El único que me da miedo en este mundo es papá. La gente del club son actores disfrazados. Todo lo que ocurre allí es mero espectáculo. ¿Sabes? Uno de los camareros de la barra era Juanma, mi vecino.

—¡No me jodas! No le he reconocido. An, perdona si me he puesto borde y sobreprotector, pero es mi trabajo tanto como hermano mayor, como tú protector. Ten cuidado con ese tío, Black. Tiene algo que no sé... me pone la piel de gallina. Es un consejo que espero que tengas en cuenta.

Solté una carcajada. Mi hermano paró el coche en doble fila delante del edificio donde residía.

—Eres un brujo, Naím. Podrías acabar con él en un pispás con cualquier conjuro.

—Lo sé, aunque eso sería romper las reglas del Consejo.

—Nada de magia en público. Lo sé muy bien. Soy la líder del aquelarre de esta provincia y la encargada de que se cumplan las reglas. En fin, gracias por traerme. Te mantendré informado de mis avances.

—Eso espero. Ten cuidado, hermanita. Aunque no lo creas, te quiero y te aprecio mucho.

—Lo mismo digo, aunque me saques de mis casillas. Si necesitas ayuda con el caso de la chica desaparecida, llámame.

—Tú descansa.

Me bajé del coche y corrí hacia mi edificio. A pesar de que ya había amanecido y que había estado toda la noche despierta, no tenía sueño. Después de una ducha y un buen desayuno, rebusqué en mis libros de magia los ingredientes necesarios para realizar la pócima que debía tomarme mientras pronunciaba el conjuro y, revocar de ese modo, la maldición ahora que ya había localizado los óvalos de fuego. Aunque antes, tendría que conseguir que estuvieran en mi poder.

CAPÍTULO 5

Fue una suerte que ya hubiera acabado de preparar algunas pócimas y brebajes para el aquelarre del próximo fin de semana cuando alguien llamó al timbre de la puerta. Me quité el delantal y me atusé en un santiamén antes de abrir.

—Hola, preciosa. ¿Puedo pasar o estás ocupada?

—Buenas tardes, Juanma. ¿Dónde has dejado a Naida?

Me acerqué a él y le di dos besos.

—En su casa. Yo he venido a cambiarme antes de ir a trabajar.

—Pero pasa, pasa.

—Solo será un momento. Voy justo de tiempo. Pero tengo que comentarte una cosa.

Asentí.

Juanma dio un par de pasos y cerró la puerta antes de dirigirnos al comedor, donde nos sentamos en el sofá.

—Tú dirás.

—Voy a ir directo al grano. En cuanto te fuiste, Black me ordenó ir a su despacho y me acribilló a preguntas. An, le impresionaste y te puedo asegurar que eso no es nada fácil.

—¿Qué le contestaste?

—Pues respondí a sus preguntas sobre quien eras, a qué te dedicabas, tu edad, tu faceta como escritora, incluso me preguntó sobre tu relación con tu hermano y si estabas saliendo con alguien. Lo único que no le dije es que eras la líder de un aquelarre de brujas. De todos modos, tampoco me hubiera creído y hubiera quedado como un idiota delante de mi jefe.

Solté una carcajada.

—Tampoco te lo creíste tú hasta que te llevé conmigo a un solsticio en el exterior del *Claro de luna*.

—Cierto. Me pidió tu teléfono y, por supuesto, se lo di.

—Bien. Genial.

—¿En serio vas a basar tu próxima novela en ese club?

—Sí, así es.

Juanma puso su mano izquierda encima de mi muslo.

—An, solo una cosa. No soy brujo, pero noté una conexión entre vosotros. Ten cuidado. Black no es un príncipe azul. Le he visto llevarse abajo a muchas tías. Varias en una sola noche.

—¿Eh? ¿Abajo? ¿Dónde?

—Pagando una tarifa especial, puedes bajar a las mazmorras. Allí te puedes encontrar de todo... orgías, gente practicando BDSM y otros masturbándose. Hay varios reservados, pero la gente suele quedarse en la sala común.

—¡Joder! Eso no me lo habías dicho. Y yo que pensaba que detrás de aquellas cortinas

simplemente había un reservado VIP o algo así.

—Se supone que no puedo ir comentándolo por ahí o Black me despedirá.

—La próxima vez que vaya me tienes que acompañar. Quiero verlo.

—Mejor díselo a Black. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente alguno. Te comía con los ojos.

—Porque era la novedad. De todos modos, no tengo intención de acostarme con él. Solo serán negocios.

—Yo solo te lo advierto, para que luego no me lo echés en cara.

—Vale, vale. Ya soy mayorcita. Black no es mi tipo, pero lo más importante de todo es que es un humano, al igual que tú, y no estoy dispuesta a volver a pasar por el mal trago de tener que resucitarle como tuve que hacer contigo cuando nos besamos.

—Lo recuerdo y lo entiendo. Entonces, déjaselo claro a él desde el primer momento.

—Lo haré. Tenlo por seguro. Y cambiando de tema... ¿qué tal las cosas con Naida? —Juanma se puso rojo como un tomate—. ¡Aha! No hace falta que me cuentes nada más. Tu mirada y tu sonrisa te delatan. Me alegro por los dos.

—Gracias —Juanma miró el reloj—. Tengo que irme o no llegaré a tiempo.

—Tranquilo.

Ambos nos levantamos del sofá y nos dimos dos besos de despedida

—Nos vemos, preciosa.

—Por supuesto, guapo. Dile a Black que espero su llamada.

—Lo haré. Cuídate.

Al día siguiente, Naím me llamó para informarme de que Black le había llamado para que fuera a buscar las copias de las cámaras de seguridad a su club.

—¿Quieres venir, An?

—Nah. Eso es un asunto policial, pero si luego necesitas ayuda para resolver el caso. Llámame. Lo único que tengo que hacer hoy es ir a llevar varios informes a las aseguradoras.

—Se ha puesto en marcha el protocolo para la búsqueda de personas desaparecidas. En cuanto revise el DVD de las cámaras, te aviso.

—Genial. Espero tu llamada.

No habían transcurrido ni tres horas cuando Naím me llamó para informarme de que la chica había aparecido en casa de un hombre diez años mayor que ella con el que había salido del club el viernes por la noche. Por suerte, estaba sana y salva y de camino a casa de sus padres escoltada por dos agentes policiales.

—Caso resuelto, hermanita.

—¿Has informado a Black?

—No. Me dejó muy claro cuando fui a buscar el DVD que no quería problemas ni agentes merodeando por su club. Pero supongo que lo correcto es llamarle e informarle de la falsa alarma.

—Sí, hazlo. Te veo el fin de semana.

—Por supuesto.

Tras colgar la llamada, seguí con mis planes para ese día y para el resto de la semana.

CAPÍTULO 6

El viernes a media tarde recibí un mensaje de un número que no tenía grabado en el móvil. Al principio pensé en eliminarlo directamente porque no contestaba a ningún mensaje de alguien desconocido, pero mi intuición me avisó de que esta vez debía abrir y leer el mensaje.

“Esta noche a las 19h en el club. Black.”

Lo cierto es que ya había descartado por completo que a Black le importara mi trato y pensaba idear otro plan para conseguir los óvalos de fuego después del aquelarre del fin de semana, pero ahora todo cambiaba y la oportunidad de recuperar las piedras volvía a estar otra vez en mi mano. Sonreí y empecé a escribir.

“¿Eso significa que aceptas el trato?”

No tardó ni un minuto en contestar.

“Sí, pero me gustaría añadir algunas cláusulas. Por la seguridad del club.”

¿Cláusulas? Bueno, todo era cuestión de escuchar sus peticiones y si no me interesaban, siempre podríamos negociar.

“Bien. Negociaremos, pero, lamentándolo mucho hoy no puedo ir. Reunión familiar. Mejor mañana. ¿A la misma hora?”

Esta vez tardó un poco más en contestar.

“Entendido. Te espero mañana, Antía. Avisaré en la taquilla para que te dejen pasar sin pagar. Y avisa a tu hermano. No quiero problemas con polis.”

Bueno, ahora que Naím sabía cuál era el verdadero motivo por el cual yo había ido a *Las puertas del Infierno* y mi propósito estaba segura de que no se iba a entrometer más. De todos modos, Black tenía que pensar que iba a hablar con mi hermano para que no metiera las narices en este asunto.

“Lo haré. Hasta mañana, entonces.”

Guardé el móvil en el bolso y empecé a arreglarme. Me esperaba una noche de lo más movidita en el *Claro de Luna* con las chicas después de nuestro ritual mensual para honrar a la Diosa Luna, la cual nos colmaba de energía y de vida.

Una hora más tarde, ya estaba en mi coche conduciendo camino a la Sierra con una maleta llena de pócimas, brebajes y piedras semipreciosas que necesitaban recargarse con la energía que la luna desprendía. Durante el camino no paré de pensar en cómo demonios iba a conseguir que Black confiara tanto en mí como para que me diera de forma voluntaria el collar. No parecía que fuera un hombre que le fueran las sensiblerías, con lo cual, hacerme la tontorrón no iba a funcionar con él. Juanma me había dicho que le había impresionado. Eso significaba que tenía que utilizar esa ventaja para conseguir mi propósito lo antes posible, aunque tal vez, debía esperar a ver qué tal iba esa primera reunión con él y, a partir de ahí, sacar conclusiones.

Nada más pisar el interior del *Claro de luna* las chicas me avisaron de la inesperada visita de cuatro brujos nuevos en mi territorio. No era habitual que los brujos viajasen de un lugar a otro sin ponerse antes en contacto con el líder de cada aquelarre de cada territorio para informar de la

visita y de la duración de esta. Fue Gabriel, uno de los brujos que ejercían como vigilantes de seguridad del club quien me informó que estos cuatro brujos se autodenominaban a sí mismos *Nómadas* y me estaban esperando en el despacho que siempre tenía disponible en el club. Acompañada y escoltada por Bris, Adalia, Naida y Daina me dirigí hacia allí. Entré al habitáculo con mucha seguridad para que aquellos brujos no tuvieran ni la menor duda de que yo no me andaba con tonterías en mi territorio. A pesar de que los había visto de reojo acomodados en el sofá, caminé hacia mi silla y me senté. Bris y Adalia se situaron a mi derecha mientras que Naida y Daina lo hicieron a mi izquierda.

Les di la bienvenida y después de un breve y cordial saludo con la cabeza, se fueron presentando uno a uno. El primero en hacerlo fue Iñaki, un brujo de cabello largo y pelirrojo cuyo elemento era el fuego. A continuación, le siguió Atzin, el más musculoso de ellos y el cual dominaba el elemento agua. El tercero fue Elio, por su nombre no tardé en adivinar que su elemento era el aire y, por último, Adán, el brujo más alto de los cuatro que me informó que dominaba el elemento tierra. No había mucho tiempo para hablar antes de realizar el ritual a la Diosa Luna, por esa razón, fui directa al grano y les informé las normas a seguir en el territorio del cual yo era responsable y les advertí de los tres posibles castigos que podrían aplicarse en caso de que no las cumplieran: el destierro y declararles brujos non gratos, enviarlos a la cárcel de brujos donde les quitarían sus poderes para siempre o incluso la muerte, si la infracción cometida era demasiado grave.

Los cuatro juraron obediencia y lealtad con un pequeño ritual que teníamos los brujos para ello y que mis amigas habían preparado en un santiamén. Tras su juramento y sus firmas en el libro de visitas eventuales, les invitamos a participar en nuestro ritual mensual para dar gracias a la Diosa luna que realizábamos cada luna llena. Un rito que duraba hasta el amanecer y que nos ayudaba a “recargar pilas” gracias a la energía que desprendía la Diosa Luna y que hacía que nuestros dones fuesen más fuertes durante unas horas. Y esa era la razón por la cual el *Claro de Luna* estaba tan apartado de la civilización.

A las seis y doce minutos de la mañana se dio por concluido el ritual. Cada uno de los brujos y brujas participantes ayudó a recoger todos los utensilios y plantas utilizadas antes de desaparecer de allí y regresar a su vida entre humanos.

Después de despedirme de las chicas, cogí el coche me fui directa a casa. Si la noche había sido larga, el día que me esperaba no iba a ser menos, pero necesitaba descansar un rato antes de enfrentarme a Black.

CAPÍTULO 7

Llegué a *Las puertas del Infierno* a las siete menos cuarto. Siempre me había gustado la puntualidad y esta vez no iba a ser menos, aunque no contaba con la cola de gente que tendría que esperar hasta llegar a taquilla. Por suerte para mí, pocos minutos más tarde ya me encontraba delante del guarda de seguridad y, después de darle mi nombre, me dejó pasar sin problemas. Le di las gracias y abrí la puerta de acceso al club. La música resonaba por todos lados. Todavía no había mucha gente debido a la hora, aun así, ya había varias mesas ocupadas y la barra de abajo estaba llena. Sin perder tiempo, me dirigí hacia la barra de arriba donde sabía que encontraría a Juanma.

—Buenas tardes, Hammer —me senté en uno de los taburetes—. ¿Me pones una cerveza?

—¡An, qué sorpresa! ¿Qué haces aquí sola, preciosa?

—He quedado con Black a las siete.

Hammer sacó una cerveza de la cámara y la abrió delante de mí antes de servírmela.

—¿Negocios o placer?

Hammer me guiñó un ojo.

—No seas tonto. Negocios, por supuesto —le di un par de sorbos a la botella y miré a mi alrededor—. Se ve vacío en comparación con la otra semana.

—Es temprano. El club se llena a partir de las diez y media u once de la noche.

—Oye, Hammer, ¿me pones tres cervezas y tres pinchos?

Hammer miró al tipo y asintió. Luego me miró a mí e hizo una mueca.

—Tranquilo, ve a atenderle. Es tu trabajo.

—Luego seguimos.

Juanma me guiñó un ojo antes de irse. Sonreí y le di algunos sorbos más a la cerveza mientras esperaba a Black.

—Buenas tardes, señorita Denon.

No hizo falta girarme para saber que esa voz tan masculina y seductora era de Black.

—Llámame Antía, por favor y, buenas tardes —contesté en cuanto se puso a mi lado.

—Me parece bien. ¿Me acompañas a mi despacho, Antía?

—Por supuesto.

Le di el último sorbo a la cerveza y dejé la botella encima de la barra antes de bajar del taburete y seguir a Black escaleras abajo. A continuación, cruzamos una puerta cubierta con una cortina de lona negra y entramos en la zona que yo pensaba que era un reservado VIP. Caminamos varios metros por un pasillo hasta que llegamos a una puerta. Black la abrió con una tarjeta de seguridad y se apartó a un lado para que pudiera entrar. Iba hacerlo cuando una pareja pasó por mi lado a paso rápido hasta llegar a otra puerta cubierta por otra lona negra. Después de mostrar unas tarjetas, el guarda de seguridad les dejó pasar y desaparecieron en la oscuridad. Aquel pasillo debía llevar a las mazmorras de las que me había hablado Juanma.

—Antía...

—Lo siento, Black. Me distraje.

Di un par de pasos hacia el interior del despacho. Era un despacho bastante sencillo con un armario una mesa con un ordenador portátil encima, un par de sillas, un sofá de tapicería de cuero negro justo enfrente y encima una pantalla de televisión donde se veían las imágenes de las distintas cámaras de seguridad. También había algún que otro cuadro de estilo gótico, pero ninguna estantería ni ningún objeto de decoración más. Aunque lo que más me llamó la atención fue ver mi libro encima de la mesa. Sonreí mientras pasaba mi dedo índice por encima de la portada.

Black se sentó cómodamente en su silla de despacho.

—Me picó la curiosidad después de la buena crítica que hicieron tanto Lican como Hammer y decidí comprarlo. Siéntate, por favor.

—Gracias—. Aceptando su ofrecimiento me senté en la otra silla que estaba situada justo delante de la suya y de espaldas a la puerta y al sofá—. Espero que te guste el libro y que lo disfrutes —él asintió—. En fin, vamos a dejar de hablar de ese tema y centrémonos en nuestro trato. ¿De qué cláusulas querías hablar?

—Directa al grano. Me gusta —esbocé una sonrisa—. ¿Qué sabes o conoces de este club?

—Me parece que sé por dónde vas. Si te refieres al tema de la mazmorra, Hammer me lo contó el otro día y viendo esa pareja del pasillo, ha sido fácil adivinar adonde iban.

—Debería despedir a Hammer por contártelo, pero no lo haré —alcé las cejas algo sorprendida—. No te ha sorprendido y eso está bien. Además, tarde o temprano te ibas a enterar. Pero tienes que omitir esa parte del club en el libro. No quiero que la mazmorra se convierta en un lugar de peregrinaje para tus fans porque te puedo asegurar que esa zona no es un lugar para novatos curiosos ni mojigatos. Las prácticas que se llevan a cabo allí son consentidas por ambas partes, pero pueden herir la sensibilidad de la gente que no pertenece a ese mundo. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto que lo entiendo. Nada de nombrar la mazmorra. Trato hecho. ¿Alguna cláusula más?

—Sí. Una más. La otra noche dijiste que había algunas deficiencias que no pasarían una inspección. Ayúdame a solventarlas. Si cerraran el club por una gilipollez jodería a mucha gente, tanto a trabajadores como a clientes.

—Sin problema. Te ayudaré. ¿Me vas a dejar ir de un lado a otro del club incluida la mazmorra, aunque no la nombre en el libro?

—Sí, si te atreves, tienes vía libre.

—Black, no te tengo miedo. Ni a ti ni a nadie de este lugar. Nada de lo que ocurra en esa mazmorra va a impresionarme. Créeme.

Black sonrió de manera traviesa.

—Eso habrá que comprobarlo.

Le desafié con la mirada y curvé los labios hacia arriba.

Justo entonces llamaron a la puerta. Sin dejar de mirarme, Black contestó y dio permiso para que entraran. Era el camarero que había leído mi libro. Por lo que había dicho Black, su apodo en el club era Lican. Sonreí y le saludé con la mano. Después de devolverme el saludo, Lican se dirigió a Black.

—Disculpad la interrupción. Black, las pizzas ya están, como no vengas pronto te quedas sin cenar.

—Gracias, tío. Enseguida vamos —le miré atónita sin entender porque me había incluido en esa cena mientras Lican salía del despacho y cerraba la puerta—. No me mires así, Antía. Si

quieres sumergirte en mi club vas a tener que colaborar de alguna manera. Hoy te quiero en la barra con Hammer y con Lican.

—¿En serio?

—Por supuesto que es en serio.

—Vale, aunque tengo que decirte que no tengo experiencia de camarera ni de servir copas.

Black soltó una carcajada.

—Me lo imaginaba. Los chicos te enseñarán lo más básico. No es tan difícil.

—No he dicho en ningún momento que tuviera ningún inconveniente en trabajar en la barra. Además, para tu información, aprendo rápido.

—Bien y mejor para todos. Entonces... ¿cerramos el trato?

—Sí, de todos modos y, para evitar malentendidos, le pediré a mi abogada que lo redacte todo. Te lo traeré para que ambos firmemos.

—Me parece bien. Y ahora... ¿vamos a cenar?

Ambos nos levantamos al mismo tiempo. Salimos del despacho y regresamos a la sala principal. Desde allí nos dirigimos hacia una puerta que había justo detrás de la barra principal. Nada más entrar vi a varios de los trabajadores sentados alrededor de una mesa comiendo pizza y bebiendo cerveza mientras conversaban muy alegres y sin tapujos. De repente, el silencio se hizo en la sala y todos nos miraron. Black dio un paso al frente antes de dirigirse a ellos

—Os presento a Antía. Esta noche estará en la barra con Hammer y Lican. Y antes que lo preguntéis, su fichaje solo es temporal.

—Por lo que veo, al final Black te ha dado permiso para mencionar el club en tu próximo libro —intervino Lican.

—Así es. Hemos hecho un quid pro quo.

—Genial, tía. Bienvenida al equipo.

Lican se levantó y estiró el brazo. Le estreché la mano rápido.

—Lican, tú y Hammer seréis los encargados de enseñarle como va todo y de vigilar que ninguno se sobrepase con ella.

Miré a Black y le fulminé con la mirada.

—Sé manejar ese tipo de situaciones. Te recuerdo que soy...

—Lo sé —interrumpió—. Pero este es mi club y yo soy quien da las órdenes aquí. O las aceptas o ya te puedes largar y rompemos el trato.

Nos miramos el uno al otro desafiándonos. Si estar bajo sus órdenes era la única manera de seguir allí y de estar más cerca de conseguir ese collar, tendría que tragar con mi orgullo y aceptar que él era el jefe.

—¡Maldita sea! Tú ganas. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un gótico prepotente y déspota?

Escuché varias exclamaciones y gritos de sorpresa. Black curvó los labios hacia arriba.

—No. Eres la primera que me lo dice a la cara. Tienes agallas. Esa cualidad te vendrá bien en la barra. Será mejor que nos sentemos a cenar o estos son capaces de comérselo todo.

Black hizo un gesto con la mano para dejarme pasar primero.

—¿Y el resto de los trabajadores? —pregunté al pasar por su lado.

—Cenan en el segundo turno—. Nos sentamos el uno al lado del otro. Ninguno de los presentes había vuelto a abrir la boca ni le había dado un bocado a la pizza—. ¿Qué coño os pasa? El tiempo de descanso pasa rápido, así que ya os podéis dar prisa si queréis cenar.

Todos siguieron cenando.

—Hola, yo soy Hellraiser. Ellos son Dracul, Manostijeras, Demon, Pennywise, Elfo, Morticia y Gomez Addams.

—Todos tenéis nombres de personajes de terror o góticos. Mola. ¿Dónde está la bruja de la verruga en la nariz con su escoba voladora y que se come a los niños?

Todos soltaron una carcajada.

—Tenemos un brujo, pero el personaje de bruja está libre por si lo quieres —comentó Black antes de darle un sorbo a su cerveza y guiñarme un ojo.

Sonreí. Si él supiera que estaba tratando con una bruja de verdad...

—Nah. Hace tiempo que no vuelo en escoba y no quisiera hacer el ridículo delante de tanta gente.

Todos se echaron a reír.

—Oye, Black... no sería mala idea. Incluir en el espectáculo una bruja volando en su escoba por la sala —expresó Manostijeras.

—Me lo pensaré.

Media hora más tarde todos abandonamos la sala. Mientras íbamos camino hacia la barra de arriba, Black me comentó que el primer espectáculo empezaba a las once de la noche y que, para entonces, el club ya estaría lleno de gente y eso significaba mucho trabajo en las barras sirviendo copas, cervezas y algunos pinchos especiales. Entonces llegamos a la barra donde se encontraba Hammer. Le saludé con la mano. Él sonrió y vino hacia nosotros.

—Hola, preciosa. Ya me ha dicho Lican que esta noche vas a estar con nosotros en la barra —afirmé—. Genial. Entra y te enseño como va todo antes de que me vaya a cenar.

—Vale —giré la cabeza hacia la izquierda y miré a Black—. Será mejor que me ponga a trabajar o el gótico prepotente del dueño me echará a patadas de aquí.

Le guiñé un ojo justo antes de entrar en la barra por la pequeña puerta y dejarle con la palabra en la boca. Black me agarró del brazo por encima de la barra y tiró de mí hasta que me giré.

—Un consejo, señorita Denon. No juegues con fuego o acabarás quemándote.

Dicho eso, me soltó y giró sobre sus talones para alejarse de allí. Escuché como Juanma soltaba un largo bufido.

—Uffffff. ¿Qué ha sido eso?

—Una broma que por lo visto no se ha tomado bien. Ese hombre no tiene sentido del humor. En fin... vamos a lo que vamos. Enséñame.

—Claro. Empecemos por el principio. Lo primero que tienes que saber dónde está cada bebida y luego seguimos con la cantidad que servimos en cada copa y los precios. De todos modos, si tienes cualquier duda, pregúntanos y nosotros te echaremos una mano.

A pesar de que era mucha información, intenté retener lo máximo posible y me fijé en cómo tanto él como Lican servían las bebidas que los clientes le iban pidiendo.

—Hola guapa, ¿me pones cuatro tercios?

Hammer me miró y sonrió. Era mi primer cliente. Saqué los tercios de la cámara y los puse encima de la barra y los fui abriendo uno a uno.

—Aquí tienes. Son doce euros.

El tipo me dio un billete y después de teclear en la caja registradora la comanda, guardé el billete.

—¿Ves? No es tan difícil. Nada de agobiarse cuando venga el mogollón de gente. Tú les atiendes uno a uno. Si tienen que esperar su turno, que esperen. Normalmente la gente suele tener paciencia, así que, no te preocupes.

—Vale. Creo que podré hacerlo.

Una hora más tarde estaba sirviendo bebidas sin parar al igual que lo hacían Lican y Hammer. Había tardado veinte minutos en pillarle el truco a ese trabajo y en seguirles el ritmo a mis compañeros de trabajo.

—¿Cuántos te han pedido una cita? —preguntó Lican cuando pasó por mi lado para coger la botella de whisky.

—Uffff. Dejé de contarlos hace rato.

Él soltó una carcajada.

—Ahora entiendo porque Black te quería en la barra. Eres un reclamo para el sector masculino.

—¿Eh?

Lican me guiñó un ojo antes de servirle el cubata al cliente. Iba a dirigirme hacia a otro cliente para atender su pedido cuando vi como Black se acercaba a la barra.

—Antía, tómate un descanso. Quiero que vengas conmigo un momento. Hammer, Lican enseguida os la devuelvo.

Antes de salir de allí, Juanma me agarró de la muñeca y me detuvo. Le miré sorprendida porque sabía que Black nos estaba observando con detenimiento a los dos.

—An, ten mucho cuidado. Estoy seguro de que te va a llevar a la mazmorra —me susurró al oído. Asentí dándole de ese modo las gracias por el aviso. Luego, me dio una palmada en el culo —. Preciosa, no tardes o perderemos muchas propinas.

—Para eso me quieres, menudo amigo estás hecho.

Ambos soltamos una carcajada, pero pronto se vio interrumpida por un cliente que reclamaba su bebida. Me despedí de Juanma y salí de la barra.

Nada más hacerlo, Black me agarró de la muñeca y tiró de mí. Iba a protestar, pero su mirada fría y desafiante me hizo desistir y decidí dejarme llevar por él donde fuera que quisiera que fuéramos escaleras abajo. Una vez en el piso de abajo, Black me soltó y se puso a mi lado.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Gracias. Supongo que me has estado espiando con las cámaras de seguridad.

—Tengo que vigilar y controlar mi negocio.

—Una pregunta. ¿Me has puesto en la barra por mi físico?

Black se paró un instante.

—¿Tú que crees? De todos modos, si tienes algún problema con alguien, díselo a Hammer o a Lican. Ellos llamarán a Shark y sacarán del club al tipo. No me gusta que nadie se sobrepase con mis trabajadores.

—De momento todo va bien. Me han pedido varias citas y me han dado muchas propinas. Black, sigues sin contestarme la pregunta.

—Ni lo voy a hacer. Además, eres detective privado. Saca tus propias deducciones y conclusiones.

Esquivamos a varias personas hasta que llegamos a la primera cortina negra que llevaba al pasillo donde estaba su despacho. En un primer momento pensé que íbamos a ir allí, pero Black no se detuvo y siguió caminando hasta llegar a la segunda cortina negra. Nada más llegar allí, un guarda de seguridad saludó a Black y se apartó para dejarnos paso.

—Ten cuidado con los escalones.

A medida que iba bajando los gritos y los gemidos de placer se escuchaban con más intensidad, incluso por encima de la música.

—La mazmorra, supongo.

—Así es. Recuerda, todo lo que veas es consentido.

Después de bajar todos los peldaños y dar unos pocos pasos aparté con la mano una cortina negra de terciopelo. A pesar de la luz tenue, lo primero que vi fue una enorme cama redonda en el centro en la cual había varias personas practicando una orgía. Follaban al ritmo de la música mientras otras miraban. Caminé varios pasos para poder adentrarme en la mazmorra. En la pared de la izquierda habían colgadas tres cruces, en dos de ellas estaban sujetos con correas de cuero un hombre y una mujer. Ambos tenían cubierta la cabeza con una máscara de cuero mientras les azotaban con un látigo en varias partes del cuerpo. Cuanto más fuerte sonaba el golpe, más fuerte era el gemido de placer que ambos emitían. Hacía tiempo que no presenciaba ni participaba en ninguna práctica sexual relacionada con el BDSM y ver aquello me trajo algunos recuerdos a la mente. De pronto, un fuerte grito llamó mi atención. Me giré rápido. Justo al otro lado de la mazmorra había una chica colgada bocabajo con las piernas abiertas y los ojos vendados. Sus brazos estaban atados a su cuerpo para impedir que los moviera mientras un hombre le introducía unos segundos un dildo bastante grande por su vagina. Una mujer empezó acariciarle los pechos y pellizcó sus pezones varias veces. La chica empezó a gemir de placer pidiendo más. Entonces, otro hombre le introdujo su miembro en la boca. Cuando ya lo tenía casi todo dentro, empezó a moverse cada vez más rápido. Los jadeos y gemidos de placer de ella hicieron que aquella escena empezara a excitarme y, de forma instintiva, apreté los muslos mientras soltaba un gemido ahogado. Cerré los ojos para controlar aquella sensación. No era el momento ni el lugar para dejarme llevar por esa clase de emociones por muy excitantes que fueran. En ese momento noté el cuerpo de Black pegado al mío. Aquello me sorprendió tanto que abrí los ojos de golpe.

—¿Te gusta lo que ves? —me susurró al oído—. Estoy seguro de que ahora mismo tus bragas están completamente mojadas. ¿Me equivoco?

Intenté girarme para enfrentarme a él cara a cara, pero antes de que pudiera hacerlo, él pasó sus brazos por mi cintura y me sujetó fuerte impidiendo cualquier tipo de movimiento. Entonces, se arrimó más a mí sin dejar separación alguna entre nuestros cuerpos. En ese momento me di cuenta de que su erección se apretaba contra mi trasero.

—No soy de piedra Black y, por lo que estoy comprobando, tú tampoco. Tengo que confesarte una cosa. Esto no me sorprende. Estuve trabajando como dominatrix en un club muy exclusivo de Londres durante un par de meses. Puedes leer parte de mi experiencia en el libro que tienes encima de la mesa de tu despacho. Si tu intención era que me escandalizara, has fallado y ahora, suéltame. Tengo que volver al trabajo. A ese trabajo que tú me has asignado.

Black apartó despacio los brazos de mi cuerpo. En cuanto me vi libre de su agarre, me separé de él varios pasos y di media vuelta. Ya le había dicho todo lo que tenía que decirle, de modo que, ni me molesté en mirarle cuando pasé por su lado. Sin perder ni un segundo, me dirigí hacia la salida y subí las escaleras. Saludé al guarda de seguridad nada más apartar la cortina. Miró por encima de mi hombro, pero al comprobar de que subía sola alzó las cejas sorprendido, aunque no abrió la boca. Caminé de prisa por el pasillo hasta llegar nuevamente a la sala principal del club, pero antes de regresar a la barra de arriba para seguir trabajando, me fui directa al cuarto de baño. Me encerré en uno de los compartimentos y cerré los ojos mientras inspiraba y espiraba despacio para deshacerme de todo aquel deseo que todavía recorría por el interior de mis muslos.

Tardé varios minutos en recomponerme y en estar lista para volver al trabajo. Salí de allí y subí las escaleras hacia la planta de arriba.

—Pensé que te habías perdido por algún rincón del club —dijo Lican en cuanto entré en la

barra.

—Nah. Solo me tomé un pequeño descanso.

—¿Con Black?

—No es lo que te imaginas.

—Eh, que yo no digo nada. No es asunto mío.

—Entonces no preguntes, Lican. ¿Y Hammer?

—Ha ido a vaciar la vejiga. Mírale, por ahí viene.

Juanma entró en la barra y me miró impaciente esperando a que le contara a donde había ido con Black y lo que había hecho.

—Todo bien, Hammer. No voy a contarte nada porque no hay nada que contar.

—Si tú lo dices... Anda, vamos a trabajar. Ya estamos en hora punta.

Hammer tenía razón, las siguientes dos horas fueron una locura. No paré de servir copas, cervezas, cubatas o refrescos, pero al mismo tiempo, me permitió observar el comportamiento de toda aquella gente y, aunque reconozco que no está bien ni moral ni éticamente, escuché varias conversaciones.

Acababa de servir un par de copas cuando de repente se me ocurrió la trama principal del siguiente libro. Intenté retenerla y desarrollarla en mi cabeza entre copa y copa. En cuanto el volumen de gente en la barra disminuyó me dirigí a Hammer.

—Tengo que irme, Juanma. Dile a Black que le haré llegar el contrato.

Él me miró atónito sin entender mi comportamiento.

—¿Puedo saber a dónde vas? ¿A dónde te ha llevado Black antes?

—Tenías razón con él, pero tranquilo. No ha pasado nada de nada. Tengo que irme porque el muso acaba de regresar y como no empiece a escribir voy a perderle. Ya me disculparé con tu jefe en cuanto pueda.

—Vale. Espero que no se ponga muy furioso. Ten cuidado, An. Hablamos.

Y, sin más, salí de aquella barra y de aquel club en dirección a mi casa. Nada más llegar a casa, me encerré en el despacho, encendí el ordenador y empecé a escribir, soltando todas aquellas frases que tenía acumuladas en la cabeza.

Al día siguiente nada más despertarme llamé a Adalia. Ella era la abogada del equipo. Me contestó con voz resacosa, lo que me hizo soltar una carcajada al imaginarme la noche movida que había tenido mi amiga.

—¿An? ¿qué demonios haces llamando tan temprano un domingo?

—Son las seis de la tarde. Necesito que me hagas un favor.

—Tú dirás, jefa.

Le comenté el trato al que habíamos llegado Black y yo la noche anterior y lo que necesitaba que hiciera por mí. Le facilité el móvil de Black para que pudiera ponerse en contacto con él y pedirle todos sus datos personales.

—Además de esas cláusulas, necesito que añadas una última de mi parte a modo de petición especial y no quiero ni comentarios ni preguntas sobre el tema. Cuando lo tengas preparado, pásate por el club para entregárselo. Los lunes está cerrado.

—Entendido. ¿Algo más que deba saber, An?

—No. Si te pregunta por mí, invéntate cualquier excusa creíble.

—Eso haré. Cuando lo tenga redactado te enviaré una copia a ti primero para que me des el visto bueno.

—Genial y gracias. Sigue disfrutando del domingo, Adalia. Estamos en contacto.

—Lo mismo digo.

CAPÍTULO 8

Adalia me envió el contrato por email el miércoles a primera de hora la mañana. Después de llamarme y pedirme disculpas por el retraso debido a que no se había podido poner en contacto con Black antes.

—No te preocupes, le echo un vistazo y te doy la contestación por mensaje para que puedas ir lo antes posible al club.

—Bien.

Me despedí de ella y me senté en la silla de mi despacho para poder leerlo con tranquilidad. No quería dejar ni un cabo suelto. Me puse cómoda, abrí el email y empecé a leer. Lo primero que me sorprendió fue ver el nombre real de Black. Sonreí y seguí examinado el contrato hasta que llegué a la última cláusula. Sabía que a Black no le iba a gustar, pero no iba a ceder en ese punto. Por su bien y por el mío. Además, de él solo me interesaba una cosa: el collar que contenía los dos óvalos de fuego.

Le envié un mensaje a Adalia dándole mi conformidad con lo redactado. Ese mismo día por la noche, recibí la llamada de mi compañera y amiga informándome de que ya había entregado el contrato a Black en persona. Después de darle las gracias, me despedí de ella hasta el fin de semana ya que habíamos quedado en celebrar el cumpleaños de Bris en el *Claro de Luna*.

Iba a irme a dormir cuando recibí un mensaje de Black.

“¿Estás huyendo de mí, Antía? Pensaba que me ibas a traer el contrato tu misma.”

No tardé en contestarle.

“Hola, Black. No estoy huyendo de ti. He estado ocupada.”

Esperé impaciente su siguiente mensaje, el cual no tardó en llegar.

“Entonces, ¿por qué no vienes mañana al club y discutimos la última cláusula del contrato que has añadido?”

Nada más leer el mensaje solté una carcajada. Tal y como me había imaginado, aquella petición no le había hecho ni pizca de gracia. No quería hacerle esperar, así que, empecé a escribir.

“Lo siento, señor Skull. Me voy de viaje todo el fin de semana a una reunión familiar. Lo podemos discutir el lunes en mi despacho. Estaré allí a partir de las once de la mañana. Las señas de mi oficina están en el sobre dónde venía el contrato.”

“Bien, señorita Denon. Allí estaré. Disfruta de tu familia.”

“Lo haré. Te lo puedo asegurar.”

CAPÍTULO 9

A pesar de que la resaca de la fiesta de cumpleaños de Bris todavía hacía mella en mi cuerpo, me desperté temprano para ir a correr como cada día. Me sentía agotada y dolorida después de haber pasado todo el fin de semana jugando a una especie de paintball por el bosque, pero en versión para brujos, en el cual, en vez de pistolas con balas llenas de pintura de color, nos lanzábamos hechizos y utilizábamos nuestros dones contra nuestros contrincantes. Aunque lo que peor llevaba era el dolor de cabeza producido por la gran cantidad de alcohol que bebimos brindando una y otra vez. Pero después de una ducha y de tomar una pócima contra la resaca, me sentí como nueva y lista para empezar el día.

Debía acudir a un juicio en calidad de testigo a primera hora de la mañana, aun así, confiaba en estar en el despacho antes del mediodía y seguir trabajando en los casos pendientes. Como no quería llegar con el tiempo justo, decidí disminuir mi tiempo de ejercicio físico para ese día a cuarenta y cinco minutos.

Hora y media más tarde ya estaba duchada, arreglada y en mi coche de camino al juzgado. En esta ocasión había elegido un vestido azul eléctrico ajustado y sin mangas que me llegaba por encima de las rodillas combinado con unos zapatos negros y una chaqueta a juego con ambos. Era un conjunto sencillo, pero al mismo tiempo elegante.

Nada más llegar al juzgado me reuní con el abogado de la fiscalía y me comentó que el juicio se retrasaba media hora por problemas técnicos en la sala. Aquello no me gustó porque me obligaba a cambiar mi planificación del día, pero como no podía hacer otra cosa, aproveché el tiempo y me fui a la cafetería a desayunar y, de paso, llamar a Bris para avisarla que llegaría un poco más tarde al despacho.

A las nueve y media empezó el juicio y, por suerte para mí, me llamaron a testificar al cabo de unos minutos ya que era la primera en hacerlo. Contesté a las preguntas tanto de la fiscalía como a las de la defensa del acusado durante más de media hora. Una vez finalizado mi testimonio y, aprovechando un receso solicitado por la defensa después de que el acusado vomitase en el suelo, me despedí del abogado de la fiscalía y salí del juzgado en dirección a mi despacho.

Llegué al edificio donde estaba situada mi oficina poco después de las once y cuarto. Después de saludar a Bris y comentarle como había ido todo, me metí en mi despacho. Dejé mi maletín encima de la mesa y me quité la chaqueta. La colgué en el perchero y me dirigí directa a mi silla. Encima de la mesa había varias carpetas de casos pendientes. Me senté y encendí el ordenador portátil antes de echar un vistazo a todos aquellos informes.

Estaba centrada leyendo el primero de los informes cuando recibí en mi móvil una llamada de Antonio, un policía amigo de mi hermano con el que colaboraba de vez en cuando en algún caso cuando me pedían ayuda. Antonio me preguntó si mi secretaria me había hecho llegar el informe del “Caso Océano”. Rebusqué entre las carpetas y lo cogí.

—Sí, lo tengo delante. Iba a echarle un vistazo ahora mismo.

De pronto, escuché voces que provenían de la zona de recepción. Un hombre estaba gritándole

a Bris. Me levanté y me dirigí hacia la puerta. A continuación, la abrí un poco para poder asomar la cabeza. No tardé ni dos segundos en reconocer al hombre. Era Black. Entonces recordé que le había dicho por mensaje que iba a estar a partir de las once en mi despacho y que se pasase por aquí.

—Señor Skull, no puede pasar sin una cita previa.

—Me dijo que viniera. Eso es una cita y es suficiente. No necesito una maldita tarjeta donde ponga la hora.

Solté un bufido antes de volver a cerrar la puerta.

—¿Quién es el gilipollas que está chillando?

—Un cliente. No te preocupes, Antonio. Te prometo que hoy me leo el informe y esta misma noche te doy una respuesta.

—Bien. Espero tu colaboración porque necesitamos a alguien como tú infiltrada.

—Sabes que dejé el cuerpo de policía hace ya algún tiempo.

—Sí, lo sé. Pero eres una de las mejores y te quiero en este equipo de investigación.

Escuché más gritos.

—Tengo que dejarte. Me lo pensaré. Te llamo luego.

Colgué la llamada y, con el móvil todavía en la mano, abrí la puerta. Salí de mi despacho y caminé los escasos cuatro metros que separaban la recepción del despacho mientras seguía escuchando la discusión a gritos entre Black y Bris. Al llegar allí carraspeé. Ambos se callaron y me miraron atónitos. Primero me dirigí a mi secretaria.

—Está bien, Bris. Déjale pasar. No hay problema. Le dije que viniera hoy a partir de las once, pero no confirmé hora. Culpa mía.

Ella asintió. Luego miré a Black el cual me observaba atónito y con los ojos abiertos como platos.

—¿An... Antía?

—Sí, soy yo Black. Buenos días.

Escuché como resoplaba mientras su mirada recorría mi cuerpo de arriba abajo y viceversa.

—¡Joder!

Sonreí.

—Disculpa a Bris. No la avisé de que posiblemente ibas a venir. Vamos a mi despacho, por favor — él asintió y, tras pedirle disculpas a Bris, se dirigió hacia mí. Me giré sobre mis talones y empecé a andar. Cuando estuve delante de la puerta de mi despacho, la abrí y me aparté para que él pudiera pasar—. Adelante. —Una vez estuvo dentro, cerré la puerta tras él—. Siéntate, por favor.

Black se giró y volvió a mirarme de arriba abajo una vez más.

—¡Ostia puta! ¡Joder!

—Oye, en vez de tantos tacos, no estaría mal un “buenos días” o al menos un “hola”.

—Lo siento. Hola, Antía.

—¿Qué ocurre, Black? Supongo que estás sorprendido de verme sin esa ropa gótica, ni tan maquillada. Sin olvidar el color de mi cabello sin tintes.

Afirmó con la cabeza sin quitarme ojo de encima y no pude evitar soltar una carcajada.

—Eres... eres la chica que estaba haciendo deporte por el polígono y que me dio los buenos días hace algunas semanas.

—¿Eh? Sí, sí. Lo soy. Pensé que ya me habrías reconocido cuando nos conocimos.

—No, no hasta ahora. Estás tan... diferente.

—Sí, bueno. Son estilos muy, muy distintos —caminé hacia mi mesa—. Toma asiento, por favor —me senté en la silla y con un gesto de mano le insté a que se sentara. Finalmente, aceptó y se sentó en la silla que estaba justo delante de mí. A continuación, dejó un sobre encima de la mesa—. Veo que has traído el contrato, ¿lo has firmado ya?

—No. —A diferencia de hacia tan solo unos segundos. Esta vez su voz había sonado firme y autoritaria—. Tenemos que discutir la última cláusula.

Mi instinto no me había fallado esta vez. A pesar de que me moría por soltar una carcajada, tuve que contenerme y mantener mi rostro serio e impasible mientras me reclinaba un poco hacia delante y le desafiaba con la mirada.

—¿Por qué motivo? Lo único que indica esa cláusula es que ambos nos comprometemos a que no haya nada de sexo entre nosotros. ¿Qué problema hay con eso?

—No creo que la vayamos a cumplir.

—Señor Skull, digo Black, yo no tengo la menor intención de acostarme contigo. No hay que mezclar negocios con placer. Lo nuestro solo van a ser negocios. Ten eso muy presente.

—Antía, pero y si...

Una llamada telefónica interrumpió a Black. Miré la pantalla de mi móvil. Era mi hermano.

—Discúlpame, tengo que cogerlo. Solo será un momento —él asintió—. Buenos días, Naím. ¿Te has caído de la cama?

—Hola, An. No me he ido a dormir todavía. Necesito que vengas aquí cuanto antes. Estoy en la escena de un crimen. Han asesinado a una chica y deberías verlo.

—¿Por qué?

—Tú ven. Te envío la dirección por mensaje en cuanto cuelgue.

—Vale. Allí estaré —colgué la llamada y miré a Black—. Lo siento, pero tengo que irme. Me están esperando en la escena de un crimen. Firma el contrato y me lo das el fin de semana. Me pasaré por tu club el sábado por la noche.

—Quiero discutir ese punto y hablo en serio.

—Yo también. Mira, tengo mucho trabajo ahora mismo y no puedo perder el tiempo.

—Entonces te acompaño y lo hablamos por el camino.

Sacudí la cabeza varias veces.

—Espera, espera. ¿Quieres acompañarme a la escena de un crimen para que podamos discutir ese asunto?

—Sí.

Solté un largo suspiro.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, pero... está bien. Puedes acompañarme, aunque te advierto que vas a perder el tiempo.

—Eso está todavía por ver. Además, hoy no tengo nada mejor que hacer.

Black se levantó de la silla.

Cerré mi portátil, guardé los informes y mi maletín en un cajón que cerré con llave y me levanté. Caminé hacia el perchero para coger mi chaqueta y el bolso. Una vez estuve lista, salimos del despacho y caminamos el uno al lado del otro hasta llegar a la recepción.

—Bris, tengo que irme. Me ha llamado Naím para que le ayude en un caso de asesinato. Ya sabes... —No podía decir delante de Black que a lo mejor mi hermano necesitaba ayuda de una bruja para resolver ese caso—. En fin, volveré después de comer.

—Entendido. Cualquier cosa que necesites, llámame y ten mucho cuidado. —Luego, giró su cabeza hacia Black—. Señor Skull, que pase usted un buen día.

—Gracias e igualmente y lamento lo de antes.

—Ya está olvidado.

Sin perder más tiempo, me dirigí hacia la puerta principal. La abrí y esperé que Black pasara, pero él se había quedado varios pasos atrás.

—Black, ¿por qué demonios te quedas atrás? No tengo todo el día.

Él sonrió y aceleró el paso hasta llegar a mi lado.

—Me gusta mirar tu trasero.

Aquellas palabras me sorprendieron e hicieron que me tensara al instante. Puse los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza. Black se adelantó un par de pasos y llamó al ascensor. En cuanto las puertas se abrieron, ambos entramos al mismo tiempo. Estar con él en un espacio cerrado y tan pequeño era lo último que necesitaba después de conocer su opinión sobre la última cláusula. Aun así, no iba a dejar que él me intimidase.

—Black, ¿qué te parece si dejas de mirarme y le das al botón para que este trasto baje?

—¿Eh? Sí claro, por supuesto. Perdona, me distraje. —Black apretó el botón de la planta baja —. Me gusta tu traje. Te queda muy bien.

—Gracias. Supongo que, en cambio, a ti va a ser difícil verte con otra ropa que no sea la gótica, ¿verdad?

Se encogió de hombros y sonrió. Justo entonces se abrieron las puertas del ascensor. Salimos y caminamos juntos por el vestíbulo hasta llegar al exterior.

—Tengo el coche allí —Black, señaló justo la acera de enfrente.

—Black, tenemos que ir en el mío. Es el que tiene identificado la policía y el único con el que me van a dejar pasar.

—Lo entiendo.

Caminamos calle abajo unos cuantos metros hasta llegar a mi coche. Le di al botón del mando y las puertas se abrieron. Dejé mi bolso en el asiento de atrás. Iba a decirle a mi acompañante que se subiera al coche, pero cuando me di cuenta, ya lo había hecho. Sonreí y me monté. En menos de dos minutos, el coche ya estaba puesto en marcha y la música de Thirty seconds to mars sonando a todo volumen. La bajé un poco mientras conducía callejeando por la ciudad para poder llegar a las afueras, a la dirección que me había enviado Naím.

—¿Desde cuando eres detective privado?

—Desde que dejé el cuerpo de policía hace algunos años.

—¡Joder! Así que, eras poli. Y... ¿por qué lo dejaste?

—Estaba infiltrada en un caso. La cosa se complicó y yo acabé en el hospital. Por favor, Black, vamos a centrarnos en los negocios. ¿Por qué quieres anular esa cláusula?

—¿Por qué? ¿No es obvio? Te deseo.

—Como a todas las que te follas en la mazmorra —noté su mirada fulminante clavada en mí—. Lo siento, Black, pero no pienso ser una más de tu lista. Contigo solo van a ser negocios.

—Eso ya lo veremos.

En esos momentos llegamos a la dirección que me había enviado mi hermano por mensaje. La calle estaba cortada por ambos lados por varios coches de policía que impedían el paso. Uno de los policías se acercó a mi coche. Bajé la ventanilla, le saludé y, antes de que él me pidiera la documentación, me identifiqué y le comenté que el inspector Naím me estaba esperando. Entonces me indicó que podía aparcar el coche en uno de los laterales libres que había a un par de metros más adelante. Después de darle las gracias, volví a subir la ventanilla y estacioné mi vehículo en la zona autorizada. Apagué el motor y me desabroché el cinturón de seguridad para inclinarme y

poder acceder cómodamente a la guantera.

—Disculpa, Black. Tengo que coger una cosa de ahí.

Black apartó hacia el lado derecho las piernas, lo que me dio acceso al compartimento. Lo abrí y saqué mi identificación, la cual me colgué del cuello y mi arma. Una beretta 92 FS. Comprobé que estuviera cargada y el seguro puesto antes de guardarla en el bolso.

—¡Joder! Nunca había visto una de esas tan cerca.

—Me lo imagino. Espérame en el coche. No salgas o tendremos problemas los dos.

Cogí mi bolso del asiento trasero e introduje el arma dentro. Segundos después, salí del coche y caminé varios metros calle abajo hasta llegar al segundo cordón policial. Mostré mi identificación y desde allí saludé a Naím con la mano, el cual estaba hablando con otros dos policías.

—Déjala pasar, Javier. Es mi hermana y también es policía.

El tal Javier asintió y levantó el cordón policial lo suficiente como para que pudiera pasar por debajo. Una vez dentro, me dirigí hacia donde estaba mi hermano.

—Hola, Naím. Aquí me tienes.

—Hola, An. Vamos, ven. Tengo que mostrarte una cosa.

—Está bien. ¿Quién es la víctima?

—Una mujer blanca de unos treinta años. Delgada y rubia de ojos claros, aunque estoy convencido de que son lentillas. Tiene marcas de estrangulamiento en el cuello y varias puñaladas en el abdomen, pero apenas hay sangre. Lo que significa que no la han matado aquí.

—Vaya...

—Ahora viene lo interesante. Llevaba tu tarjeta de visita en su bolso.

Le miré extrañada. Llegamos junto a la forense, la cual estaba agachada junto al cadáver de la chica. En cuanto me vio, me saludó y levantó varios centímetros la sábana blanca para dejar al descubierto el rostro de la víctima.

—¿La conoces, An?

—No, lo siento. No la conozco. No es cliente mía ni tiene nada que ver con ningún caso que haya investigado o esté investigando.

—Bien. Gracias, Lola —la forense tapó el cadáver. A continuación, Naím volvió a centrar su mirada en mí—. Esto es todo, An. Si averiguo algo más te llamaré. Venga, te acompaño hasta el coche.

Mi hermano y yo caminamos en silencio el uno al lado del otro. Un par metros antes de llegar a mi vehículo Naím se paró en seco.

—¿Qué ocurre?

—¿Ese es Black? —afirmé con un ligero movimiento de cabeza—. ¿Has venido con él? —volví a asentir—. ¿Te has acostado con él?

—Nooooo. Eso no va a suceder. Por el amor de la Diosa Luna. ¿Qué te hace pensar eso?

—No sé. Entonces, dime hermanita. ¿Cómo piensas conseguir ese collar con los óvalos de fuego? —me quedé en silencio sin saber que responderle—. Ten cuidado. Te gusta mucho meterte en la boca del lobo y puede que esta vez te coman.

Me guiñó un ojo antes de soltar una carcajada. Yo respondí dándole un buen codazo.

—No seas idiota. Es un humano al que le gusta disfrazarse para dar miedo, pero no me lo da.

—No me refiero al miedo. Ese tío te desea. Pude olerlo el otro día y también ahora. No parará hasta llevarte a su cama.

“O a su mazmorra” pensé.

—Estaré bien, Naím. Sé manejar a los tipos como él. Confía en mí.

Le di dos besos en la mejilla antes de dar media vuelta y caminar los pocos pasos que me separaban de mi coche. Abrí la puerta del vehículo, entré y dejé el bolso en el asiento trasero antes de abrocharme el cinturón y encender el motor.

CAPÍTULO 10

Miré el reloj. Las dos de la tarde. Hice una mueca.

—¿Todo bien, Antía?

—Sí, sí. Oye, Black. Te invito a comer. Me muero de hambre.

Él sonrió.

—Vale. Pero ¿estás seguro de querer ir a un restaurante con un tipo gótico como yo?

—Me importa una mierda la opinión de los demás. Justo en el edificio de al lado del despacho hay un restaurante que está muy bien.

—Tú invitas, así que, lo justo es que elijas tú. La próxima invito yo.

—Me parece bien. No te has quitado las gafas de sol en ningún momento. No llevas las lentillas de colores, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—Muy observadora. No, no las llevo, Los ojos también necesitan descansar un poco.

—Cierto.

Iba a preguntarle donde se compraba esas lentillas cuando el manos libres sonó un par de veces antes de que la llamada se descolgara. Miré la pantalla un segundo por el rabillo del ojo.

—Naím, voy conduciendo y no estoy sola.

Le advertí por si tenía intención de decir algo que tuviera que ver con el mundo sobrenatural y nuestra naturaleza como brujos.

—Me lo imaginaba. An, acabamos de descubrir que la víctima es morena. Llevaba una peluca. Un trabajador de la zona la ha identificado como una prostituta habitual del polígono. Y, por desgracia, está más relacionada contigo de lo que pensábamos.

—¿Por qué? Ya te he dicho que no la conozco.

—Lola, la nueva forense, la ha examinado y, resulta que, al darle la vuelta, hemos visto un tatuaje pintado con un rotulador. An, es igual que el tuyo, incluso del mismo tamaño.

—¡Joder! Eso es imposible. Exceptuando tú y las chicas del equipo, el único que conoce la existencia de mi tatuaje es Nahuel.

No iba a decir en alto que no había estado con nadie más desde que mi último exnovio, también brujo, intentara matarme.

—Quería confirmar que eso siguiera siendo así. En fin, he llamado a la cárcel. Nahuel sigue estando allí. Lo que significa que ha enviado a alguien para hacer el trabajo sucio. An, tienes que hablar con papá.

—¿Qué? Ni de coña, Naím.

—Esto es serio. Necesitas protección.

—No. Estoy más preparada que la última vez que me enfrenté a él. De hecho, voy a ir a hacerle una visita a la cárcel para decirle que no va a poder conmigo.

—An, ni se te ocurra hacer semejante gilipollez. Sé que soy un hermano mayor muy pesado, pero no quiero perderte, otra vez. Al menos infórmame de con quien vas a estar y donde en cada momento. Lo otro lo discutiremos más tarde.

—Últimamente no hago más que discutir discrepancias sobre distintos asuntos —miré a Black

de reojo y este curvó los labios hacia arriba—. Pues te informo. Voy a llevar a Black al restaurante *Mi jardín* porque le he invitado a comer y después, me iré al despacho. Tengo algunos casos por resolver.

No tenía pensado decirle nada sobre el “Caso Océano”. Tal y como estaban las cosas ahora mismo, Naím no me dejaría ni de coña volver a infiltrarme en un caso de ese tipo.

—¿Complicados?

—Nah. De varios seguros.

—Vale, pero, de todos modos, ten cuidado —hizo una breve pausa antes de seguir hablando—. Black, sé que me estás oyendo. No me gustas. Como le hagas daño a mi hermana iré a por ti. Y... An, llámame o avísame cuando salgas del despacho.

—Tranquilo, lo haré, pesado.

—An...

—Qué sí, pesado. Te lo prometo. Voy a colgar antes de que empecemos a ponernos sentimentalistas. Hablamos luego.

Le di al botón y aquella llamada finalizó.

—¿Quién es Nahuel?

—Un ex y, por favor, no preguntes más porque no voy a hablar de ese tema.

Necesitaba algunos minutos para procesar y asumir toda la información que mi hermano me había dado sobre su caso, de modo que, aprovechando que en la radio empezaba a sonar “Miracles (someone special)” de Coldplay, subí el volumen confiando en que Black pillara la indirecta de que no me apetecía hablar en esos momentos. Aunque lo que no me esperaba era escuchar a mi acompañante cantando esa canción en voz baja. Le miré por el rabillo del ojo y sonreí mientras aparcaba el coche a pocos metros del restaurante. Esperé a que la canción se terminara para apagar el motor.

—Te puedo asegurar que hay muy pocas personas que puedan sorprenderme, pero tu acabas de hacerlo.

—Me gusta la buena música y Coldplay tiene canciones geniales.

—Gracias por la información. Tendré que comprarme sus discos. Anda, vamos.

Abrí la puerta del coche y salí. Mientras Black hacía lo mismo, abrí la puerta trasera y cogí mi bolso. La volví a cerrar y apreté el botón del mando para accionar la alarma de seguridad. Una vez lista, pasé por delante del vehículo para reencontrarme con Black, el cual me estaba esperando en la acera.

—Antía, ¿qué tipo de música te gusta?

Caminamos el uno al lado del otro hacia la puerta del restaurante. Sonreí a una pareja de ancianos que se cruzó con nosotros y que no nos quitaba ojo de encima. Sabía que no eran los únicos a los que habíamos llamado la atención, pero no me importó en absoluto. Era de las personas que pensaban que la gente debería ser más abierta de mente y no juzgar a nadie por su apariencia. Black era gótico y vestía como tal, yo era una bruja muy poderosa capaz de matar a cualquier humano y, en esos momentos, por mi vestimenta nadie lo hubiera dicho.

—No soy fan de ningún grupo en concreto. Me gusta la música New Age porque me relaja y me ayuda a ver las cosas más claras cuando estoy trabajando.

Nada más abrir la puerta del restaurante, Mario, el dueño vino a saludarme. Nos dimos dos besos y le presenté a Black como si fuera un cliente. Black extendió la mano y ambos se saludaron, aunque me di cuenta como Mario negaba ligeramente con la cabeza en un gesto casi inapreciable, lo que me extrañó, pues le conocía desde hacía muchos años y estaba acostumbrado

a que llevara a mis clientes a comer allí. Tal vez le pasó por la cabeza que Black le iba a espantar a los clientes, de modo que, decidí tomar cartas en el asunto antes de que fuera tarde.

—Mario, ¿tienes alguna mesa donde podamos comer de forma discreta? El señor Skull y yo tenemos algunos asuntos importantes y secretos que tratar y no quisiera que nadie metiera las narices en esto o podría haber consecuencias muy graves. Ya sabes...

—Por supuesto, An.

Mario nos guió hacia una mesa situada en un rincón, justo en uno de los laterales de la gran chimenea.

—Gracias. Te lo agradezco muchísimo.

—De nada. Les diré a los chicos que vengan a tomaros nota enseguida y, tranquila, nadie va a sentarse ahí —señaló la mesa de la izquierda—. Pero, vamos, sentaros y disfrutad de la comida.

Me guiñó un ojo antes de darse media vuelta y dirigirse de nuevo hacia la entrada donde le estaban esperando otros clientes. Black y yo nos acomodamos y empezamos a mirar la carta. Pocos minutos después, una camarera vino a tomar nota de la comanda y de las bebidas. Iba a pedir una botella de agua como siempre, pero mi acompañante se adelantó y pidió una botella de vino tinto. Una vez la chica lo tuvo todo anotado, giró sobre sus talones y desapareció de allí. Aunque regresó al cabo de un par de minutos con la botella de vino tinto y un pequeño plato que contenía aceitunas.

—¿Cada cuánto vienes a comer a este restaurante?

—Un par de veces por semana como mínimo. Y alguna que otra noche, si salgo tarde del despacho y no me apetece cocinar nada, me paso por aquí. Su comida es excelente, al igual que el trato. Conozco al dueño desde hace muchos años.

—Ya me he dado cuenta. Te ha llamado An. Nadie llama a nadie por el diminutivo de su nombre a menos que haya mucha confianza.

—Cierto. Supongo que esa regla contigo no es válida porque no creo que sea posible un diminutivo de Black Skull.

Se echó a reír.

—En eso te equivocas. Sí lo hay. Un colega de Londres me llamaba BS en inglés.

Solté una carcajada.

—¿En serio? —asintió—. Qué bueno. Londres. Hace ya algún tiempo que no voy por allí.

—Al igual que yo. ¿Te gusta viajar?

—Sí, aunque mis últimos viajes al extranjero han sido por trabajo.

—¿País favorito?

Aquello fue el principio de una buena conversación sobre viajes, países y culturas. Me sorprendió que Black hubiera viajado tanto y que pudiera mantener una conversación normal sin tener que estar con el tira y afloja de quien de los dos era el que dominaba.

—¿Cuántas páginas llevas escritas del tercer libro? —preguntó antes de meter la cuchara en su plato de paella.

—Unas cincuenta páginas. ¿Por?

Al igual que él, también hundí la cuchara en mi plato de paella, la llené y me la metí en la boca.

—¡Joder! Sí que estabas inspirada. Tengo que confesarte que cuando Hammer me dijo que te habías ido, pensé que era una excusa. La paella está riquísima.

Asentí.

—No fue ninguna excusa. Regresó el muso y no podía dejarle escapar. ¿Has empezado a leer el

primer libro?

—Todavía no. Tendrás que perdonarme. He estado ocupado con varias cosas. Tener un negocio de este tipo requiere muchas horas de trabajo, tanto cuando el club está abierto como cuando está cerrado.

—Me lo imagino. Black, ¿no te cansas de tener que ir disfrazado siempre?

—¿Qué te hace pensar que a mí no me gusta vestirme así?

—No sé. Intuición.

Sonrió.

—¿Vas a venir este sábado al club?

—Depende. Si firmas el contrato iré el viernes, si puedo, y el sábado. Necesito seguir manteniendo la inspiración para escribir que me da ese lugar.

—Todavía tenemos un asunto pendiente que discutir.

—No, no lo tenemos.

—Conseguiré que cambies de opinión, aunque firmemos ese papel.

—Estás muy seguro de ti mismo.

Black sonrió de manera traviesa mientras una camarera se llevaba el primer plato y otra nos dejaba el segundo plato, un entrecot al punto.

—Si firmo el contrato, ¿cuándo podrías venir al club para solucionar aquellas incidencias de las que me hablaste?

Corté con el cuchillo un trozo de entrecot y me lo metí en la boca saboreándolo. Luego, le contesté a la pregunta.

—Cuando tú quieras. El miércoles tengo un rato libre por la tarde. Supongo que tendría que ser antes de abrir al público. Puedo estar allí después de comer. Lo único que necesito es que todo el personal esté allí porque esto también les incumbe a ellos.

—Genial. Les diré a todos que tienen que estar a las cuatro en el club. ¿Te gusta mi collar? Lo digo porque no has parado de mirarlo durante la comida.

¡Maldita sea! Black me había pillado y eso que yo pensaba que había sido más discreta, pero estaba claro que no había sido así. A partir de ese momento, tenía que controlar el impulso de mirar el collar.

—¿Eh? La verdad es que sí.

Después del segundo plato tomamos el postre y el café mientras seguíamos conversando sobre el club. Media hora más tarde, regresamos a mi despacho.

—Buenas tardes, Bris.

—Buenas tardes, An y a usted también señor Skull.

Black inclinó ligeramente la cabeza para saludar a mi amiga.

—Bris, termina con lo que estés haciendo y vete a casa —ella asintió—. Black, vamos a mi despacho a terminar de solucionar lo del contrato.

—Por supuesto.

Caminamos el uno al lado del otro los pocos pasos que quedaban hasta llegar a la puerta. Introduje el código de seguridad en el panel y la puerta se abrió. Le di al interruptor de la derecha y la luz se encendió. Fue entonces cuando vi el contrato encima de mi mesa. Antes de que pudiera decir nada sobre el asunto, Black me adelantó y se dirigió hacia allí. Cogió un bolígrafo y firmó el contrato.

Un poco más aliviada, me dirigí hacia el perchero y me quité la chaqueta y la colgué junto con el bolso. Iba a girarme cuando noté el cuerpo de Black pegado al mío, pero antes de que pudiera

recriminarle por eso, él pasó sus brazos por mi cintura y me sujetó fuerte contra él.

—Que haya firmado no significa que vaya a dejar de intentarlo —me susurró al oído.

Intenté zafarme, pero pegó aún su cuerpo contra el mío sin dejar ni espacio entre nosotros.

—Black, suéltame, por favor. Puedo pegar un grito y Bris llamaría a la policía.

—Está bien. Tú ganas, esta vez.

Black aflojó los brazos lo suficiente para que pudiera darme la vuelta y enfrentarme a él cara a cara, pero, en cuanto lo hice, volvió a pasar sus brazos por mi cintura, sujetándome fuerte y, sin darme ni un segundo de respiración, me besó. Al principio me opuse, pero el calor que emanaban sus labios era tan grande, que no pude evitar que mis labios se entreabrieran y dándole permiso. Nuestras lenguas no tardaron en encontrarse y enredarse la una con la otra jugueteando sin parar. Pasé mis brazos por su cuello y me dejé llevar por aquel brote de pasión que había surgido entre nosotros. Mi cuerpo empezó a reaccionar enviando oleadas de calor y excitación a mi sexo. Apreté los muslos y gemí. Debido a mis poderes y al miedo de perder el control sobre ellos, yo misma me había prohibido tener cualquier tipo de relación con un humano y estaba dejando que aquello llegara demasiado lejos. Tenía que pararle antes de que fuera demasiado tarde y terminase en paro cardíaco como había ocurrido cuando Juanma y yo nos besamos, pero, en esos momentos, deseaba tanto a Black que no me veía capaz de romper el contacto con él.

El móvil empezó a sonar. Era mi excusa perfecta para terminar con ese beso. Enseguida reconocí aquel tono de música porque era el que le había puesto a cada una de las chicas de mi equipo para identificar quien me llamaba antes de descolgar. Separé mis labios de los suyos, pero él volvió a lanzarse a buscar los míos. Volví a separarme otra vez y le mordí el labio con fuerza.

—¡Joder!

—Lo siento, Black. Tengo que contestar.

Bajé mis brazos y esperé impaciente a que me soltara. Nos miramos el uno al otro sin decir nada durante algunos segundos mientras el móvil no paraba de sonar.

—Si quien sea que esté al otro lado de la línea insiste tanto supongo que será porque el asunto debe ser muy importante —asentí—. Está bien.

Black soltó un largo suspiro antes de apartar sus brazos de mi cuerpo y dejarme ir.

—Gracias.

Di dos pasos hacia el perchero y rebusqué el móvil en mi bolso. Lo cogí y lo saqué. Era Daina. Descolgué la llamada y caminé hacia mi escritorio, aprovechando ese momento para poner más distancia entre Black y yo.

—Hola, Daina. Disculpa que haya tardado tanto en coger la llamada —me senté en mi silla y con un gesto de mano invité a Black a que se sentara en la silla que había justo al otro lado de la mesa. Al instante se sentó. Sabía que me estaba observando sin perder detalle, así que no podía decir ni una palabra relacionada con mi naturaleza o mi mundo sobrenatural—. Dime, ¿qué ocurre?

—Tenemos un pequeño problema. Los humanos han detenido a los *Nómadas* por conducción temeraria con una tasa de alcohol bastante alta, creo que cuadruplicaba la permitida por la ley, por resistencia a la autoridad y escándalo público. ¡Ah! Y se me olvidaba y todo esto después de atracar una gasolinera. Como han devuelto todo el dinero y han pagado lo que se llevaron, el dueño ha decidido no presentar cargos, pero de lo otro, no hay manera de librarse.

—¡Joder! Menuda panda de idiotas. ¿Les han puesto fianza?

—Sí.

Solté un largo bufido.

—Vale. Entonces, sácales de ahí. Paga la fianza de los cuatro y diles que esta noche me reuniré con ellos a las diez en punto en el mismo lugar de siempre. Adviérteles que como no se presenten, iré tras ellos y cuando los localice se arrepentirán de haber perdido la oportunidad que les estoy dando esta noche. —Escuché la risa de Black, pero le ignoré. —Y llama a mi hermano. Estoy segura de que le gustará estar presente en el encuentro.

—Así lo haré.

—Gracias, Daina. Nos vemos esta noche. Llama a las chicas.

Colgué la llamada y cerré un instante los ojos mientras pensaba como demonios iba a eliminar la memoria de todos aquellos policías o personas que habían estado en contacto o implicados de una manera u otro con los cuatro *Nómadas*. En cuanto me explicaran lo ocurrido y les echara la bronca, debía ponerme manos a la obra y no dejar ningún cabo suelto, aunque eso implicara pasarse la noche despierta.

—No sé si preguntar o no de que iba esa llamada.

Abrí los ojos y miré a Black. Después de unos segundos, le contesté.

—Cuatro de mis... informantes la liaron parda anoche y ahora hay que arreglar el desaguisado que hicieron. No puedo decirte más, lo siento.

—Secreto profesional. Lo entiendo.

—Gracias. Black, deberías irte. Tengo mucho trabajo que hacer.

—¿Estás segura?

—Sí. Es lo mejor. Gracias por firmar el contrato. Te llamaré.

—Está bien —dijo resignado—. Te veré el miércoles.

Dicho esto, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta mientras con la mano se despedía de mí.

En cuanto la puerta se cerró dejé caer la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y suspiré aliviada.

CAPÍTULO 11

Aquella noche antes de dirigirme al *Claro de luna*, guardé el informe del “Caso Océano” en la caja fuerte del despacho y le envié un mensaje a Antonio.

“Hola. Lo siento, pero tengo que rechazar el trabajo, por ahora. Alguien va detrás de mí y eso podría poner en peligro la operación. Hablamos. Un saludo.”

Había estado tentada en aceptar participar en el caso, pero sabía que hacia lo correcto rechazando ese trabajo y centrando toda mi atención en conseguir el collar y, por descontado, resolver el caso que estaba investigando Naím y del que todavía teníamos pocas pistas. Minutos después ya estaba subida en el coche conduciendo hacia el club de brujas y brujos de la zona.

Una hora más tarde, aparqué el vehículo en la explanada y, sin perder tiempo, me dirigí hacia la entrada. En cuanto los brujos encargados de la seguridad me vieron, me saludaron con una breve inclinación de cabeza y me abrieron la puerta para que pudiera pasar al interior.

A pesar de que era lunes, el club estaba lleno de gente conversando y bailando al ritmo de la música que resonaba por cada rincón. Me dirigí hacia la mesa de siempre, donde sabía que iba a encontrar a mi equipo esperándome. Y no me equivoqué. Después de un breve saludo, Daina me informó que los *Nómadas* estaban en una de las salas con mi hermano.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Todos juntos nos dirigimos hacia la sala oscura, más conocida como la sala de las torturas o sala de la verdad. Nada más entrar en la sala vi a los cuatro *Nómadas* de rodillas en el suelo, maniatados y con la cabeza gacha. Me imaginé que las chicas habían utilizado algún hechizo para contener sus poderes y evitar una pelea innecesaria en el club. Caminé hacia ellos, pero me detuve a un par de pasos.

—Dejad de buscar hormigas en el suelo y alzad la maldita cabeza para mirarme —uno a uno, los cuatro levantaron la vista y clavaron sus ojos en mí—. ¿Qué parte de “no llamar la atención de los humanos” no entendisteis? ¿Sabéis el dinero y el tiempo que me va a costar arreglar todo este embrollo?

—Necesitábamos dinero para comer —contestó Adán.

—Eso lo entiendo, pero hay muchas otras formas de conseguir dinero que no incluyen atracar un negocio. Por ejemplo, trabajar. Pero lo más grave es que han pillado a alguno de vosotros conduciendo de forma temeraria y con una tasa de alcoholemia que no se puede permitir. Habéis puesto en peligro las vidas humanas inocentes.

—Lo sentimos mucho. No volverá a pasar. Lo juramos —habló Atzin—. Bebimos un licor demasiado fuerte que nos ofreció un vagabundo y se nos fue de las manos.

—Ya. Y... ¿qué se supone que tengo que hacer con vosotros ahora? Necesito pensar cual va a ser vuestro castigo.

Giré sobre mis talones y empecé a andar de un lado a otro de la sala. Tenía que asegurarme que los cuatro entendían que no iba a permitir que nadie se saltase las normas de mi territorio y que todo acto tenía su consecuencia. Imponerles una sanción económica era inútil porque estaba segura de que no podrían pagarla. Por esa razón, después de deliberar durante algunos minutos,

llegué a la conclusión que el castigo que debía afectar de alguna manera a sus dones. Solo de ese modo aprenderían la lección. Caminé hacia ellos a paso firme y me detuve a menos de un metro.

—Levantadlos del suelo, pero no les soltéis todavía —ordené a mi hermano y a mis cuatro mejores amigas. Sin hacer preguntas, ellos hicieron lo que les pedí en un abrir y cerrar de ojos. Luego, se apartaron a un lado—. Solo se me ocurre una manera de compensar el tiempo y el dinero que nos va a costar todo este desaguisado. Además, de este modo me aseguraré de que respetéis las leyes y normas de mi provincia. Situaos en los cuatro puntos cardinales que hay dibujados en el pentagrama del suelo y que son correspondientes a vuestros elementos. Ya sabéis, Tierra en el norte, Aire en el sur, Fuego en el este y Agua en el oeste. —Los cuatro me miraron fijamente, pero no se movieron de su sitio—. ¿Estáis sordos? Colocaos en los puntos... ¡ya!

En cuanto los *Nómadas* se situaron en los puntos cardinales les ordené a las chicas que me trajesen una vela amarilla para representar al elemento Fuego, una varilla de incienso de canela para representar al elemento Aire, un platillo con tierra para representar al elemento Tierra, un vaso de agua para representar al elemento Agua y, por último, un prisma de cristal.

Daina y Bris fueron las encargadas de traerlo todo y colocarlo en el orden correcto justo en el punto más céntrico mientras Adalia y Naida dibujaban con sal la circunferencia dejando un pequeño espacio para que pudiera entrar. Cogí un puñado de sal del bote y di algunos pasos hacia el interior. Eché un rápido vistazo a los cuatro nómadas. Todos ellos me miraban expectantes y con curiosidad. Sonreí. Yo tenía el poder sobre ellos en ese momento y eso me gustaba. Me incliné para echar el puñado de sal para completar y cerrar el círculo. A continuación, caminé hacia el centro. Encendí la vela y el incienso antes de cerrar los ojos un instante para concentrarme. Cuando estuve preparada los abrí.

—Diosa Luna necesito tu permiso y tu energía para este ritual —cogí el prisma y lo coloqué justo en medio de los cuatro objetos que representaban los elementos. Puse las palmas de las manos abiertas encima del cristal, aunque sin llegar a tocarlo—. Ignis, Terra, Aqua et Aeris. Convoco a los cuatro elementos representados por vuestros arcángeles guardianes del norte, sur, este y oeste y pido humildemente vuestra ayuda para evitar que los dones concedidos puedan utilizarse para hacer el mal. Por esa razón, os pido que privéis a estos brujos de ese poder durante cuatro lunas llenas. Por el poder de la Diosa Luna, hágase mi voluntad.

De cada uno de los cuatro brujos emanó una energía que fue a parar al prisma. Cogí el prisma con las manos se lo mostré a los brujos.

—¡Devuélvenos nuestros dones! —gritó Iñaki.

—No. Estaréis sin ellos cuatro meses. Es el precio justo que tenéis que pagar por vuestra torpeza e incapacidad de cumplir las normas establecidas.

—¿Justo? ¡Y una mierda! —protestó esta vez Elio.

—Cerrad el pico y no protestéis más o aumentaré más tiempo el castigo. Esto es solo un advertencia de lo que os espera si no respetáis mi territorio —me acerqué al borde del círculo y con el pie quité la sal suficiente para romper la conexión. Luego, me giré hacia el lugar donde estaba mi hermano y las chicas—. Desatadles y escoltadles hasta la puerta. No quiero verlos esta noche rondando por aquí.

Naím, Bris, Adalia, Naida y Daina asintieron y obedecieron mis órdenes. Con los ojos llenos de rabia y odio, los cuatro *Nómadas* fueron abandonando la sala escoltados por si se les ocurría hacer alguna estupidez. Una vez me quedé sola en la sala, solté un largo bufido y empecé a recoger los objetos del suelo, incluido el prisma, para colocarlos en el armario secreto que había justo al fondo y del cual solo nosotros seis, es decir, mi hermano, mis cuatro amigas y yo sabíamos el

hechizo que lo podía abrir.

Solo Naím regresó a la sala al cabo de unos minutos.

—An, hermanita, estás muy rara esta noche. Les has impuesto un castigo un tanto exagerado. ¿No crees? ¿Ha pasado algo con Black que deba saber?

—Nada importante, hermano.

Pasé por delante de él y salí de la sala con la intención de dirigirme hacia la barra, pero al salir vi a las chicas sentadas en una de las mesas con las bebidas ya servidas. Me dispuse a caminar hacia allí cuando mi hermano me alcanzó y se situó a mi lado.

—¿No has avanzado nada?

Solté un largo bufido. No me apetecía hablar de Black en esos momentos, pero sabía que mi hermano no pararía el interrogatorio hasta averiguar lo que quisiera saber. De modo que decidí responder a su pregunta.

—Con respecto al collar, no, pero he dejado que me besara.

—¡Joder! Y... ¿Le ha... le ha pasado algo?

—No. Sigue vivo y coleando. Él es el dueño del collar, por eso, supongo que los óvalos de fuego lo han protegido. Lo que me preocupa es que yo... yo le deseaba y deseaba más.

En cuanto Naím soltó una carcajada lo fulminé con la mirada.

—No me mires así. Te lo advertí. Tal vez ese sea el único y mejor camino para conseguir el collar. Me refiero a dejarte conquistar por Black.

Hice una mueca.

—No sé. No estoy segura de que eso funcionase. Además, me dijiste que no te gustaba.

—Y no me gusta, An. Pero necesitamos el collar. Necesitas el collar para romper la maldición y, aprovechando que te desea, tal vez se lo puedas quitar después de echar un polvo. Si yo fuese tú, haría lo que fuera por arrebatárselo.

—Eso me convertiría en una zorra.

—Quieras o no, esto es un caso de investigación. Tómatelo como si estuvieras infiltrada. Eres una buena agente y sé que puedes hacerlo.

—Gracias. Me lo pensaré.

Agotada física y psíquicamente, después de tomar una copa, me despedí de las chicas y de mi hermano y me fui para casa a descansar, pero, a pesar de todo el cansancio, no conseguí conciliar el sueño. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a las palabras y al consejo de mi hermano. Si quería romper la maldición, debía destruir los óvalos de fuego. No podía pedirle el collar sin más y sin darle explicaciones, además, se notaba que era un objeto muy preciado para él.

Ya estaba amaneciendo cuando tomé la decisión. Iba a ceder al deseo de Black para conseguir mi objetivo, aunque, como hasta ahora le había rechazado y cambiar de opinión de un día a otro podría generar sospechas, debía ingeniar un plan para que pensara que, poco a poco, estaba ganando la partida del juego y había caído en sus redes.

CAPÍTULO 12

La mañana del miércoles se me complicó un poco debido al aplazamiento de hora y media que se produjo en uno de los juicios en los que estaba citada como calidad de testigo y como detective privada de una de mis clientas. De modo que tuve que retrasar para las tres de la tarde la comida con mi editor y enviarle un mensaje a Black informándole de la situación y de que llegaría al club sobre las cinco. Me disculpé por avisarle con tan poco tiempo de adelanto. Me contestó que no me preocupase y que hablaría con todos. Suspiré aliviada. No me gustaba cambiar las horas de las citas, pero esta vez había sido por una causa justificada y agradecía que tanto mi editor como Black lo hubieran comprendido.

Sobre las cuatro y media de la tarde, mi editor y yo salimos del restaurante. Después de confirmar nuestra siguiente cita, me despedí y me dirigí hacia mi coche. Fue entonces cuando, al verme en el reflejo del cristal de la ventanilla, me di cuenta de que no iba vestida de forma adecuada para ir al club gótico. Miré el reloj. Ya eran las cinco menos veinte y, a menos que quisiera volver a retrasar la cita con Black y sus empleados, lo que haría que tuvieran una mala impresión sobre mí, quedaba descartado ir a casa a cambiarme. Me puse de perfil y volví a mirarme en el cristal de la ventanilla. Cogí aire y lo solté despacio. Tal vez iba muy formal con aquella falda negra ajustada y por encima de la rodilla, combinada con una blusa de seda de manga larga color perla. Sin olvidar mis zapatos negros con talón de aguja, pero tendrían que acostumbrarse a verme de ese modo vestida. Antes de subir al coche, me desabroché un par de botones de la blusa para darle un toque algo más informal y sexy. Sonreí. Si Black se había quedado pasmado el pasado lunes, estaba segura de que esta vez no iba a ser menos.

Llegué a las puertas del club a las cinco menos dos minutos. Por suerte, había podido aparcar el coche justo en la acera de enfrente, a escasos diez metros. Saludé al portero esperando que me dejara entrar, pero, después de comprobar que no me había reconocido, me identifiqué. Tras una disculpa, me abrió la puerta y me dejó pasar.

Nada más entrar, lo que más me llamó la atención fue el bajo volumen de la música y que todas las luces estaban encendidas, lo que le quitaba por completo ese aire de misterio, lúgubre y tenebroso que el club tenía cuando abrían las puertas de cara al público.

Sin perder tiempo, caminé a paso ligero hacia la gran sala principal, donde me imaginé que me estarían esperando. Y no me equivoqué. En cuanto mis tacones resonaron por la sala, dejaron de hablar entre ellos y se giraron para mirarme. Escuché varios resoplidos y piropos mientras caminaba hacia el grupo de gente. Busqué a Juanma con la mirada. Por suerte, no tardé ni cinco segundos en localizarle, ya que era el único que no estaba sorprendido de verme vestida de ese modo y sonreía mientras me saludaba con la mano. Y justo a su lado, estaba Black el cual parpadeó varias veces antes de sacudir la cabeza en un par o tres de ocasiones como si quisiera asegurarse de que no veía visiones. Sonreí.

—¡Joder! Antía, ¿eres tú? —preguntó Lican. Asentí con un ligero movimiento de cabeza—. ¡Ostia puta! ¡Wow! Estás... irreconocible y buenísima.

Solté una carcajada.

—Gracias —miré con el rabllo del ojo a Black. Su mandíbula tensa y su fulminante mirada a Lican dejaba claro que aquel comentario de su empleado no le había hecho ni pizca de gracia. Aparté los ojos de él y centré mi vista resto del grupo—. Disculpad que venga con estas pintas y el retraso. Llevo un día de lo más complicado. En fin... vamos a ir al grano que el tiempo es oro —todos asintieron. Dejé mi bolso encima de una mesa antes de colocarme justo delante de todos ellos—. Para empezar, me gustaría daros mi enhorabuena por vuestro trabajo. He buscado el club por internet y, tanto en la web como en todas las redes sociales el noventa y cinco por ciento de las críticas son favorables. Hay que conseguir que esas críticas favorables sean del cien por cien. Aunque, tengo que reconocer y admitir, que eso es un arma de doble filo. Un negocio con mucho éxito crea muchas envidias. Si este negocio sube, otros bajarán. Eso significará que habrá empresarios cabreados deseando arruinar la reputación del club y harán todo lo posible para que se hunda. Lo más típico son las denuncias por ruido excesivo, por incumplir la ley antitabaco, por consumo y venta de drogas en el local incluidas inspecciones de trabajo y de sanidad. En lo referente a contratos y esas cosas no me voy a meter, pero si en el tema de sanidad y algunos pequeños detalles que sería conveniente tener en cuenta. Por ejemplo y, aunque parezca una tontería, la sangre falsa que utilizáis en algunos espectáculos está hecha a base de jarabe o sirope de maíz y contiene un altísimo contenido de fructosa, la cual, a esos niveles, su aportación al organismo es bastante negativo. Y vosotros os preguntareis: “¿a mi qué coño me importa eso?” — escuché varias risas—. Evidentemente, no vais a estar pidiendo a cada cliente su historial médico, por eso, os recomendaría reducir al máximo posible esa parte del espectáculo donde dais al público a probar la sangre ficticia. De ese modo, se reduciría el riesgo de que a algún cliente le dé un pasmo dentro del club.

Hice una breve pausa mientras comentaban entre ellos mi recomendación. Después de un par de preguntas, seguí con mis observaciones y les di varios consejos para mejorar. Media hora más tarde di por finalizada la charla. Todos me dieron las gracias y, poco a poco, el grupo se fue disolviendo. Me imaginé que cada uno de ellos iría hacia su puesto de trabajo correspondiente. El único que permaneció en su sitio fue Black. Ambos nos miramos durante varios segundos.

—Muchas gracias, Antía —se levantó del taburete y dio algunos pasos hasta situarse delante de mí.

—De nada. Pero todavía no he terminado —él alzó las cejas—. Si no te importa, me gustaría echar un vistazo a la mazmorra ahora que no hay nadie.

Sonrió.

—Por supuesto, señorita Denon. Vamos.

Black empezó a andar en dirección a las cortinas negras. Sin perder tiempo, le seguí. En cuanto cruzamos la primera cortina negra, Black se detuvo hasta situarse a mi lado. Caminamos el uno al lado del otro por el pasillo hasta llegar a la segunda cortina negra. Esta vez no había nadie vigilando la zona. Black tocó un par de interruptores en la pared y la luz se encendió iluminando la zona de la escalera. Bajamos en completo silencio. Una vez puse el pie en la mazmorra me adelanté a Black y empecé a caminar por la sala. A pesar de la tenue iluminación, podía ver perfectamente todas las instalaciones. Escudriñé cada rincón.

—¡Qué silencio en comparación con el otro día!

—La verdad es que sí. La mazmorra solo se abre los fines de semana. Viernes, sábado y domingo noche.

Me acerqué a la cama redonda que había en el centro. Estaba cubierta con un plástico enorme.

—Supongo que se hace una limpieza exhaustiva de todo.

Black se acercó a mi lado.

—Por supuesto. ¿Sabes? todos esperaban un sermón de una gótica y se han llevado una sorpresa muy grande al verte vestida de esa manera tan jodidamente sexy. Les has dejado alucinados. Bueno, menos a Hammer.

Sonreí.

—Juanma... digo, Hammer me ha visto vestida de muchas maneras y estilos distintos. Dudo mucho que pueda sorprenderle.

—Y... ¿te ha visto desnuda?

Me giré hacia él.

—¿Quieres saber si nos hemos acostado? —él asintió—. No, no nos hemos acostado. Aunque, ahora que recuerdo... hace un par de años fuimos a una playa nudista. —Black se tensó y contuvo la respiración durante una breve fracción de segundo. Aquella reacción me hizo gracia. Si él supiera que Juanma me había visto desnuda cada vez que venía a alguno de nuestros rituales invocando a la Diosa luna, ya fuera en solsticio o en luna llena, se volvería loco de celos. Sabía que no debía tomarme nada a broma si quería conseguir mi objetivo, por eso decidí relajar ese momento de tensión—. Black, Hammer es un buen amigo. Solo eso. Además, no es mi tipo.

Le guiñé un ojo y me giré sobre mis talones para dirigirme hacia una de las cruces que había clavada en la pared.

—¿Dónde sueles ir a correr?

Black volvía a estar situado a mi lado. Toqué la madera con las manos y recorrí con las yemas de los dedos varios centímetros hacia arriba.

—Por el parque norte. Suelo ir a primera hora de la mañana. Lo de aquel día por el polígono fue algo ocasional. Tuve una intuición y me dejé llevar por ella.

—¿Intuición? Eso es cosa de brujas, ¿no? Voy a acabar pensando que eres una bruja de verdad. “No vas desencaminado” pensé.

—No eres el primero en decírmelo —toqué uno de los enormes clavos que había en la pared—. ¿Dónde están las fustas, las esposas, látigos y todas esas cosas?

—Eso lo trae cada cliente. ¿Qué pasó la otra noche con tus confidentes?

Miré a Black.

—Estás muy preguntón —sonrió—. Les eché una bronca de campeonato y les advertí de que... —me quedé en silencio algunos segundos. No podía decirle la verdad, así que tenía que inventarme algo creíble en menos que canta un gallo—. Bueno, en realidad les di un ultimátum. No estoy dispuesta a volverles a salvar el culo si los detienen otra vez.

—Te pega mucho eso de mandar y dar órdenes. No me extraña que trabajaras como dominatrix. Solté una carcajada.

—Fueron solo dos meses, aunque tengo que reconocer que fue interesante e intenso. Y antes de que me lo preguntes... no me follé a ninguno de mis clientes. Yo solo les castigaba —Black resopló aliviado—. Mi turno de preguntas.

—Por supuesto. Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué lo de “Black Skull”? —Black cogió aire y lo soltó muy despacio mientras me observaba con detenimiento sopesando o no se debía contestarme—. Puedes confiar en mí. El secreto irá a la tumba conmigo.

Después de un par de minutos, empezó a hablar.

—Supongo que ya has visto mi nombre real en el contrato —afirmé. Tengo que confesar que cuando le eché un vistazo al contrato me sorprendió ver que el nombre real de Black era de lo más

original y fuerte y no entendía por qué se lo había cambiado. Desde aquel instante me picó la curiosidad por conocer su historia—. Karel era el Dios de la muerte y la destrucción en la Tierra del Fuego, pero hoy en día ese nombre no da miedo. Por ese motivo, busqué un pseudónimo que diera más miedo y respeto. Relacioné lo del Dios de la muerte con una calavera, pero, la palabra “calavera” tampoco es que fuera un nombre que me gustara sin más, por eso decidí traducirla al inglés. “Skull”. Suena más fuerte —sonreí—. Luego, durante un viaje que hice a Londres, vi este collar en una tienda de antigüedades. Me gustó y me lo compré. Como la calavera es negra, decidí añadirle a mi pseudónimo el color y, a partir de ese momento, empecé a ser Black Skull.

—¿Hace cuánto tiempo tienes el collar?

—Unos cinco años.

Contuve la respiración un breve instante. Las fechas me coincidían. Hacía ya cinco malditos años que había tenido aquella pelea con Nahuel durante la cual me había apuñalado y me había maldecido.

—Y... ¿alguien de aquí sabe tu nombre real?

—Nooooo y preferiría que siguieran sin saberlo. Tengo una reputación que mantener.

Me guiñó un ojo. Me dirigí hacia la otra cruz y la examiné de arriba abajo varias veces.

—¿Cuándo dejas de ser Black Skull y dejas paso a Karel Anaut?

—Solo cuando estoy en mi casa. Tú también estás preguntona hoy.

Sonreí. En cuanto escuché su respuesta me sentí identificada con él porque solo cuando estaba en casa o en el *Claro de luna* podía dar rienda a mis poderes y a ser yo misma sin tener que dar explicaciones a nadie.

—Bueno, creo que a parte de que deberías poner otro letrero señalizando la salida de emergencia y que, en vez de clavos en la pared, poner otro tipo de enganche menos... peligroso. Por lo demás está todo bien. Deberíamos subir. Tengo que irme.

—Pensé que te ibas a quedar para ver cómo funciona esto un día de cada día, sin espectáculo ni mazmorra.

Hice una mueca.

—Me encantaría, pero... primero, no voy vestida con la ropa adecuada y, segundo, tengo que seguir escribiendo. Mi editor me ha dado un plazo de entrega de un primer borrador para ver si voy bien encarrilada o hay que cambiar el rumbo.

Black dio un par de pasos hacia mí. Intenté adelantarme a cualquier tipo de situación incómoda y quise dar un paso hacia la izquierda, pero él fue más rápido y me agarró de la muñeca. Sin darme ni un segundo de tiempo para zafarme de él, tiró de mí y me empujó contra la pared. Puso un brazo a cada lado, impidiéndome que me moviera y pegó su cuerpo contra el mío. Contuve la respiración mientras le miraba sin saber cómo debía actuar en esos momentos.

—Antía, sabes que eso son excusas baratas. Puedes escribir en mi despacho. Allí nadie te molestará ni criticará tu manera de vestir. Aunque tengo que confesarte una cosa, me muero de ganas por desabrocharte esa camisa y quitártela. Desde que te he visto entrar al club me estoy conteniendo. No sabes lo difícil que me está resultando controlar mis impulsos y mi polla dentro de los pantalones. —Black empezó a mover sus caderas en círculos. ¡Madre mía! Podía notar su duro miembro rozando la parte baja de mi vientre. Mi cuerpo no tardó en reaccionar y enseguida una oleada de calor y excitación empezó a recorrer cada célula. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de una buena sesión de sexo que, a pesar de que me mordí el labio, no pude contenerme y solté un fuerte gemido—. Me estás volviendo loco. Lo único en lo que pienso desde que te vi aquella primera noche en la barra es en follarte—. Black arrimó su rostro al mío y rozó mis labios

antes de dirigirse a mi cuello y recorrerlo de abajo arriba con su lengua. Gemí, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, exponiendo todavía más esa parte de mi anatomía—. Mírame, Antía — sin oponerme a su orden, abrí los ojos. Nuestras miradas se encontraron. A pesar de las lentillas, podía ver como sus ojos estaban llenos de fuego—. Te deseo. Necesito estar dentro de ti y hacerte gritar de placer hasta que te corras.

—Eso seguro que se lo dices a todas —conseguí responderle con la voz entrecortada.

—Nunca había deseado tanto a nadie de este modo. Hay algo entre nosotros. Una conexión especial.

En aquellos momentos pensé que, si no fuera por el collar, estaba segura de que esa conexión no existiría.

—Tonterías. Si follamos una vez, eso que tú llamas “conexión” desaparecerá y te irás con otra.

Black pegó su frente contra la mía y habló con voz baja, aunque ronca.

—No lo creo, An. Estoy seguro de que una sola vez contigo no será suficiente para saciarme de ti.

Y sin más, apretó su boca contra la mía. Al principio me resistí, pero, era tanto el abrasador calor que desprendían sus labios que no pude evitar entreabrir la boca, momento que aproveché para introducir su lengua y profundizar en el beso mientras deslizaba despacio sus manos por mi cuerpo hasta llegar a mis caderas. Nuestras lenguas empezaron a enredarse y a jugar.

Aunque mi cabeza y la razón me avisaban de que tenía que parar aquello antes de que fuera demasiado tarde, el deseo y la excitación ya se habían apoderado de mi cuerpo y lo único que podía hacer en esos momentos era pedirle a la Diosa Luna que me ayudase a mantener bajo control mis poderes para que Black no resultara herido.

Black me subió la falda hasta la cintura y, sin perder ni un segundo, empezó a acariciar mi sexo por encima de la tela de mi tanga. Gemí. Bajé la mano izquierda y la puse encima de la suya para impedir que siguiera. Me la apartó rápido y me mordió en labio como si quisiera advertirme de que era él que estaba al mando.

—No voy a parar. No esta vez. Voy a hacerte mía, aquí y ahora.

Antes de que pudiera recriminarle, volvió a besarme mientras su mano se introducía por dentro de mi ropa interior y empezaba a masajear el clítoris. Aquello provocó que una corriente increíblemente placentera empezara a crecer en mi sexo, como siguiera así, pronto iba a tener un orgasmo. Necesitaba impedir que mis poderes se mostraran cuando llegara al clímax y solo había una manera de hacerlo. Cerré los ojos. Tenía que intentar concentrarme para pronunciar interiormente un conjuro que me ayudara a resguardar los dones y evitar el peor de los accidentes.

—Abre los ojos, Antía —negué con la cabeza. Entonces él agarró mi cabello y tiró de él mientras introducía un par de dedos en mi interior. Los mantuvo ahí varios segundos antes de sacarlos ligeramente para volver a introducirlos esta vez con más fuerza. Grité. Si él pensaba que eso estaba resultando un castigo para mí, estaba muy, pero que muy equivocado porque con cada embestida de sus dedos, un cosquilleo excitante se iba acumulando en mi sexo completamente empapado. Jadeé y gemí otra vez—. ¡Joder, nena! ¡Mírame!

A pesar de que todavía no había conseguido pronunciar el maldito conjuro, abrí los ojos y miré a Black al mismo tiempo que el orgasmo llegó y recorrió mi cuerpo haciéndome temblar de placer. Me sentía tan liberada y relajada que aún tardé varios segundos en reaccionar y echar un vistazo de arriba abajo a Black para asegurarme que no estaba herido.

—¿Estás... estás bien?

Sonrió de manera traviesa, dándome a entender que estaba más que bien. Suspiré aliviada.

—Date la vuelta y apoya tus manos en la pared —sin protestar, ni hacer preguntas, le obedecí. Black, introdujo un dedo en cada lateral del tanga y empezó a deslizarlo hacia abajo hasta dejarlo caer. A continuación, me dio un pequeño toque con los dedos en el tobillo derecho—. Levanta el pie derecho para que pueda quitártelo. —Y así lo hice. Luego levanté el izquierdo y el tanga desapareció de mi vista—. Separa las piernas y espera.

—¿Espero? ¿A qué?

—Shhhhhh.

Al principio pensé que tal vez quería utilizar algún juguete sexual, pero entonces recordé que había dicho que cada cliente traía los suyos y desde luego, Black no había bajado con ninguna bolsa a la mazmorra. Entonces escuché el ruido de una cremallera. ¡Oh Diosa Luna! No me hizo falta ni siquiera girarme para saber que Black se estaba quitando los pantalones.

—Black, no creo que esto sea buena idea.

Black pegó su cuerpo desnudo contra el mío antes de agarrarme el pelo y tirar de él hacia atrás.

—No te he dado permiso para hablar. No tengo ningún preservativo, así que voy a follarte ese precioso culo. ¿Algún problema con eso? —negué con la cabeza—. Bien. Si te hago daño utiliza esta palabra de seguridad: Demon. No pararé a menos que utilices esa la palabra. ¿Lo has entendido, Antía? —asentí. Black me soltó el pelo. Solté un gemido en cuanto sus dedos empezaron a rozar otra vez mi clítoris—. Estás muy mojada. Perfecto. —Black deslizó su mano empapada de mí hacia atrás hasta llegar a mi ano. No era la primera vez que practicaba sexo anal y sabía lo que iba a venir a continuación: dolor—. Relájate. Iré despacio —cogí aire y lo fui soltando muy despacio. Iba a repetir la operación cuando noté como su miembro se introducía dentro de mí poco a poco tal y como me había asegurado, aun así, me mordí el labio para no gritar—. Nena, quiero que disfrutes de esto tanto como yo. —Black esperó unos segundos antes de empezar a moverse despacio mientras apoyaba sus manos en mis caderas—. ¡Joder! ¡Joder! No sabes las ganas que te tenía.

Aunque al principio sus embestidas eran lentas, poco a poco fue aumentando la velocidad y el dolor del principio fue desapareciendo para dejar paso a un inmenso placer. Eché la cabeza hacia atrás mientras soltaba un gemido. Cada embestida era una auténtica inyección de éxtasis que se acumulaba en mi sexo, el cual estaba a punto de estallar.

—Black, no voy a poder aguantar mucho más.

—Aguanta. Sé que puedes hacerlo. No te corras hasta que yo no te lo diga. ¿Lo has entendido? —asentí. Black aumentó aún más su velocidad. Ambos jadeábamos y gemíamos al unísono con cada embestida. Aquello era una auténtica locura imparables con solo un posible final: un increíble, alucinante orgasmo—. Ahora.

Fue entonces cuando ambos llegamos al clímax, liberando por completo aquel hormigueo de placer que se había acumulado. Todavía estaba temblando cuando Black apoyó su barbilla en mi hombro y me dio un beso en el cuello. A continuación, salió de mí muy despacio dejando todo su semen en mi interior.

—Acabamos de anular la maldita cláusula —susurró.

—Lo sé. Esto va a complicar mucho las cosas entre nosotros.

Black empezó a deslizar sus labios arriba y abajo por mi cuello como si quisiera inhalar mi olor para luego recordarlo. Aquello me sorprendió. Era un gesto tierno que no le pegaba nada de nada a un tipo como él.

—No tiene por qué complicar nada —habló después de un par de minutos—. Además, ya te lo

he dicho y lo reafirmo. Una sola vez contigo no ha sido suficiente para saciarme de ti. Quiero más. Conseguí liberar sus manos de mi cintura y me giré hacia él desafiándole con la mirada.

—¿Y si yo no quiero?

Black volvió a pasar sus brazos por mi cintura y me arrimó a él.

—Conseguiré que cambies de opinión y cedas. Como lo has hecho ahora.

Black me dio un beso en los labios.

—Eres un maldito gótico prepotente —sonrió—. ¿Dónde está mi tanga?

Miré al suelo.

—Al lado de mi ropa. En la cama redonda. ¿Tienes prisa?

—Sí. Tengo trabajo pendiente. Ya sabes, soy detective privado y tengo que ir a espiar a un marido infiel para que mi cliente se lleve una buena pensión cuando le pida el divorcio.

Black soltó una carcajada.

—Entendido. —Black apartó sus brazos de mi cuerpo y me liberó para que pudiera ir en busca de mi ropa interior. No había dado ni un par de pasos cuando noté como me agarraba de la muñeca y tiraba de mí, obligándome a girarme y a enfrentarme otra vez a él—. Antía, me gustas.

—Sí... ya... bueno... yo... Será mejor que dejemos esta conversación en este punto.

Tiré de mi brazo y me liberé de él. Me dirigí directa hacia la cama redonda donde encontré el tanga. Me lo puse y me bajé la falda. A continuación, y, mientras Black se vestía, aproveché para peinarme un poco. Cuando ambos estuvimos listos, abandonamos la mazmorra y, en completo silencio, subimos las escaleras hacia el piso de arriba. Nada más llegar a la segunda cortina negra, me disculpé con Black y le dije que tenía que ir al baño con urgencia.

—Estaré en mi despacho.

Aunque hice un gesto afirmativo con la cabeza, no tenía la menor intención de volver a ese despacho y estar a solas con él. Caminé a paso ligero hacia los baños, sin detenerme ni un instante, ni siquiera cuando Juanma me llamó la atención. Me limité a levantar la mano y a sonreírle. Luego le señalé el cuarto de baño.

Nada más entrar, abrí las puertas de todos los compartimentos para asegurarme de que estaba sola. Una vez comprobados, pronuncié un conjuro para que nadie pudiera entrar. Me dirigí hacia el espejo y me miré. Mi rostro era el mismo de siempre, pero por dentro me sentía diferente. Había cedido a los deseos de Black sin oponer resistencia, pero, al contrario de lo que me había imaginado, en esos momentos no me sentía como una zorra, sino como una mujer que acababa de echar un polvo con alguien que le atraía. Pero no podía dejar que los sentimientos me invadieran y él pensara que iba a conseguir algo más que eso conmigo. Mi misión principal era conseguir el collar con los óvalos de fuego para destruir la maldición. Nada más. Eso significaba tener que olvidarme de un posible romance o relación con ese humano. La próxima vez que me enfrentase a él, se lo dejaría claro. Cogí aire y lo solté despacio.

Abrí el grifo del agua dispuesta a refrescarme un poco para calmar ese calor interior que aún sentía. Nada más meter la mano debajo del agua fría me di cuenta del temblor de mis dedos. Aquello no era buena señal. Aparté la mano y cerré los ojos. Mi energía todavía estaba demasiado revuelta y pedía a gritos salir. Cerré los ojos e intenté concentrarme para calmarla, pero no lo conseguí. Solo había una solución posible a eso antes de que me pusiera a destrozarme el club lanzando bolas de fuego a diestro y siniestro y para eso, tenía que salir de allí pitando.

Pronuncié el contrahechizo y la puerta se abrió. Sin perder tiempo, me dirigí hacia la barra de arriba donde sabía que encontraría a Juanma.

—Juanma, tengo que irme —grité por encima del ruido de la música que empezaba a sonar

fuerte—. Dile a Black que ya le llamaré.

Juanma me miró de arriba abajo.

—¿Estás bien? Te noto alterada.

—Tengo una emergencia brujil. Ya sabes, de esas que hay que controlar antes de que haya consecuencias irreparables.

—Entiendo. Ten cuidado. Dentro de diez minutos avisaré a Black. Si voy ahora, estoy seguro de que no te dejaría ir.

—Gracias.

Salí pitando de allí. Me monté en el coche y me fui directa al *Claro de luna*. Solo había un sitio donde podía descargar ese exceso de energía sin herir a nadie ni destrozar nada: la cámara negra.

Una hora más tarde, aparqué el coche en la explanada. Ni siquiera hizo falta abrir la boca. En cuanto el portero me vio, me dio la tarjeta que abría la cámara negra. Pocos minutos después, ya estaba lanzando bolas de fuego contra los muros de la pared ignífuga. No tenía intención de salir de allí hasta que no tuviera bajo control toda la situación. Podían ser horas y horas, pero no me importaba. Lo único que no me quitaba de la cabeza era como había sido posible que a Black no le hubiera pasado nada. Después de darle muchas vueltas llegué a la única conclusión posible. Los óvalos de fuego eran su protección. Eso significaba que en cuanto se los quitara, nunca más podríamos volver a tener una relación íntima como la que habíamos tenido esa tarde.

CAPÍTULO 13

Me pasé las dos siguientes semanas trabajando en algunos casos, escribiendo, haciendo ejercicio físico y, sobre todo, ignorando las llamadas y los mensajes de Black. En cuanto se lo conté a Naím, no paró de reírse y de burlarse de mí, según él, “por lo fácil que lo había tenido Black para quitarme el tanga y meterse entre mis piernas” y razón no le faltaba a mi hermano. Ese era el motivo por el cual seguía cabreada conmigo misma y todavía no estaba preparada para volver a verle. Tenía que recomponerme y urdir un plan para conseguir el collar y que no incluyera tanta sesión de sexo o acabaría malparada por la necesidad que eso podría llegar a crearme y las consecuencias posteriores: implicación emocional.

Como cada mañana, salí a correr temprano por el parque. Desde el primer momento en que puse un pie en la calle tuve una sensación extraña. Como si alguien me estuviera observando. Miré a mi alrededor. No había nadie por ningún lado. Como decía un dicho popular: “las calles todavía no estaban puestas”. Pensé que tal vez solo eran imaginaciones mías, así pues, decidí olvidarme y empecé a correr en dirección al parque norte. Mi lugar favorito de la ciudad para practicar running y ejercicio. Los fines de semana se llenaba de gente, sobre todo de familias con críos. Por eso, me gustaba ir a primera hora. El silencio y la tranquilidad del lugar me ayudaban a poner mis ideas en orden mientras hacía ejercicio. Mi circuito habitual duraba unos cuarenta y cinco minutos, aunque, en los últimos días añadía un par de kilómetros. Y esa mañana no fue menos. Aunque durante un buen rato tuve la sensación de que me seguían y que no me quitaban el ojo de encima, no logré pillar a nadie in fraganti ni localizar de dónde venía esa sensación.

Después de hora y cuarto, me sentía tan agotada que decidí dar por concluida la sesión de ese día y me dirigí hacia la salida del parque. Apenas me quedaban doscientos metros para llegar a la puerta metálica cuando vi a Black sentado en el banco que había nada más entrar. Tragué saliva. Aquella era la única salida que tenía el parque, de modo que no tenía forma de rehuirle. Dejé de correr justo cuando él giró la cabeza y centró su mirada en mí. Llevaba puestas sus gafas de sol. ¿Quién demonios se pensaba que era para presentarse allí? Aunque aquel lugar era público, acababa de invadir mi espacio y mi intimidad y eso no me gustaba en absoluto. Caminando a paso rápido me dirigí hacia él. Black se puso en pie y estiró su gabardina de cuero negra. Era un hombre que imponía mucho con su físico, no le hacían falta ni los tatuajes ni su maquillaje gótico para atemorizar a cualquiera que intentara acercarse a él sin su permiso. Al mismo tiempo, ese aspecto de hombre malo y amenazador le daba un aire atractivo. No era de extrañar que muchas chicas del club le tiraran los tejos e intentaran llevárselo a la cama o a la mazmorra.

En cuanto me situé delante de él crucé los brazos y le fulminé con la mirada.

—¿Qué haces tú aquí?

A pesar de que llevaba las gafas puestas, podía notar sus ojos clavados en mí, escudriñándome de arriba abajo. Después de varios segundos, abrió la boca dispuesto a responder mi pregunta.

—Esperarte. ¿Por qué huyes de mí? Fuiste tú la que vino al club y ahora...

—No huyo de ti. Lo que tú y yo tenemos es un contrato para un negocio. Nada más. No tengo que darte explicaciones de lo que hago o de lo que dejo de hacer el resto del tiempo.

—¿Nada más? ¡Y una mierda! La última vez que nos vimos quedó anulada la última maldita

cláusula de ese contrato. Follamos y luego te fuiste del club sin ni siquiera despedirte. Te he llamado más de cien veces en estas dos semanas y media. Debes tener un montón de mensajes míos. Lo mínimo que podías haber hecho era contestarme. Sé que ni si siquiera has hablado con Hammer. Me tenías preocupado, Antía. Después de lo que dijo tu hermano... yo me he estado comiendo la cabeza imaginándome lo peor.

—Pues ya ves que estoy vivita y coleando. He estado trabajando. He cerrado dos casos míos, he ayudado a mi hermano con su caso, aunque ha sido en vano, y he estado escribiendo. Sin olvidar que he tenido algunos pequeños asuntos pendientes de última hora que también he tenido que resolver junto con mi equipo. Sé defenderme solita, Black. No necesito ni guardaespaldas ni niñera.

—Eres expolicía y llevas un arma, pero nadie es invencible. Estaría más tranquilo si te pasaras un rato por el club todas las noches. Ya te dije que podías escribir en mi despacho. Allí seguro que encuentras inspiración.

—Mira, no creo que pudiera concentrarme teniéndote tan cerca de mí.

Black destensó la mandíbula y se relajó para dejar paso a una sonrisa traviesa.

—¿Te distraigo? —afirmé con rotundidad—. ¿Mucho? —volví a afirmar—. ¿Sabes una cosa, Antía? Tú también me distraes mucho.

Black dio un paso más hacia mí. Antes de que pudiera abrir la boca, me agarró de la cintura y me arrimó a él. En un gesto rápido, posó sus labios encima de los míos y me besó.

—¡Suéltame, Black! —bajé los brazos e intenté apartarle de mí, pero no lo único que conseguí fue que el me rodeara aún más fuerte con sus brazos—. Black, por favor. No quiero que me detengan por escándalo público. No sería bueno ni para mi reputación ni para mi negocio.

Black me miró unos segundos antes de soltar una carcajada mientras aflojaba ligeramente sus brazos.

—A estas horas no hay nadie a quien escandalizar todavía. Anda, te invito a desayunar. Acabo de salir del club y tengo un hambre que me muero.

Miré el reloj. Ya eran las siete y media de la mañana.

—Está bien. Desayunaré contigo. ¿Qué tal ha ido la noche?

—Bastante bien. Sin incidentes graves. Ya hemos aplicado todo lo que nos aconsejaste en la charla y la verdad, creo que está funcionando. —Black me soltó, pero antes de que diera un paso, me agarró de la mano y entrelazó sus dedos con los míos—. No pienso soltarte para asegurarme de que esta vez no huyes de mí.

—Black... —ambos nos miramos desafiándonos el uno al otro durante varios segundos, hasta que me di cuenta de que esta batalla la tenía perdida y, resignada, accedí a su petición—. Pero después de desayunar cada uno a su casa. Tienes que descansar y dormir.

—Solo si me prometes que esta noche vendrás al club.

—Ese despacho tuyo... ¿está insonorizado? —él afirmó con la cabeza y yo solté un largo bufido al darme cuenta de que ya no podía utilizar esa excusa—. Iré, pero nada de atosigarme o distraerme o nuestro negocio se irá a pique.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

Puse los ojos en blanco mientras pensaba que iba a ser una noche realmente larga.

Cogidos de la mano, caminamos el uno al lado del otro. Por el camino, Black me puso al día de los incidentes de la noche anterior. Le escuché con atención y, cuando me pidió mi opinión, no dudé en dársela.

Quince minutos más tarde, entramos en la primera cafetería que nos encontramos y la única que

estaba abierta por la zona. Nos sentamos en una mesa y esperamos a que el camarero viniera a tomarnos nota de nuestra comanda. Aproveché esos minutos para echarle un vistazo al local. Era temprano, por lo que había solo diez personas en el local desayunando, además de un par de camareros en la barra. Nada más entrar había notado varios pares de ojos fijos en nosotros. Un par de minutos después, solo la mitad seguía observándonos con curiosidad.

—Creo que hemos llamado bastante la atención —susurró Black.

—Sí, ya lo he notado. No me extraña. Llevo unas pintas con esta ropa... —le guiñé un ojo y él se puso a reír—. Supongo que estarán pensando que como unos frikis.

—Sí, una pareja de frikis.

Sonreí mientras le daba vueltas a la palabra que él acaba de pronunciar: “pareja”. ¿Éramos Black y yo una pareja? ¿Desde cuándo? Justo en aquellos momentos, apareció el camarero. Tanto Black como yo pedimos un café con leche y una tostada de jamón. Después de darle las gracias, el camarero se dio la vuelta y entró en la cocina.

—Oye, Black... —dejó de mirar el bar y centró su vista de nuevo en mí. Quería dejarle claro que él y yo no éramos pareja, pero entonces vi el collar y recordé mi objetivo. No podía joder las cosas antes de conseguirlo y si debía dejarle creer que entre nosotros había algo más, lo haría. Le miré y sonreí—. Solo quería darte las gracias por invitarme.

—De nada. Me sorprende que todavía no me hayas pedido verme sin todo el maquillaje, ni las lentillas y que me sigas llamando Black y no por mi nombre real.

—La verdad es que, y no te lo tomes a mal, me importa una mierda el color de tus ojos o ver su rostro sin toda esa pintura. Black Skull es Karel Anaut y Karel Anaut es Black Skull. El hecho de transformarse en uno u en otro, no cambia la personalidad, solo la apariencia.

—Cierto, pero sí que cambia la manera de comportarte con la gente, ya que la mayoría solo suele ver el exterior. Se fijan en cómo vas vestido, en el peinado, en los tatuajes y en el maquillaje y se hacen una idea equivocada de cómo eres en realidad. Te juzgan y te menosprecian porque no sigues unos cánones. Y cuando se dirigen a ti, lo hacen de manera diferente a alguien que vaya vestido más formal. Van con miedo, como si les fueras a hacer algo, ya sabes, robar o darles una paliza. Créeme, lo he vivido. No todo el mundo es como tú, Antía.

—Gracias por el cumplido. Y en eso tienes razón. Yo puedo ser mucho más peligrosa que tú, pero cuando voy con traje nadie lo diría.

—Lo que sí te puedo asegurar que estás peligrosamente sexy con esos trajes.

Aunque aquellas palabras tuyas me ruborizaron al instante, Black y yo nos miramos una fracción de segundo antes de soltar una carcajada. Todas las miradas del bar se centraron en nosotros, pero tanto a él como a mí nos dio igual.

Poco después, el camarero se presentó en nuestra mesa con una enorme bandeja en la mano. Sin abrir la boca, repartió los desayunos y dejó el tique con la cuenta en la mesa antes de darse media vuelta y regresar a la barra.

—Supongo que se me nota de un kilómetro de lejos que no soy gótica.

Le eché el sobre de azúcar al café y le di un buen sorbo antes de hincar el diente a la tostada de jamón.

—Hasta ahora has dado el pego, pero no solo vestir de una determinada manera te hace gótico. Hay mucho más detrás. Yo podría enseñarte muchas cosas sobre el mundo gótico, si me dejas.

—Por supuesto.

Black y yo seguimos hablando un buen rato entre bocado y bocado. Era agradable mantener una conversación con él, lo que hacía que bajara mis defensas y le permitiera cogerme de la mano de

vez en cuando mientras escuchaba con atención sus explicaciones sobre su proyecto de ampliación del club.

—¿Quieres algo más? ¿otro café, tal vez?

—¿Estás intentando alargar el desayuno? —sonrió y asintió—. Te lo agradezco mucho, pero... —miré el reloj. Ya eran más de las nueve—. Tengo que irme. Hoy es día de limpieza de casa y si quieres que esta noche vaya al club, tengo que dejar resueltos algunos asuntos con mi equipo.

—Está bien. Lo entiendo. Voy a pagar.

Black se levantó y se dirigió hacia la barra. Sacó su cartera y, bajo la atenta mirada de los camareros, dejó allí la cuenta y un billete de veinte euros. Uno de los camareros lo cogió. Fue entonces cuando escuché a Black que le decía que se quedara el cambio y, sin perder tiempo, dio media vuelta y regresó a mi lado.

—El desayuno te ha salido caro.

—No me importa. He pasado un rato contigo y eso es lo que cuenta para mí. ¿Nos vamos? —me levanté de la silla y, en un santiamén, me situé a su lado—. ¿Te llevo a casa?

—Como quieras, aunque no vivo muy lejos de aquí. Puedo ir corriendo.

—Sé dónde vives. Eres vecina de Hammer. Y, bueno, le he tenido que llevar a su casa un par de veces porque algunos lunes que se queda a ayudarme a echar cuentas cuando ya todos se han ido. Es un buen tipo.

—Sí, lo es. Y sabe lo que se hace. Estudió en la facultad de ciencias económicas y empresariales.

Nada más poner un pie en la calle, nos dimos cuenta de que estaba empezando a llover. Teníamos que ir a recoger el coche de Black, el cual había estacionado a pocos metros del parque. Andamos a paso rápido. Nos faltaban unos cinco metros cuando comenzó a llover con algo más de intensidad. Entonces, corrimos. Black abrió el coche con el mando a distancia. Al llegar al vehículo, nos montamos y suspiramos aliviados al comprobar que la lluvia estaba apretando aún más. A continuación, nos abrochamos el cinturón y mi acompañante puso el motor en marcha. Justo en aquellos momentos los primeros acordes de la canción “All of me” de John Legend” empezó a sonar en la radio. Me miró y sonrió antes de subir el volumen.

—Presta atención a la letra, por favor.

Había escuchado la canción varias veces en la radio y sabía que era contenía una letra de lo más romántica, pero jamás pensé en que llegaría el día en que tuviera que extrapolar el mensaje de la canción a la relación o a los sentimientos que Black sentía por mí. A medida que la iba escuchando, me di cuenta de cuanto le gustaba yo y el daño que le iba a hacer cuando hubiera conseguido el collar y le abandonara como si nada hubiera pasado entre nosotros. Aquel pensamiento hizo que sintiera un extraño dolor en mi corazón. ¿Qué demonios significaba eso?

—Preciosa canción con mucho mensaje —las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Iba a limpiármelas con el dorso de la mano cuando noté su mano en mi mejilla. Aproveché que el semáforo estaba en rojo para limpiármelas con su mano deslizándose lentamente sus dedos por mi rostro—. Gracias.

—De nada, An. ¿Puedo llamarte, An? —afirmé—. Genial. Me gusta cómo suena.

En cuanto el semáforo se puso en verde, arrancó de nuevo el coche. Fui incapaz de abrir la boca durante el resto del trayecto. Mis emociones estaban tan a flor de piel que, si hubiera dicho algo, habría metido la pata.

Al llegar a mi calle, buscó un lugar para aparcar y dejar paso a los coches que venían detrás nuestro. Me quitó el cinturón y le miré.

—Black, no voy a decirte que subas porque tienes que dormir y yo tengo cosas que hacer — hizo una mueca de resignación—. Gracias por el desayuno, la compañía y la conversación. He disfrutado mucho de las tres cosas —le guiñé un ojo—. Te veré esta noche.

Dicho esto, me acerqué a él y le di un beso en los labios. Luego, salí del coche y corrí hacia el portal. Antes de entrar, me giré hacia el coche y le dije adiós con la mano. Él levantó la mano y, acto y seguido, volvió a poner el coche en marcha.

Un minuto más tarde, le perdí la pista calle abajo.

CAPÍTULO 14

Nada más abrir la puerta de casa me fui directa al cuarto de baño. Me desnudé y me metí en la ducha. Normalmente me daba duchas rápidas, pero aquella mañana necesitaba permanecer debajo de la alcachofa, dejando que el agua resbalara por mi cuerpo mientras me aclaraba un poco las ideas. Me sentía como una maldita zorra estúpida y manipuladora que estaba jugando con Black. Cierto era que no le había mentido en ningún momento porque realmente había disfrutado de su compañía y de la conversación. Era un hombre inteligente con las ideas muy claras sobre lo que quería, tanto para su negocio como para su vida personal, y eso último era lo que hacía que me sintiera mal. Black me había abierto su corazón y, cuando esto terminara, iba a destrozárselo. “¡Por la Diosa Luna! ¿Qué demonios estoy haciendo? Yo no soy así. No soy una cabrona insensible. Yo ayudo a la gente” pensé.

A mediodía les envié un mensaje a mi equipo. Necesitaba verlas con urgencia y comentarles cómo me sentía. Podía confiar en ellas y sabía que todas ellas me iban a dar su opinión y su punto de vista objetivo. Así pues, las cité en casa a media tarde. De ese modo, me daría tiempo a terminar de preparar algunas pocimas que Roman, el dueño del club *Claro de Luna* me había pedido.

Sobre las seis de la tarde, Daina, Naida, Brisa y Adalia llamaron al timbre de la puerta de casa. Abrí la puerta y, una a una, fueron pasando al comedor, donde les había preparado una pequeña merienda y café. Empezamos hablando sobre los casos que estábamos llevando. Me informaron de las novedades y les di algunas instrucciones para seguir avanzando en la investigación.

—An, discúlpame. Esta conversación de equipo está muy bien, pero, nada de todo eso es urgente. Así que... ¿Nos vas a decir que ha pasado? —preguntó Bris—. Tengo la impresión de que todo esto tiene que ver con Black. ¿Me equivoco?

—No, Bris. No te equivocas. Necesito vuestro consejo.

Antes de empezar a confesarles el motivo real por el cual las había reunido, llené mis pulmones de aire y lo solté muy despacio. A continuación, les conté todas las novedades y como me sentía. Todas escucharon con atención los más de quince minutos que me pasé hablando sin parar y cuando terminé, todas se miraron las unas a las otras antes de enfrentarse a mí.

—Está bien. Lo diré yo —dijo Daina mirando al resto. Se giró hacia mí—. An, no me voy a andar con rodeos. Te has pillado por Black.

—¿Qué dices? No, no es verdad.

—Sí, lo es. Y lo sabes, aunque no quieras reconocerlo —opinó esta vez Adalia—. Mi consejo es: disfruta del momento, de ese hombre y de una buena sesión de sexo. Ahora que sabemos que el collar le protege de tus poderes, puedes tener una vida normal con alguien.

—Nunca tendré una vida normal hasta que no anule la maldición y no quiero hacerle daño.

—Estoy segura de que, tarde o temprano, encontraremos un modo de que puedas anular la

maldición y que al mismo tiempo puedas seguir tu relación con él —añadió Naida—. Me gusta ese tío para ti.

—No sé. No creo que sea buena idea. Seguir con él implicaría que algún día tendría que decirle la verdad sobre mí y no todo el mundo lo acepta y lo asume.

—Bobadas. No creo que a él le importe. Ya me darás la razón con el tiempo. Y... ¿a qué hora has quedado con él? —preguntó Adalia.

—A ninguna hora en concreto.

—¿Qué haces perdiendo el tiempo con nosotras? Venga, vamos a ayudarte a que esta noche estés increíblemente sexy.

Adalia me guiñó un ojo y todas nos pusimos a reír. Me sentía tan enormemente agradecida que me levanté de la silla y les di un abrazo a cada una de ellas antes de meterme en la ducha.

Mis amigas me ayudaron a maquillarme y peinarme. Además, fueron unas consejeras imprescindibles para elegir el vestuario para esa noche. Una minifalda y un corsé negro y morado y encima, un abrigo de corte desigual que me llegaba justo hasta los tobillos por detrás, pero por delante solo cubría hasta las rodillas, lo que dejaba a la vista mis botines con varios centímetros de tacón. Aunque tuve mis dudas al verme en el espejo, todas ellas coincidieron en que estaba impresionante.

Después de despedirme de ellas, cogí mi bolso y el maletín que contenía el portátil y me dirigí hacia *Las puertas del infierno* dispuesta a arrasar con todo.

Hora más tarde, llegué al club. Nada más verme aparecer, uno de los guardas de seguridad me dejó pasar sin necesidad de hacer cola. Tras darle las gracias, me adentré en el local lleno de gente. Tardé más de lo que pensaba en llegar hasta la barra de arriba. Juanma estaba ocupado, así que, me senté en un taburete y esperé a que se acercara a esa zona.

—Buenas noches, guapo. ¿Me pones un whisky?

—¡Wow! Estás increíble, An. ¿Un whisky? —afirmé—. Empiezas fuerte la noche.

—Tengo que ver a Black y...

—Ya... ya... —me interrumpió mientras preparada mi bebida y me la servía—. No hace falta que disimules y me intentes hacer creer que le odias, porque no cuela. Conociéndote y tal como te has comportado estos días, no es difícil deducir lo que pasó el otro día en la mazmorra. Además, Black ya nos ha dejado claro a todos que eres suya y quien intente ligar contigo está despedido.

Le miré atónita.

—¿En serio?

—Sí. Dejaste a todos embobados el otro día y, supongo, que Black se cansó de ir escuchando comentarios sobre ti y de lo buena que estás.

Solté una carcajada.

—Y... ¿dónde está ese gótico prepotente y posesivo?

Le di un sorbo a mi bebida.

—En su despacho. Supongo que esperándote —Juanma me guiñó un ojo y sonrió—. Vais a ser una pareja de lo más tópico. Un gótico y una bruja.

—Shhhhhh. Calla, calla que las paredes oyen — Juanma se echó a reír mientras yo me acababa el whisky—. Te veo luego. Por cierto, Naida me ha dicho que te pases por su casa cuando termines de trabajar.

Sin perder más tiempo, me dirigí al despacho de Black. Al llegar allí, golpeé con los nudillos la puerta y esperé algunos segundos. Debido al ruido, no podía escuchar nada del interior, así que, decidí abrir la puerta. Nada más hacerlo, vi a Black sentado en su silla de despacho y al tipo al

que llamaban Hellraiser de pie enfrente a él y junto a la mesa. Saludé a ambos con la mano, pero no entré.

—Perdón por la interrupción. Solo quería avisarte de que ya estoy aquí. Me voy a la barra con Hammer para no molestaros.

Black negó con la cabeza.

—An, quédate. Hellraiser y yo ya hemos terminado —miró a su trabajador—. Os daré una respuesta antes de que termine el mes.

—Entendido y gracias, Black —Hellraiser se giró y se dirigió hacia la puerta examinándome de la cabeza a los pies con cada paso que daba—. ¡Joder! ¡Qué suerte tiene el jefe! —susurró cuando pasó por mi lado.

Sonreí y di un par de pasos hacia el interior para poder cerrar la puerta. A continuación, volví a girarme y miré a Black. Se levantó rápido de su silla y se dirigió hacia mí a paso ligero. Cuando llegó a mi altura me agarró de la cintura y me besó con profundidad como si hiciese siglos que no nos viésemos.

—Black...

Me separé un poco de él, pero no me soltó. Black apoyó su frente contra la mía y sonrió.

—Has llegado en el momento preciso — susurró —. Necesitaba un poco de distracción.

—Pero, si quieres que me quede y escriba aquí, yo necesito concentración.

—Todo a su debido tiempo, An.

—Te noto cansado.

—Casi no he dormido. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Black, tienes que empezar a delegar funciones. Solo de ese modo podrás descansar y tendrás más tiempo libre para ti. Hazme caso. Sé de lo que hablo.

—No estaría mal. De ese modo podría pasar más tiempo contigo fuera del club.

—Yo no he dicho eso.

—¿Por qué te resistes a lo que es obvio que hay entre nosotros?

—Por llevarte la contraria.

Le guiñé un ojo y él soltó una carcajada.

—Esta noche, cuando cerremos el club, quiero que vengas a mi casa —le miré extrañada por su petición. ¿Para qué demonios quería que fuera a su casa?—. Me gustaría enseñarte una cosa importante.

Esbocé una sonrisa.

—No sé, no sé. Tal vez no pueda ir. Todo dependerá de lo que avance escribiendo la historia. Si de verdad eso es importante para ti, suéltame y déjame trabajar.

Pero antes de soltarme, me dio otro beso. Una vez libre, caminé hacia el escritorio y dejé mi bolso y el maletín encima de la mesa. Podía notar en todo momento su mirada clavada en mí, prestando atención a cada movimiento que hacía. Le miré y saqué la lengua haciéndole burla. Soltó una carcajada mientras se dirigía hacia el sofá.

—Espero que no te importe que me tumbe un rato.

Saqué el ordenador portátil del maletín y lo coloqué encima de la mesa antes de sentarme en la silla.

—Es tu despacho. Puedes hacer lo que quieras, pero no me distraigas. Te lo pido por favor.

Él asintió y, mientras yo encendía el ordenador y acomodaba la silla a mi altura, se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Casi no se escuchaba el ruido del club, aun así, me puse los cascos y encendí mi mp4 para escuchar música y poder concentrarme mejor. Y, sin más, empecé a escribir.

Ya llevaba un buen rato escribiendo cuando escuché como Black carraspeaba. Alcé la vista y le miré.

—Estás ruborizada. ¿Tienes calor?

—Un poco, pero no te preocupes. Sigue durmiendo.

Bajé la vista y seguí escribiendo. Lo que no iba a contarle era que el calor que tenía no era debido a la temperatura ambiental de su despacho, sino que era porque en esos momentos estaba escribiendo una escena bastante caliente y sensual entre los dos protagonistas. Seguí tecleando, pero, estaba tan metida en la historia que, sin darme cuenta, se me escapó un gemido al imaginarme en mi mente aquel tórrido acto.

—¿Estás escribiendo una escena de sexo? —afirmé sin levantar la vista—. ¿Puedo leerlo? —moví de un lado a otro la cabeza en señal de negación—. Llevas más de una hora escribiendo. Deberías descansar un rato.

—Dame diez minutos. No puedo dejar esto ahora que está tan... caliente.

Black soltó una carcajada.

—Está bien. Creo que necesitas refrescarte un poco. Voy a ir a buscar algo para beber.

—Vale.

Black salió del despacho. No podía dejar escapar a la musa ahora que estaba inspirada, así pues, continué escribiendo hasta que escuché como se abrió la puerta y Black apareció por allí con un par de cervezas en la mano. Sonreí. Cerró la puerta y caminó hacia mí. Se situó detrás de la silla y empezó a darme un masaje en las cervicales.

—Mmmmmm. Esto se te da de maravilla.

—Gracias. ¿Qué tal un pequeño descanso?

Black me dio la cerveza. Ambos le dimos un buen trago. Luego, me levanté de la silla para estirar un poco las piernas.

—¿Cómo van las cosas por ahí fuera?

—Como cualquier sábado noche.

—¿Puedo preguntar que quería antes Hellraiser?

—Quería negociar un aumento de sueldo. Cada vez viene más gente y, si nuestro pequeño negocio funciona, vendrán más y eso supondrá más trabajo para ellos.

—Sería lo justo.

Le di un sorbo a la botella.

—Sí, pero para la publicación de tu libro faltan meses y ellos lo quieren ya mismo. Cien euros más al mes.

—Bueno, siempre puedes negociar. La mitad ahora y, dentro de un tiempo, si las cosas van como esperamos, les das los cien euros. Mira, en dos o tres meses saldrá el segundo libro. Ese es el plazo que tengo para terminar el tercer libro. Luego, dale un margen de tres meses. Como mucho estamos hablando de seis meses. Yo creo que lo aceptarán. Ya lo verás.

—Eres increíble, An. Nunca había conocido a alguien como tú.

—Estoy acostumbrada a resolver conflictos.

Black dejó la cerveza encima de la mesa. A continuación, me quitó la mía e hizo lo mismo.

—Deberías hablar con tu abogada para que redacte un nuevo contrato eliminando la última cláusula porque vamos a volver a incumplirla.

Me agarró por la cintura y me atrajo hacia él. Pasó sus brazos por detrás de mi espalda y empezó a desatarme el corsé aflojando la cinta.

—¡Joder! Nunca se me han dado bien estas cosas.

Sonreí.

—Déjame a mí. Mientras tanto, quítate la ropa. Si yo me desnudo, tú también.

—Por supuesto.

Me quité el corsé, las botas, las medias y la falda dejando mi cuerpo solo cubierto con mi sujetador y mis braguitas de encaje negro. No quería que Black se fijase mucho en las heridas de mi abdomen y, en un rápido movimiento, junté las manos justo encima de mi vientre. Aun así, noté su mirada penetrante clavada en mí escudriñándome de arriba abajo y viceversa una y otra vez. Luego, soltó un resoplido. Hacia tanto tiempo que no me sentía deseada por nadie que, aunque no iba admitirlo delante de él, aquello me excitó. Pero yo también quería disfrutar de las vistas.

—Tu turno, Black. Vamos, quítate la ropa.

Sonríó. Me senté en la silla y esperé impaciente. Black me miró durante unos segundos antes de quitarse la gabardina de cuero negra y dejarla en el perchero que estaba situado justo detrás de él. A continuación, se desabrochó uno a uno los botones de su camisa negra hasta que dejó al descubierto parte de su torso. Solté un grito ahogado cuando se despojó por completo de la prenda y pude observar los abdominales marcados de ese hombre. Estaba claro que a Black le gustaba cuidar su físico también y es que ser gótico no estaba reñido con el hecho de practicar deporte. Era una suerte que la sociedad hubiese cambiado en los últimos tiempos y permitiese romper las reglas que clasificaban a las personas en estereotipos concretos solo por vestir de una determinada manera. Eché un último vistazo a su torso antes de seguir examinando su cuerpo. Hasta ese momento, los únicos tatuajes que había visto eran las dos calaveras negras que lucía en el dorso de la mano, pero no me sorprendió comprobar como sus brazos estaban llenos de tatuajes de símbolos esotéricos, un árbol sin hojas, cuervos y cruces. Aunque el que más me llamó la atención fue un gran reloj de arena, en el cual en vez de arena tenía sangre.

—Ese reloj representa que nada es infinito y que nuestra existencia es limitada. La sangre, en este caso, simboliza la vida —comentó Black cuando se dio cuenta que mi vista estaba clavada en ese tatuaje.

—¡Wow! Interesante. ¿Puedes darte la vuelta un momento? Quiero ver ese gran tatuaje que dicen que tienes en la espalda.

Black puso los ojos en blanco un instante antes de acceder a mi petición y girarse. Nada más hacerlo, vi el enorme tatuaje de la calavera que cubría toda su espalda, desde las cervicales hasta la altura del coxis. Un impresionante diseño con pequeños detalles como flores negras dentro del cuenco de las órbitas de los ojos o pequeñas llamas en el hueco de la fosa nasal o incluso el dibujo de las raíces de los dientes que la hacían aún más siniestra, pero al mismo tiempo era una obra de arte digna de admirar.

—El tatuaje no está terminado todavía. Faltan algunos detalles que luego enlazaran con el tatuaje que quiero hacerme en el pecho. Ya tengo el diseño hecho, solo me falta tiempo libre para ir a mi colega tatuador —dicho esto, se giró de nuevo para poder estar cara a cara.

—Me gusta y espero poder ver el tatuaje finalizado algún día, pero ahora vamos a dejar de perder el tiempo. ¡Pantalones fuera!

Black se apoyó en el escritorio para poder quitarse con comodidad las botas y los calcetines. Luego, se levantó y llevó sus manos hacia sus pantalones negros. Desabrochó el botón y la cremallera con lentitud mientras sonreía de manera traviesa. Le gustaba el juego al igual que a mí, pero en esos momentos mi deseo de echar un polvo con él era demasiado fuerte e intenso como para estar perdiendo el tiempo con ese tipo de preliminares. Black debió notar mi impaciencia en el rostro y decidió dar por concluido el juego y quitarse los pantalones de una vez. Un primer

vistazo a sus piernas fuertes y musculosas confirmaron mi sospecha de que ese hombre hacía deporte. Fue entonces cuando me percaté de que no llevaba ropa interior. Contuve la respiración durante un instante al ver como su miembro ya estaba duro. Me mordí el labio para evitar soltar un gemido al imaginarme a Black dentro de mí, embistiéndome una y otra vez.

—No suelo llevar ropa interior cuando vengo al club. Es mucho más cómodo cuando bajas a la mazmorra para...

Moví la cabeza para dejar de fantasear. Era una pérdida seguir imaginando la escena en mi cabeza cuando tenía a ese hombre desnudo justo delante de mí.

—Shhhh. No digas nada más —interrumpí—. Lo entiendo—. Me puse en pie y, bajo su atenta mirada, me quité el sujetador y las braguitas—. Ahora ya estamos en las mismas condiciones.

Su intensa mirada llena de deseo recorriendo cada centímetro de mi cuerpo me hizo ruborizar. Era algo un tanto extraño para mí porque ningún humano me ha habido provocado esa sensación antes.

—Eres preciosa, An.

Black dio un par de pasos hacia mí situándose a pocos centímetros. A continuación, rodeó mi cintura con sus brazos y empezó a deslizar la yema de sus dedos arriba y abajo con delicadeza. Los dos nos miramos fijamente a los ojos durante unos pocos segundos. Aunque llevaba puestas sus lentillas de colores, sabía que detrás de aquella caracterización como gótico había un hombre muy distinto a la imagen que el proyectaba delante de los demás. Un hombre que se estaba abriendo a mí en todos los sentidos y, aunque me costaba admitirlo, yo estaba haciendo lo mismo con él. Era una conexión fuerte entre ambos, pero que, por desgracia, tenía fecha de caducidad. Sin embargo, hasta que llegase el momento, iba a disfrutarlo al máximo.

—Muchas gracias, pero... ¿qué te parece si nos dejamos de romanticismos para otra ocasión y vamos al grano? —le guiñé un ojo.

Black soltó una carcajada.

—Una mujer directa. Me gusta.

Entonces, aparté sus brazos de mi cuerpo y, bajo su atenta mirada, me puse de rodillas hasta que mi boca quedó justo a la altura de su pene ya erecto. Lo agarré con mi mano derecha y empecé a moverla arriba y abajo. Alcé la mirada un instante cuando escuché un largo bufido seguido de un gemido. Fue entonces cuando acerqué su miembro a mis labios para poder lamerlo antes de introducirlo por completo en mi boca y disfrutar de su sabor mientras lo entraba y lo sacaba. Escuchar la respiración agitada de Black junto sus gemidos y jadeos de placer provocó que mi excitación humedeciera más mi sexo.

—¡Joder! ¡Joder! Como sigas así, voy a correrme en tu boca. Deberías parar —seguí disfrutando de ese momento haciendo caso omiso de su advertencia. ¿A qué hombre no le gustaba correrse en la boca de una mujer y que esta se tragase el semen? Guiada por mi experiencia y por la cantidad de películas porno que había visto en los últimos meses, aumenté el ritmo al mismo tiempo que mi mano izquierda acariciaba sus testículos. Entonces, Black me puso las manos en la parte trasera de la cabeza y empujó su miembro hacia el interior de mi garganta—. Tú lo has querido.

Tomó las riendas del ritmo a seguir hasta que, en una fuerte sacudida, su semen invadió toda mi cavidad bucal y no tuve más opción que tragármelo. Black, sacó su miembro muy despacio mientras yo me limpiaba los restos con el dorso de mi mano. A continuación, me puse en pie y di unos cuantos pasos hasta llegar al sofá, donde me tumbé con las piernas entreabiertas antes de desafiar con la mirada al hombre que seguía plantado al lado de la mesa de aquel despacho.

—Mi turno.

Black sonrió al mismo tiempo que daba un par de pasos en mi dirección. En un abrir y cerrar de ojos se posicionó en el sofá dispuesto a cumplir su parte. Bajó la cabeza hacia mi sexo y empezó a darme pequeños besos. Por más que lo intenté para no estropear aquel momento, no pude evitar echarme a reír a carcajadas cuando sentí cosquillas debido al roce de su barba. Después de algunos segundos, Black alzó la cabeza y me miró de manera desafiante mientras cruzaba los brazos en señal de protesta y advirtiéndome que no iba a continuar con el cunnilingus. Tenía todo el derecho a saber el porqué de mi ataque de risa, pues yo no pretendía ofenderle ni tampoco quería quedarme a medias. Tras pedirle disculpas, le comenté cual había sido el motivo de mi carcajada. Fue entonces cuando alzó las cejas y sonrió.

—¿En serio? —asentí—. Acabo de descubrir un punto débil. Me gusta.

Dicho esto, volvió a bajar la cabeza y, sin perder ni un segundo más, pasó su lengua por mi vulva como si estuviera lamiendo las gota de un helado cayendo por la galleta del cucurucho. Aquel roce tan delicado empezó a despertar en mí cada una de las zonas erógenas de mi sexo. El placer de sentir su lengua fue tan grande que me obligó a echar los brazos hacia atrás y agarrarme fuerte del borde del sofá. Gemí, cerré los ojos y arqueé la espalda para que él tuviera mejor acceso a esa zona tan íntima. Black empezó a presionar y estirar sutilmente mis labios mayores al mismo tiempo que me acariciaba el cuerpo hasta llegar a mis pechos, los cuales agarró y estrujó provocando que soltase un fuerte gemido mientras que mi respiración y mis jadeos aumentaban. Fue entonces cuando la punta de su lengua empezó a adentrarse más en mi sexo, la movía arriba y abajo, pero sin llegar a tocar mi clítoris, en el cual se estaba acumulando tanto hormigueo placentero que no sabía cuanto más tiempo iba a poder aguantar sin que estallase. Segundos después, mi amante introdujo dos dedos dentro de mi vagina y presionó un poco antes de retirarlos para volver a repetirlo otra vez más antes de lanzarse en busca de mi clítoris, el cual lamíó, succionó y mordió aumentando cada vez más la intensidad hasta que no pude más y mi clítoris llegó al clímax y estalló de placer enviando a cada rincón de mi cuerpo aquella maravillosa sensación.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Jamás había experimentado algo tan... intenso —reconocí con la respiración todavía agitada.

Hasta ese momento siempre había pensado que el sexo que mantuvimos Nahuel y yo todo durante el tiempo que fuimos pareja había sido genial, pero esto lo superaba con creces.

Black sonrió orgulloso.

Empecé a incorporarme. Aunque acabase de tener una increíble experiencia de sexo oral tenía que irme de allí antes de que empezasen a haber complicaciones con mi energía vital y esta gritase a gritos que la dejase salir. Me levanté del sofá dispuesta a recoger mi ropa, pero Black me agarró del brazo y tiró fuerte de mí hasta que me giré hacia él.

—No hemos terminado todavía, Antía—. Black se había sentado cómodamente con las piernas abiertas—. Ven aquí y acomódate —señaló su miembro duro y tieso—. Quiero estar dentro de ti. Ahora.

Mi mente me decía que aquello era mala idea, pero mi cuerpo pedía más sexo con aquel hombre. Tenía unos pocos segundos para decidir. Si no había pasado nada malo hasta ese momento, ¿por qué no podía dar rienda suelta a mi deseo? Hacia tanto tiempo que no disfrutaba de ese modo que dejé que mi apetito sexual ganase esta vez.

Me senté encima de él. Noté el cosquilleo de su miembro buscando el lugar adecuado para entrar. Me levanté lo justo y, con la mano, coloqué la punta justo en la entrada de mi vagina. Mi

sexo todavía estaba empapado debido al orgasmo y, poco a poco dejé que penetrase.

—¡Joder! —exclamamos a la vez cuando su verga me llenó por completo.

Pasó sus brazos por detrás de mí cintura y yo coloqué los míos rodeando su cuello. Permanecimos así durante unos segundos, hasta que tomé la iniciativa de empezar a mover mis caderas en círculos. Black bajó sus manos hasta mi culo y lo agarró fuerte. Aumenté el ritmo. Nuestras respiraciones se aceleraron entre jadeos y gemidos. Me encantaba tenerle dentro de mí.

—Detente o voy a correrme dentro de ti —soltó mi trasero, como si aquello fuese una señal para permitirle salir y correrse fuera.

—No me importa —levanté mi trasero unos pocos centímetros, pero antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, bajé mi cuerpo, haciendo que su polla entrase dentro de mí otra vez —. Quiero que te corras dentro de mí. No te preocupes, tomo la píldora y confío en ti.

—¿Estás segura?

—Sí.

Volvió a colocar sus manos en mi trasero y repetí el mismo movimiento una y otra vez. El roce de mi clítoris contra su cuerpo hizo que una ola de placer invadiera mi cuerpo. Aumenté el ritmo. Eché la cabeza hacia atrás. Black aprovechó esa fracción de segundo para retenerme dentro de él durante un instante antes de dejar claro con sus movimientos pélvicos que a partir de ese momento era él quien iba a llevar las riendas. Comenzó a moverse despacio, pero no tardó en intensificar el ritmo de sus embestidas.

—Ya viene. ¿Estás preparada?

—Sí —logré articular con la respiración entrecortada.

Black aumentó todavía más el ritmo. Podía notar como su miembro entraba y salía de mí muy rápido, provocando un cosquilleo indescriptible que se iba acumulando como si fuesen pequeñas explosiones.

—Ahora.

Obedeciendo su orden, dejé de contener aquellas explosiones, lo que me llevó a disfrutar de un orgasmo que recorrió cada centímetro de mi piel. Al mismo tiempo que Black empujaba hondo y soltaba su semen en mi interior.

CAPÍTULO 15

Apoyé la cabeza en su hombro mientras intentaba recuperar el aliento.

—Me gusta tu tatuaje de la espalda. Una enorme luna y dentro los símbolos que representan a los cuatro elementos: Fuego, Agua, Aire y Tierra unidos por una línea. Imagino que significa que se complementan unos a otros para que haya equilibrio en la naturaleza. De ahí el símbolo del pentagrama que hay justo en el centro. Tiene sentido. El tatuador hizo un buen trabajo —habló al cabo de unos minutos.

—Gracias —levanté la cabeza y le miré. En esos momentos me fijé como varias gotas de sudor resbalaban desde la frente hacia sus mejillas—. Me temo que vas a tener que maquillarte de nuevo.

Black sonrió. Su respiración todavía era agitada, al igual que la mía. Había podido controlar mi energía y mis poderes hasta ese momento, pero, el hormigueo interior no cesaba y eso significaba que mi energía vital estaba demasiado alterada y que, tarde o temprano, iba a exteriorizarse. Tenía que irme de allí lo antes posible para evitar males mayores. Hice ademán de levantarme, pero Black me detuvo pasando sus brazos por detrás de mí cintura, para evitar que me moviera.

—Black, yo...

Él negó con la cabeza. Sin dejarle de mirarle, inspiré hondo y solté el aire muy despacio. Repetí la operación un par de veces deseando que aquello surgiera efecto, pero fue en vano. El picor en mis manos iba creciendo con cada segundo que pasaba. Entonces, se me ocurrió una idea. Si el collar protegía a Black, tal vez podría descargar mi energía en las piedras sin que a él le pasara nada. Era solo una teoría, pero tenía que arriesgarme. Era eso o destrozar su club. Inspiré hondo una vez más y toqué el collar. Al principio no noté mejora alguna, pero, a medida que los segundos pasaban, el hormigueo y el calor disminuyeron, como si estuvieran reculando, hasta que, pasados varios minutos, cesaron por completo. No me lo podía creer. Aquel collar era mi salvación en el sentido más amplio de la palabra. Aquellos dos óvalos de fuego eran mucho más importantes de lo que jamás me hubiera imaginado, no solo porque eran necesarios para anular la maldición que Nahuel me había echado, sino porque también calmaban mi energía y protegían a Black de mis poderes. Pero eso era un arma de doble filo pues, en el momento en que destruyera los óvalos, jamás podría volver a estar de esa manera tan íntima con el hombre que en esos momentos acariciaba mi espalda con la yema de sus dedos.

Sin apartar la mano del collar, apoyé otra vez mi cabeza en su hombro. Fue entonces cuando me relajé y, con las emociones a flor de piel, varias lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, resbalando por mi mejilla hasta llegar al cuerpo de Black.

—Hey, hey, nena, cariño, ¿qué ocurre? ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo necesito un momento para recuperarme. Ha sido tan intenso que... —levanté la cabeza y me sequé las lágrimas con el dorso de las manos. Cerré los ojos un instante para controlar aquellas emociones. Cuando los abrí, me encontré con la mirada penetrante de Black—. Lo siento, yo... es complicado de explicar.

—Vámonos a mi casa. Recoge tus cosas —Black me dio un beso en los labios y apartó sus manos de mi cuerpo para que pudiera levantarme—. Voy a dar instrucciones a los chicos y a delegar funciones.

Esbocé una sonrisa mientras poco a poco me levantaba y me separaba de él. Una vez ambos estuvimos de pie, Black se dirigió al pequeño baño que hasta ahora no me había dado cuenta de que existía debido a que estaba camuflado detrás de un gran perchero. Abrió un armario y sacó un par de toallas. Regresó a mi lado y me dio una de ellas. A continuación, recogió su ropa y se dirigió otra vez al cuarto de baño, pero no cerró del todo la puerta, lo que me permitió echar un último vistazo a su cuerpo antes de que empezara a vestirse. Segundos después, seguí su ejemplo y me vestí también.

—¿Estás seguro de irte antes de cerrar el club?

—Sí —Black salió del baño vestido y maquillado como si nada. Caminó hacia mí y rodeó mi cuerpo con sus brazos—. Te espero fuera. Voy a dejar encima de la mesa el código que tienes que marcar cuando salgas del despacho. El panel está en la pared derecha. Me gusta confirmar que la puerta ha quedado cerrada y te agradecería que tu hicieras lo mismo —asentí—. Genial y gracias —me dio un beso antes de soltarme—. No tardes mucho, An.

Dicho esto, dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

Lo primero que hice cuando me quedé sola fue soltar un gran soplido. No quería hacerle esperar mucho, así pues, acabé de vestirme. Luego recogí todas mis cosas y me puse la chaqueta, pero antes de salir, me pasé por el cuarto de baño y me retoqué el maquillaje. Cuando estuve lista, abandoné el despacho e introduje el código en el panel, tal y como me había dicho Black.

El club estaba hasta arriba de gente. No se podía dar ni un paso sin tropezar con alguien. Intenté localizarle entre la gente, pero después de varios minutos intentándolo, desistí y me dirigí hacia la barra de arriba.

—Me ha dicho Black que le esperes aquí —dijo Juanma nada más verme llegar a la barra—. ¿Te encuentras bien?

Me senté en uno de los taburetes y dejé mi maletín y mi bolso encima de mis piernas.

—Sí. Más o menos. Me dio un bajón, supongo que por el cansancio y Black quiere llevarme a casa.

—Ahhh. Es raro que Black abandone su club antes de cerrar. Es el capitán del barco. Me ha pedido que haga las cajas y deje todo el dinero en su despacho.

—Eso significa que confía en ti.

—Supongo que tienes razón, pero no es normal en él. Tú no lo ves o no te das cuenta porque le conoces desde hace poco, pero te puedo asegurar que está cambiando y tú, mi querida amiga brujita, eres la causa. Y ya que me estoy sincerando, tú también estás cambiando.

Le miré extrañada.

—¿Yo?

—Sí, tú. Solo espero que todo siga igual de bien entre vosotros cuando le digas lo que eres.

Juanma me guiñó un ojo.

—No tengo porque contárselo.

—Antía, si estáis bien juntos lo más normal es que lo sepa para evitar futuros accidentes —alcé las cejas—. No me mires así, ya sabes a lo que me refiero, así que no te hagas la tonta. Objetos voladores, viento, agua, fuego de tus manos, temblores de tierra, lluvia en un punto determinado, etc.

—Lo tengo todo controlado. Eso no va a ocurrir.

—Eso espero, pero también me dijiste que no iba a haber sexo entre vosotros y no lo has cumplido. Aunque supongo que tengo que confiar en ti porque él está bien. An, solo digo que vale más una verdad a tiempo a que lo descubra por él mismo y se cabree. Además, como líder puedes decirle a quien quieras lo que eres.

—Me lo pensaré, pero no es tan fácil. Hay muchas cosas que no sabes, pero lo que más miedo me da es el rechazo y eso sería lo más probable que ocurriera y, te puedo asegurar que, ahora mismo, no es algo que me apetezca volver a experimentar. Me siento bien con él y no quiero fastidiar las cosas.

—¡Joder! Te has enamorado de él. ¡Esto es la hostia! Jamás pensé que llegaría a verte en ese estado.

—¿Eh? Yo... no...

En esos momentos noté como alguien pasaba sus brazos por mi cintura y se pegaba a mi cuerpo. Reconocí su olor enseguida. Black apoyó su barbilla en mi hombro y me dio un beso en la mejilla.

—Tú no... ¿el qué?

—Qué no he bebido mucho.

—Cierto, ni hace falta. Ya está todo solucionado. Te llevo a casa para que descanses. Hammer, gracias.

—De nada, Black. Qué descanséis —Juanma me guiñó un ojo—. Os veo mañana, pareja.

Dicho esto, Juanma se dirigió hacia la otra punta de la barra para atender a varios clientes y nosotros, cogidos de la mano, esquivamos a la gente para poder salir del local.

—Supongo que has venido en coche. Tendremos que ir en los dos coches. Vamos primero a dejar el tuyo para que podamos ir juntos a mi casa.

—Vale. ¿En serio vas a enseñarme tu colección de lentillas de colores y tu extenso vestuario gótico?

Le guiñé un ojo y se echó a reír.

—Tal vez. Incluso puede que te deje probar algo.

Me uní a su risa.

Veinte minutos más tarde ya habíamos aparcado mi coche en el garaje y nos dirigíamos a casa de Black en el suyo mientras escuchábamos algunas canciones del grupo Thirty seconds to mars.

—An, tengo que pedirte un favor —dijo Black aparcando el coche.

—Tú dirás.

—Cierra los ojos. Voy a tapártelos con un pañuelo y no puedes quitártelo hasta que yo te lo diga. ¿De acuerdo? —asentí y cerré los ojos tal y como me había pedido. Black no tardó ni un minuto en vendármelos—. Voy a salir del coche para abrirte la puerta y guiarte. Confía en mí

—Vale.

Esperé impaciente a que abriera la puerta. Una vez abierta, me agarró de la mano y tiró de mí hasta que salí del vehículo. Escuché como cerraba la puerta. A continuación, me pidió que empezara a andar. Cogidos de la mano, caminamos hasta lo que me supuse que era el portal, ya que Black me soltó un instante para abrirlo. Desde allí me guió hasta el ascensor y, un par de minutos más tarde, ya estábamos entrando en su casa.

—Siéntate. Detrás de ti está el sofá. Voy a darte una ducha rápida. No tardaré. Te lo prometo.

—¿Una ducha ahora?

—Sí, confía en mí. Y no hagas trampas. Nada de quitarse el pañuelo.

—Entendido.

Me senté en el sofá y esperé. Mientras escuchaba el ruido del agua de la ducha correr tuve la intuición de que el propósito de Black era mostrarse ante mí sin maquillaje. Eso era un paso más entre nosotros que demostraba la confianza que él tenía en mí. Por un lado, me alegraba, porque eso significaba estar más cerca de conseguir que me diera el collar por su propia voluntad, pero, por otro lado, significaba que mi relación con él caducaría pronto. Cuando el agua de la ducha cesó, suspiré hondo. Black tardó varios minutos en abrir la puerta. Aunque no pronunció palabra, pude escuchar sus pasos dirigiéndose a mí hasta situarse justo delante. Black me cogió de las manos y tiró de mí hasta que me puse de pie. Me agarró de la cintura y me arrimó a él. Toqué su torso desnudo. Tenía curiosidad por saber si estaba totalmente desnudo y fui bajando despacio las manos por su cuerpo, pero al llegar a la cintura, me topé con una toalla.

—Eso no vale, Black. Quítate la toalla para que mis manos puedan seguir tocándote.

Black se echó a reír.

—Tus manos tendrán que esperar un poco —hice un puchero—. Todo a su tiempo, cariño. Antes quiero mostrarte una cosa muy importante para mí. Quiero que me veas como soy en realidad sin maquillaje, ni lentillas, ni ropa gótica de por medio. Solo como Karel Anaut —asentí—. Bien, pues allá voy.

Black desató el nudo del pañuelo y lo dejó caer. Para intentar calmar los nervios del momento, cogí aire y lo solté muy despacio. A continuación, poco a poco, fui abriendo los ojos hasta que pude contemplar el rostro del hombre que tenía delante que me miraba expectante esperando mi reacción.

Lo primero en lo que me fijé fue en sus ojos de color verde cristalino que me recordaban a los de una esmeralda. Nunca había conocido a nadie con ese color de ojos tan intenso y, lo cierto es que me quedé embelesada durante unos segundos hasta que él carraspeó. Lo siguiente que me fijé fue en una cicatriz que empezaba desde el lóbulo de la oreja derecha hasta casi la mitad de la mejilla.

—¡Oh, Dios mío! —Black esbozó una sonrisa nerviosa. Supongo que mis palabras le habían desconcertado. Alcé mis manos y empecé a recorrer con la yema de los dedos cada rincón de su rostro. Black cerró los ojos y soltó un gran bufido—. Eres... eres... ¡Joder! ¿Queda mal decirle a un hombre que es hermoso? ¿O eso suena muy cursi?

Black abrió los ojos.

—Viniendo de ti, no queda mal y gracias por el piropo.

—De nada. Es la verdad. ¿Cómo te hiciste la cicatriz?

—En una pelea hace ya muchos años. El maquillaje me ayuda a ocultarla un poco. No estoy muy orgulloso de esa época. Cuando era adolescente solía meterme en muchas peleas. Todos los fines de semana llegaba a casa borracho o drogado porque me había metido pastillas. Al final, con dieciocho años, mi padrastro y mi madre me echaron de casa. Fue entonces cuando decidí irme a Londres, a la cuna del punk. Los primeros meses fueron muy, muy jodidos. Trabajé en varios lugares, pero no siempre me llegaba el dinero para los gastos básicos y, en más de una ocasión, tuve que dormir en la calle porque no tenía suficiente dinero para pagar una pensión. Una noche en un pub conocí a un tipo que tenía una tienda en la zona de Candel, después de charlar un rato, me propuso que me pasara al día siguiente por allí, que necesitaba a un ayudante. Y así lo hice. Conseguí el trabajo y, poco a poco, empecé a remontar. Pasé de vivir en la calle a compartir piso con un par de tipos que tenían un estudio de tatuaje. Ellos son los responsables de la gran calavera que está tatuada en mi espalda, de hecho, el noventa por ciento de los tatuajes de mi cuerpo son obras suyas.

—Me gustan —Black sonrió—. Y... ¿cuándo decidiste volver a España?

—Al cabo de un par de años, cuando ya estaba establecido allí y con un trabajo fijo, decidí venir a visitar a mis padres durante unas navidades, pero, en cuanto me vieron, me dieron con la puerta en las narices. Desanimado y frustrado, regresé a Londres esa misma noche. Lo volví a intentar al cabo de unos meses, pero el resultado fue el mismo.

—Lo siento mucho.

—No, no lo sientas. Yo tuve la culpa de todo. Les hice mucho daño. Hace casi dos años, a través de un amigo, me enteré de que mi padrastro había muerto de cáncer. Regresé a España para que mi madre no estuviera sola porque soy hijo único, pero en cuanto me vio, empezó a echarme la culpa de que su marido hubiera muerto. Ella me dijo que estaba segura de que había enfermado de cáncer por los disgustos que yo le había dado. Viendo lo alterada que estaba, decidí que no valía la pena rebatir ese argumento. Me di media vuelta, me subí al coche y salí pitando de allí. Iba a regresar a Londres para no volver jamás, pero aquella noche callejeando con el coche me metí en el polígono industrial y vi un gran letrero de “se alquila o se vende” en una nave. Entonces pensé que sería una buena idea intentar llevar a cabo mi proyecto aquí. De ese modo, podría ver a mi madre de vez en cuando, aunque fuera de lejos dentro de mi coche. Al día siguiente llamé al dueño de la nave, alquilé el local, lo reformé y el resto, ya es historia como quien dice.

—¿Por qué me cuentas todo esto? Apenas me conoces.

—Lo sé, pero hay algo en ti que... no sé cómo explicarlo. Tal vez lo que voy a decir suena muy místico y ridículo, pero, de algún modo, me siento conectado a ti. Además, cuando estoy contigo no tengo que fingir que soy un tipo duro y borde que le resbala todo y que nadie le importa. La verdad es que me gusta estar contigo y mantener una conversación normal entre dos personas, con nuestras pequeñas discusiones porque, a veces, tenemos puntos de vista distintos, pero no me das la razón como a los tontos. Tienes personalidad y carácter. No te achicas. Defiendes tus creencias y tus palabras sin importarte quien tienes delante. Eso es una de las cosas que más me ha impresionado de ti —sonreí como muestra de agradecimiento por sus cumplidos—. An, nunca he tenido una relación seria que durase más de dos meses, por ese motivo pensé que mostrarte como soy en realidad sería una buena manera de empezar algo entre tú y yo.

Tragué saliva. Tenía que tomar una decisión rápida. Si le decía que “no”, ya podría ir olvidándome de conseguir los óvalos de fuego, pero, si aceptaba ser su pareja acabaría haciéndole daño cuando se enterara de todo. Estaba entre la espada y la pared y el tiempo corría en mi contra. Solté un largo bufido bajo la atenta mirada de Black. Lo cierto es que me gustaba estar con él y me sentía cómoda, mucho más de lo que jamás hubiera llegado a imaginarme, pero cuando me metí en este caso tenía claro que mi prioridad era conseguir el collar para anular la maldición y que haría lo que fuera para obtenerlo.

—Black.

—Llámame Karel, por favor.

—Karel, yo...

—No pasa nada si dices que no. Pero entonces, lo único que te pediré es que no desveles ni mi nombre real ni cuál es mi aspecto sin maquillaje y lentillas. Tengo una reputación que mantener.

Black me guiñó un ojo. Sin pensármelo dos veces, me acerqué a él y le di un beso en los labios.

—Pase lo que pase entre nosotros, ahora o en un futuro, tu secreto siempre estará a salvo conmigo, pero, dejando al margen eso, yo al igual que tú, también tengo mis secretos profesionales y personales. Suelo desaparecer un par de días al mes, hay noches que tengo que irme porque me

han llamado para algún asunto urgente y no vuelvo hasta las tantas de la madrugada, noches de reuniones con mi equipo o con algún confidente y lo que no me apetece es tener a un novio celoso que me haga preguntas y que yo no pueda responderlas por secreto profesional. Eso sería empezar una pelea sin salida y pasar un mal trago. La última vez que tuve una relación seria acabé en el hospital.

—¿Por culpa de tu ex, Nahuel? —afirmé—. ¿Las cicatrices de tu cuerpo son por culpa suya?

—Sí. Así es. Me acuchilló varias veces, entre otras cosas que prefiero no contarte.

—¡Joder! ¡Maldito cabrón hijo de puta! Ahora entiendo todavía más la preocupación de tu hermano.

—Sí, bueno, supongo que es normal. Yo ya lo he superado y aquello forma parte del pasado. Black, si quieres que lo intentemos tendrás que aprender a no hacer más preguntas de la cuenta, aunque te pique la curiosidad y, por supuesto, a respetar mis silencios si yo me niego a responder. Lo que te pido parece fácil, pero no lo es.

—An, me paso seis noches, de las siete que tiene la semana, en el club. Si quisiéramos vernos, tendría que ser allí, tal y como has hecho estos días. Entiendo que debido a tu profesión como investigadora privada y expolicía tengas que irte cuando surja una emergencia en uno de esos casos tuyos o cuando requieran tu presencia. Lo asumo y lo respetaré, sin preguntas. Sé que va a ser difícil cuadrar nuestros horarios, pero merece la pena intentarlo, ¿no crees?

—Entonces, ¿eso significa que estamos juntos? —asintió—. Vale, pero prepárate para someterte a un interrogatorio por parte de mi equipo y no bromeo.

Black soltó una carcajada.

—¿Van a someterme a un detector de mentiras o algo así?

—Sí, algo así. Por cierto, antes me he quedado con ganas de preguntártelo. ¿Practicas algún tipo de deporte?

—Siempre que puedo. Tengo un pequeño gimnasio en una de las habitaciones con una cinta para correr. En verano corro en la cinta y, en invierno, siempre que el tiempo lo permita, suelo salir a correr por el parque. La gente no esté preparada para ver a un tipo como yo lleno de tatuajes y con lentillas practicar deporte y, la verdad es que en invierno es mucho más fácil tapar los tatuajes de cuerpo y manos —esbocé una mueca. Nadie tenía derecho a juzgar a otra persona por su aspecto físico—. Vamos de dejar la cháchara y las preguntas para otro momento y centrémonos en lo importante.

Sin darme tiempo a reaccionar, Black me cogió en volandas y me llevó hasta su habitación donde, con sumo cuidado, me dejó encima de la cama. A continuación, se recostó de lado dejando pocos centímetros de separación entre su cuerpo y el mío antes de abrazarme. Sonreí de forma tímida. Sentía la necesidad tocarle, de demostrarle con caricias lo que mi cuerpo ansiaba de él. Era un sentimiento extraño y nuevo para mí, pero quería explorarlo para descubrir hasta donde me podría llevar aquella locura. Un humano y una bruja. Si mi padre se enterase... pondría el grito en el cielo y me enviaría directa al infierno o lo que es lo mismo, me despojaría de mi cargo como líder del aquelarre de esta zona y de todos mis poderes como bruja para luego desterrarme. Sacudí la cabeza para dejar de pensar en eso y disfrutar del momento presente.

Me arrimé a Black para poder acariciarle toda la espalda con la yema de los dedos. Aunque había estado con varios brujos a lo largo de mi vida, jamás había disfrutado de un momento tan íntimo como aquel, compartiendo caricias, miradas y un silencio cómplice entre los dos.

—¿En qué piensas? —Black se lanzó a darme un beso.

Aunque me sentía genial y feliz, podía notar mi energía interior y mis poderes estaban

completamente revolucionados. El picor en las palmas de las manos era cada vez peor y, como no hiciera algo rápido, acabaría destrozando la vivienda de Black. Pero no podía irme de allí, así como así, de modo que la única idea que se me ocurrió fue provocarle para poder tener sexo y, de esa manera, calmar todo aquel torbellino interior.

—Ahora mismo... en disfrutar de este momento contigo y de una buena sesión de sexo.

Le devolví el beso mordisqueándole el labio inferior. Black emitió un pequeño quejido de dolor, pero luego sonrió de forma traviesa.

—Así que... esas tenemos. Prepárate, An. Voy a hacer gritar.

Le dediqué una mirada sensual y ardiente al mismo tiempo que deslizaba mi pierna derecha entre su toalla y la acomodaba entre las suyas. Me moví rozando con mi bajo vientre su entrepierna. Aquel primer contacto me encendió y no pude evitar soltar un gemido.

—¿A qué esperas?

Black echo un vistazo rápido a mi cuerpo.

—A tenerte desnuda bajo mi cuerpo, pero ahora mismo llevas demasiada ropa puesta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo todavía estaba vestida. Me eché a reír mientras me incorporaba lo justo para quitarme el corsé y el sujetador dejando a la vista y a disposición de Black mis pechos, el cual no tardó ni dos segundos en posar sus manos en ellos y empezar a masajearlos. Mi deseo aumentaba cada vez más y con ello mi energía, la cual se acumulaba en las palmas de mi manos deseando salir de mi cuerpo. Tenía que despojarme de la ropa lo más rápido que pudiese para poder tocar el collar y calmar aquel cosquilleo. Como pude, me deshice de la falda, pero era imposible quitarse las medias y las botas a menos que Black parase de tocarme y me diera un respiro para poder hacerlo. Y así se lo hice saber a él. Apartó sus manos de mi cuerpo, pero antes de que pudiese reaccionar, se colocó en encima de mí y me sujetó fuerte las muñecas. Iba a protestar, pero un movimiento con la cabeza de negación me hizo desistir.

Apoyé mi cabeza en la almohada y esperé. Sentía mucha curiosidad por saber cuál iba a ser su siguiente paso, pero los segundos pasaban y él seguía quieto, mirándome de una manera tan intensa y extraña que no lograba descifrar su significado.

—Black, me estás haciendo daño en las muñecas. Demon.

Fue el sonido de mi voz y mi queja el que le hizo regresar de allí donde su mente y su pensamiento estuviese. Sonrió y me liberó las muñecas. A continuación, se inclinó para poder darme un beso.

—Discúlpame, An. Yo... —hizo una breve pausa—. Esta vez quiero que sea diferente, pero no sé cómo hacerlo —le miré sin saber a qué se refería exactamente—. Quiero decir que... —se incorporó rápido y pasó la mano izquierda por su nuca. Se le notaba muy nervioso, pero sabía que debía darle tiempo para que terminase su explicación y, por supuesto, sin interrupciones estúpidas por mi parte. Y eso hice—. ¡Joder! Esto es más difícil de lo que pensaba. ¡Maldición! ¡Joder! Está bien. Voy a ser sincero contigo. Nunca he hecho el amor a una mujer. Todo lo que he practicado y vivido hasta ahora siempre ha sido sexo, puro sexo sin sentimientos. Esto es una novedad para mí. Y...

Alcé mis manos empecé a acariciarle muy despacio su rostro y su cuello. Mi hombre cerró los ojos y suspiró hondo.

—Karel... —era la primera vez que le llamaba por su nombre real y, aunque en un primer momento, aquello le pilló desprevenido, no tardó en sonreír antes de volver a abrir los ojos—. Yo tampoco soy una experta. Mi relación con Nahuel fue... un tanto peculiar, aunque entra en el saco de cosas que no te puedo explicar. Lo siento. Pero sé una cosa de cierto —puse mi mano derecha

encima de su corazón, el cual palpitaba rápido, muy rápido—. Solo tenemos que guiarnos por lo que nuestro corazón dicte. Además, podemos aprender juntos, si quieres —Black asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Entonces, bésame.

Aquella noche aprendí que incluso el hombre que aparenta ser más fuerte y ególatra tiene sus miedos. Pero, lo más importante para mí fue que ambos aprendimos a hacer el amor. A acariciar y dejarnos acariciar. A disfrutar de cada beso lleno de pasión y de sensación que experimentaba cuando nos tocábamos el uno al otro con nuestras manos todo el cuerpo. A morirnos de placer cuando nuestros labios recorrían cada centímetro de piel. A mirarnos a los ojos mientras le sentía dentro de mí antes de empezar a movernos despacio y sin prisa, fundiendo nuestras respiraciones, incluso nuestros gemidos como si solo fuésemos uno. A deleitarme con cada penetración suya mientras le rodeaba el cuello con mis brazos o me agarraba a las sábanas para evitar clavarle las uñas. A llegar al orgasmo juntos y soltar un risita tonta, pero llena de complicidad, durante varios minutos. A recuperar el aliento abrazados, sintiendo como su corazón latía deprisa al igual que el mío. A mimarnos con dulces besos mientras nuestros cuerpos dejaban de temblar. A olvidarme de que él era humano y yo una bruja.

CAPÍTULO 16

El sonido del móvil me sobresaltó y me desperté de golpe. Giré la cabeza hacia la derecha. Black seguía durmiendo. Quien fuera que me estuviera llamando debía ser para algo importante o no insistiría tanto. Me levanté de un salto y, con paso sigiloso, me dirigí hacia el comedor, lugar donde había dejado mi chaqueta y mi bolso. Rebusqué dentro del bolso hasta que localicé el móvil y vi en la pantalla el nombre de mi hermano y descolgué rápido.

—An, ¿dónde estabas? Has tardado mucho en responderme.

—Tranquilo, Naím. Estoy en casa de Black. Estábamos en la cama, durmiendo —escuché como soltaba un gran bufido, aunque no sabía definir si era de alivio o de enfado—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Tenemos otro cadáver. Otra prostituta asesinada con el mismo modus operandi. La ha encontrado un vagabundo en el parque norte hace una hora —solté un grito ahogado—. Es ahí donde sueles ir a correr, ¿verdad?

—Sí.

—También le han dibujado tu tatuaje y le han puesto una peluca para que se perezca más a ti. No hay ningún tipo de duda, hermanita van a por ti.

—¡Joder!

—An, hay que llamar a papá. Necesitas protección las veinticuatro horas.

—No. Paso de tener a dos esbirros de papá pegados todo el día a mí. No me dejarían trabajar. De repente, noté los brazos de Black rodeando mi cintura.

—¿Quién es? ¿Qué ocurre?

Apoyó su barbilla en mi hombro derecho.

—Es mi hermano.

—Antía, dale el móvil a Black un momento.

—¿Para qué?

—¡Joder! A menos que tengas ya los óvalos de fuego, dale el maldito móvil y deja de perder el tiempo.

—Está bien —giré un poco el cuello hacia Black—. Por increíble que parezca, mi hermano quiere hablar contigo.

Black levantó la cabeza y me miró extrañado, pero mi única reacción que encogierme de hombros y darle el móvil mientras hacía una mueca. Después de soltar un bufido, apartó sus brazos de mi cintura, cogió el móvil y saludó a Naím. Empezó a caminar de un lado a otro de la habitación mientras asentía tanto con la cabeza como con palabras a lo que fuera que le estuviese diciendo mi hermano.

—No te preocupes, tío. Cuenta conmigo. Entendido. Te paso con ella.

Black se paró enfrente de mí y me devolvió el teléfono.

—¿Qué demonios les has dicho?

—Que te vigile. Ya está al día de la situación. Si vas a pasar tantas horas con él, lo normal es que si ve algo extraño me lo comunique. Soy tu hermano y soy policía.

—Naím, voy a reunir al equipo. Ellas pueden ayudarnos a resolver el caso.

—Genial. Nos vemos en tu despacho dentro de hora y media o así.

—Bien, pero no llames a papá todavía.

—Eso no es decisión tuya. Eres la líder del aquelarre de la zona, en ese sentido te debo obediencia, pero soy tu hermano y tu protector. Mi deber es hacer todo lo que esté en mis manos para no te pase nada y si eso incluye a los esbirros de papá, pues tendrás que aceptarlo.

—Naím, por lo menos espera a que finalice la reunión con el equipo, por favor.

—Está bien. Te veo en un rato, hermana.

Sin más, colgué la llamada y miré a Black.

—Tengo que irme. Tengo trabajo.

—Voy contigo.

—Black, este es uno de esos momentos que te comenté ayer.

—Tu hermano me ha dicho que intentarías convencerme de que puedes ir sola, pero lo siento mucho, cariño, hoy pienso pegarme a ti como una lapa.

Me guiñó un ojo.

—¡Joder! ¿Puedo saber qué demonios te ha contado?

—Naím me ha dicho que han hallado otra chica muerta del mismo modo que la primera y que también tiene tu tatuaje dibujado. No soy poli ni detective, pero está claro que el asesino está obsesionado contigo. Por eso me ha pedido que no me separe de ti y ya lo has oído tu misma, le he dicho que cuente conmigo y pienso cumplirlo.

Solté un largo bufido.

—Los dos sois unos toca narices. ¿Vas a entrar conmigo al baño también?

—Sí, si es necesario.

—No sabía que te habías convertido en mi guardaespaldas.

—Solo estoy preocupado por ti —se arrimó a mí y me rodeó con sus brazos—. Además, si te pasa algo, ¿qué pasaría con nuestro pequeño negocio?

—Serás capullo.

—Era broma, pero tengo que reconocer que es un buen motivo para pasar el día entero contigo. Black me dio un beso.

—Está bien. Tenemos poco tiempo. Tengo que pasar por casa para ducharme y cambiarme de ropa y tú, supongo, que también quieres ducharte y maquillarte antes de salir —asintió—. Pues venga, mientras tú te arreglas yo llamaré a mi equipo. Les informaré también de que vienes conmigo para que no se lleven luego la sorpresa.

—¿No les caigo bien?

—No es eso. Algunas de ellas son reticentes en cuanto a comentar casos con personas ajenas al equipo. No les gusta que nadie descubra sus trucos.

—Eso lo entiendo, pero yo no soy una persona ajena, ¿verdad?

Dicho esto, me soltó y desapareció de la habitación. Aproveché el momento para llamar a las chicas y ponerlas al corriente de todo. Luego, me dirigí a la habitación y busqué mi ropa interior entre toda la ropa que había en el suelo. En cuanto Black salió del cuarto de baño, le pedí prestada una camiseta ya que no me apetecía ir encorsetada a esas horas de la mañana. Sin perder tiempo, Black abrió uno de los cajones de su cómoda y sacó una camiseta negra.

—Tendré que ir con gafas de sol. Necesito que mis ojos descansen de la lentillas unas cuantas horas —comentó mientras me entregaba la camiseta. Me la puse en un santiamén y le hice un nudo delante para que no me quedara como un saco—. Mientras tu terminas de vestirme, yo voy a

maquillarme.

—Bien.

Quince minutos más tarde salimos de su casa en dirección a la mía.

—Black, antes de abrir la puerta de mi casa tengo que comentarte una cosa importante. Soy wiccana. Vas a ver libros y objetos relacionados con ese tema por toda la casa.

Él sonrió mientras yo sacaba las llaves del bolso.

—No sé porque, pero no me resulta nada extraño que seas wiccana. Además, cada uno es libre de creer en lo que quiera.

—Cierto.

Introduje las llaves en la cerradura al mismo tiempo que, susurrando, pronunciaba en latín el contra hechizo que nos permitiría entrar. En cuanto la puerta se abrió, le di al interruptor y las luces se encendieron.

—Cierra la puerta y ponte cómodo. Si quieres algo para beber o comer, sítete tú mismo. No tardaré.

Ni siquiera me paré a pensar en cómo reaccionaría Black cuando viese mis armarios llenos de botes de cristal que contenían distintas plantas, hierbas y otros elementos para poder realizar pocimas. Exceptuando a mi hermano, ningún hombre había entrado en mi casa desde que Nahuel y yo rompimos. Mi pequeño hogar era como un santuario para mí en el cual solo permitía la entrada a las personas que más estimaba y, acababa de darle acceso libre a ese hombre que, aunque me costaba mucho admitirlo, estaba empezando a calar hondo en mi corazón.

Me duché y me arreglé lo más deprisa que pude para no hacer esperar ni a Black ni al equipo. No me apetecía ir con falda, así que opté por ponerme unos vaqueros azules ajustados que resaltaban mis curvas y un jersey de color añil con cuello de pico, zapatos de tacón negro y una americana también de color negro. Una vez lista, salí de la habitación y me dirigí al comedor.

Nada más entrar noté la mirada penetrante de Black clavada en mí.

—¡Wow! Estás preciosa —sonreí como agradecimiento—. Tienes una colección impresionante de libros y cosas wiccanas. Algunos libros parecen muy antiguos. ¿Eres coleccionista?

—Digamos que sí. Tengo libros del siglo XVII y XVIII. Me apasiona ese tema. Tal vez otro día que tengamos más tiempo podamos entretenernos en eso y pueda explicarte como empezó todo.

—Me encantaría. ¿Nos vamos?

Sin perder más tiempo, salimos de allí y nos dirigimos a mi despacho. A pesar de que era domingo, había más tráfico de lo habitual en la ciudad, lo que nos hizo que tardásemos más tiempo de lo previsto. Por ese motivo, no fue de extrañar que Naida, Adalia, Brisa y Daina ya estuvieran esperando sentadas en el sofá de la sala de espera. Aunque Black ya conocía a Bris, a Adalia y a Naida, se lo presenté oficialmente a todas. Justo entonces llegó Naím. Tras un breve saludo, mi hermano nos puso al día a todos de las últimas novedades. Una vez terminada su exposición de los hechos, solté un gran bufido y, después de unos segundos mirándonos los unos a los otros, llegó el turno de adjudicar tareas.

—Chicas, necesito una investigación legal y otra alternativa de las visitas que ha recibido Nahuel en los últimos meses. Ya sabéis a lo que me refiero con alternativa y tenéis mi permiso para utilizar lo que necesitéis. Si él es el responsable de toda esta mierda, va a pagarlo caro.

Tanto él como sus contactos o esbirros. Adalia, encárgate tú de esto.

—Sin problemas. An, los *Nómadas* no me gustan. Estoy segura de que no son trigo limpio a pesar de que hicieron el juramento de lealtad.

—Entonces, localízales y cítales en el mismo lugar de siempre. Cuando les tengas, les interrogaremos en una de las salas privadas para salir de dudas, pero ándate con cuidado y llévate algún tipo de arma. Nunca se sabe con lo que nos pueden sorprender y no quiero que te pase nada —Adalia asintió—. Enseguida vuelvo—. Entré en mi despacho y cogí una carpeta del armario y regresé con el equipo. Nada más entrar en la sala de espera, se la entregué a Daina—. Necesito que tú y Naida me consigáis todo lo que pone aquí. No me sirven las copias, quiero los originales. Cueste lo que cueste. Cuando lo tengáis, avisadme. Estaré con Black en su club.

—Por supuesto, jefa —dijo Naida.

Ella miró de reojo a Black y sonrió de manera traviesa.

—Naida, tú a lo tuyo. Es una orden. Bris, ¿prefieres trabajo de campo o papeleo?

—¡Qué pregunta! Trabajo de campo, por supuesto. Ya hago bastante papeleo el resto de la semana.

—Bien. Entonces te toca ir con Naím. Investigad todo lo que sea sobre las víctimas. Necesito información de los últimos dos meses, si es necesario hablad con los clientes y con sus chulos. Hay que encontrar un nexo entre las dos, aparte de que ambas eran prostitutas. Tal vez se conocían o han tenido el mismo o los mismos clientes. ¡Ah! Y también necesito muestras de las dos. De forma extraoficial, por supuesto. Solo por si acaso.

—No estarás pensando en recurrir a “Ojo de Halcón” —espetó Naím.

—No es mi prioridad, pero si nos quedamos atascados en un callejón sin salida, lo haré. El tiempo apremia y, con sinceridad, prefiero enfrentarme a “Ojo de Halcón” que a papá y sus esbirros. Es un maldito cabrón, pero seguro que entenderá la situación y se podrá negociar con él. En fin... Y yo hablaré con Bryn.

—¿¿Qué?! —exclamaron atónitos todos, excepto Black que no sabía de qué iba la historia y nos miraba a todos con mucha curiosidad.

—Es el hermano de Nahuel y tal vez sepa algo que pueda ayudarnos.

—An, hermana, es un tipo peligroso y lo sabes.

—Lo sé. Lo sé. Vamos a ver.... Que no voy a ir a hablar con él en persona. Le llamaré por teléfono. Así que, relajaros un poco. Además, siempre me he llevado bien con él, aunque sea un maldito gilipollas ególatra y narcisista.

—No sé si es buena idea. Las malas lenguas van diciendo por ahí que desde que ya no es la sombra de su hermano Nahuel está más fuerte que nunca —comentó Naida.

—No os preocupéis tanto y... para que quede claro, no os estoy pidiendo permiso, ni vuestra opinión. Además, Black estará a mi lado en todo momento.

Las miré una a una esperando a que entendieran que estando cerca de los óvalos de fuego, nadie podría hacerme daño, ya que éstos me protegerían o eso esperaba yo.

—Por supuesto. No sé quién es ese Bryn, pero no voy a dejar que le haga daño a mi chica.

Naím miró a Black durante unos largos segundo. Luego, asintió dando el visto bueno antes de volver a centrar sus ojos en mí.

—Y... ¿cuándo piensas ponerte en contacto con él?

—Pues en cuanto os larguéis por esa puerta. De modo que, ya sabéis. A trabajar. Estaremos en contacto por móvil. Cualquier incidencia, informad. —Poco a poco, las chicas y Naím se fueron levantando del sofá—. Tened mucho cuidado.

Todos asintieron antes de desaparecer de allí dejándonos a solos a Black y a mí.

—Voy un momento al despacho a coger una cosa.

Sin esperar a que él me contestara, me dirigí a paso ligero hacia mi despacho y abrí la caja fuerte situada detrás de un cuadro. Cogí la agenda negra y la volví a cerrar justo antes de que Black entrara en el despacho y encajase la puerta tras él. A continuación, empezó a caminar hacia mí y, antes de que pudiera reaccionar, ya tenía sus brazos rodeando mi cintura.

—Tengo que reconocer que me superas en esto de ser jefe. Te admiro porque infundes mucho respeto a tu equipo. Además, se nota la confianza entre vosotras y que os preocupáis unas por las otras. Yo en cambio, les doy miedo a mis trabajadores.

Me eché a reír.

—Nos conocemos desde hace mucho, mucho tiempo. No podría hacer nada sin ellas porque son una pieza fundamental tanto en mi trabajo como en mi vida personal. Son mis mejores amigas. Tal vez si no fueras tan gruñón con tus trabajadores, ellos te tendrían más respeto y no miedo.

—Me gusta tenerlo todo bajo control para que todo salga bien.

—Black, son trabajadores profesionales. Confía en ellos. Sigue mi consejo y verás como la relación con ellos cambia. No te digo que vayáis a ser super colegas, pero infundir miedo no es la mejor de las maneras para que un negocio que depende de tantas personas prospere.

—Te haré caso.

—¿Puedo confesarte una cosa? —asintió—. Una de mis fantasías es hacerlo en mi despacho. Un aquí te pillo y aquí te mato como en las películas.

Black sonrió de manera traviesa. Luego miró por encima de mi hombro unos pocos segundos.

—¿Igual que en las películas? ¿Eso significa que puedo tirar al suelo todo lo que tienes encima de la mesa? ¿Incluido tu ordenador portátil? —hice una mueca al mismo tiempo que giraba la cabeza hacia mi escritorio y lo vi lleno de carpetas, material de oficina y mi ordenador portátil. Entonces solté un suspiro y me di cuenta de que a veces la realidad no tiene nada que ver con la ficción—. An, no pongas esa cara de pucherito. No va contigo, además, eso tiene fácil solución —me guiñó un ojo justo antes de soltar una carcajada.

—Vale. Deja ya de reírte de mí.

Black arrimó su cuerpo al mío.

—No me estoy riendo de ti, te lo juro. Solo me hace gracia la situación.

—Ya... En fin, suéltame y dame un minuto.

Pero antes de soltarme, Black me dio uno de aquellos besos que te dejan sin respiración durante unos segundos y que revolucionó a mis hormonas en cero coma. Tenía que darme prisa para controlar tanto mi deseo como mi energía interior si quería disfrutar de aquel momento. Y, aunque podía utilizar mis dotes para apartar con un simple movimiento de manos cualquier objeto que estorbaba, decidí que no era el momento adecuado para mostrarle esa faceta pues podría ocasionar demasiadas preguntas que yo todavía no estaba preparada para responderle. Ahora, más que nunca, se me hacía cuesta arriba hablar a un humano sobre mi auténtica naturaleza como bruja y, aunque era consciente de que lo nuestro no iba a ser para siempre, me sentía tan bien con él que no quería estropearlo. Decidí apartar todos aquellos pensamientos de mi mente y deleitarme con el beso y con las caricias de Black hasta que, muy despacio y como si le costase horrores, apartó sus manos de mi cuerpo. Estaba tan embriagada por el placer que me provocaban las yemas de sus dedos deslizándose por mi cuerpo que tardé varios segundos en darme cuenta de que tenía libertad para moverme, pero mi cuerpo no se desplazó ni un solo milímetro. Curvé los labios hacia arriba. Tenía que reconocer que ese hombre me tenía completamente embaucada.

—An... nena... reacciona.

—¿Eh? Sí, lo siento. Discúlpame. Será mejor que...

Dicho esto, me giré y me dirigí hacia mi escritorio. Eché un rápido vistazo. Lo primero que hice fue archivar las carpetas y los dosieres de los casos en el segundo de los cajones de la mesa, el cual era el más grande y profundo. Luego, quité mi ordenador portátil de la mesa y, después de meterlo dentro de su funda de protección, lo guardé en uno de los armarios. También quité de en medio mi agenda, un par de libretas, la grapadora, una botella de agua y mi taza favorita. Por último, apoyé mi codo encima de la mesa y con el antebrazo tiré de un plumazo al suelo el resto de los objetos: bolígrafos de distintos colores, lápices, gomas, post its, clips sujetapapeles y algunos papeles sin importancia.

Miré a Black y sonreí de manera traviesa y juguetona mientras me iba desabrochando el botón y la cremallera de mis vaqueros azules. Mi hombre soltó una carcajada.

—Vamos a hacer realidad esa fantasía tuya.

Me guiñó un ojo y, sin perder tiempo, dio dos pasos hacia mí, me agarró por la cintura y me besó con frenesí. No pude evitar soltar un gemido ahogado cuando su lengua jugueteó en mi boca buscando mi lengua. Pasé mis brazos por su cuello y cerré los ojos un instante para comprobar el estado de mi energía vital. Adelantándome a posibles sorpresas pronuncié unas palabras en latín que me ayudarían a contener mi energía en el interior y evitaría algún que otro susto. Cuando estuve lista abrí los ojos y de espaldas, poco a poco, sin dejar de besarle, guie a Black hacia uno de los laterales de la mesa. Mis manos no tardaron en tantear el borde del escritorio. Iba a subirme yo misma cuando Black me agarró del trasero y, después de una pequeña orden de que me agarrase a él con fuerza, me sentó encima del escritorio. A partir de ahí todo transcurrió tan deprisa que en cuanto quise darme cuenta mi espalda estaba apoyada en la madera de la mesa y mis botas, calcetines, vaqueros, mi jersey y ropa interior estaban esparcidos por el suelo de mi despacho.

Black se inclinó hacia delante y me sujetó las muñecas fuerte. A continuación, sin darme un segundo para protestar, sus labios besaron los míos. Un hormigueo agradable volvió a colmar cada célula de mi piel. Gemí. En un movimiento un tanto atrevido por mi parte le atrapé entre mis piernas, rodeando su cintura con ellas y arrojándolo más a mí hasta notar como, a pesar de que todavía llevaba los pantalones puestos, su duro miembro rozaba la zona más íntima de mi cuerpo. Sus besos y caricias me encantaban, me hacían sentir deseada, provocaban en mí unas reacciones increíbles y despertaban sentimientos que nunca había experimentado, necesitaba hacerle entender que no había tiempo para preliminares. Yo quería acción, sexo puro y duro sin más contemplaciones. Moví mis caderas mientras arqueaba la espalda, dándole un acceso rápido al siguiente de mis puntos erógenos... mis pechos. Black pilló la indirecta al instante, pues su lengua dejó de recorrer mi cuello y fue bajando hasta llegar a mis pezones. No pude evitar gemir cuando, tras notar su aliento cálido en esa zona tan especial y sensible, su lengua empezó a realizar movimientos circulares deleitándose en cada uno de mis senos. Black lamíó y mordisqueó suave ambos pezones generando una infinidad de sensaciones placenteras que aumentaban mi grado de excitación y humedecían cada vez más mi sexo, al mismo tiempo que un agradable cosquilleo se acumulaba en mi clítoris.

—Black... necesito sentirte dentro de mí ahora mismo.

Levantó la cabeza un momento y asintió con un leve movimiento. A continuación, soltó mis muñecas, pero ni siquiera me dio tiempo a moverlas para que se desentumecieran porque, en un abrir y cerrar de ojos, Black se desabrochó los pantalones liberando su duro miembro.

Completamente llena de deseo y, sin perder ni un segundo de tiempo, pasé mis piernas por encima de sus hombros. No pude evitar soltar una risa nerviosa, pero al mismo tiempo con cierto grado de picardía cuando cogió con las manos su pene haciendo que rozase el interior de mis muslos. Adelantándose a su siguiente movimiento, me agarré fuerte de la mesa y me coloqué para poder facilitarle la penetración. No se lo pensó dos veces y se hundió en mí despacio para darle unos pocos segundos a mi cuerpo a que se amoldase a su tamaño y grosor. Emití un gemido que rondaba entre el placer y el dolor al notar como su enorme miembro llegaba hasta el fondo y me llenaba por completo. Después de un breve instante en el cual aprovechó para asegurarse de que mis piernas estaban bien apoyadas encima de sus hombros, empezó a mover sus caderas. Un cosquilleo intenso volvió a inundar mi sexo, no solo por el placer que me provocaban sus embestidas cuando nuestros cuerpos friccionaban, sino también por la excitación de escuchar sus jadeos y su respiración agitada cada vez que entraba y salía de mí.

—¡Joder! No pares.

Black alzó la cabeza y nuestras miradas se encontraron

—Entonces, agárrate bien, nena.

Me agarré tan fuerte a la madera que tuve la impresión de que podía romper la mesa en cualquier momento y, aunque eso era imposible para cualquier ser humano, tenía que asegurarme que mi energía interior estaba controlada y no iba a salir a través de mis manos provocando enormes destrozos. Para ello, cerré los ojos un instante. Tras comprobar que todo estaba correcto, seguí disfrutando de aquel intenso encuentro sexual acoplándome al nuevo ritmo de caderas mucho más rápido que Black había marcado. Gemí fuerte cuando el cosquilleo que se había acumulado en mi clítoris estalló en un intenso orgasmo al mismo tiempo que mi hombre descargaba su semilla dentro de mí y mojaba todo mi sexo de ese líquido blanco y salado mientras emitía un sonido gutural, pero lleno de satisfacción y placer. Ambos nos miramos y nos echamos a reír. Aunque yo me sentía doblemente feliz y satisfecha, pues acababa de hacer realidad una de mis fantasías y había conseguido que ninguno de los dos saliese malparado. Todo un logro para una bruja con mis dones.

—Eres un auténtico peligro, Black Skull. Ya me has distraído otra vez —sonreí.

Black soltó una carcajada. Aunque no quería que ese momento acabase, era consciente de que no podíamos perder más tiempo. Los sucesos ocurridos durante los últimos días eran de demasiada importancia y gravedad y requerían de una acción rápida sin más entretenimientos, por muy placenteros que fuesen. Él también lo sabía y, por esa razón, salió de mí despacio, dejando un vacío en mí que nunca había experimentado. Bajé las piernas poco a poco pues todavía me temblaban del intenso vaivén. Me hubiese gustado asearme un poco, pero el tiempo era oro y cualquier segundo vital. Nada más poner los pies en el suelo, me aparté de él lo suficiente como para recoger mi ropa y comenzar a vestirme. —Tengo que llamar a Bryn.

—Lo sé. Cuando termines nos vamos a comer. ¿Los *Nómadas* son tus confidentes?

—Sí, así es. Oye Black, cuando hable con Bryn tal vez haga cosas que te resulten un tanto extrañas. Eso entra dentro del saco de “no preguntes”, de momento.

—Entendido. Si quieres espero fuera. No me importa.

—No. Te necesito aquí, conmigo para que me calmes si las cosas con Bryn empiezan a ponerse tensas y alzo la voz o tirar objetos al suelo o contra la pared.

—¡Ah! ¿Sueles hacer eso cuando te cabreas?

—No siempre. La mayoría de las veces me voy a correr hasta que me calmo.

—Todos perdemos los papeles de vez en cuando. Somos humanos y esas cosas pasan —Black

se sentó en la silla y, con un gesto de manos, me pidió que me sentara encima de él—. Si tengo que vigilarte y controlarte esta es una buena manera de hacerlo, ¿no crees?

Sonreí mientras me sentaba encima de sus piernas. Cogí el móvil de la mesa y marqué el número de Bryn. Desde el primer tono y, mientras esperaba a que descolgaran la llamada, empecé a jugar con el collar de Black de forma aparentemente inocente, aunque, en realidad, lo que estaba buscando era la protección de los dos óvalos de fuego para evitar que los poderes de Bryn pudieran llegar a influirme.

Al cuarto tono, escuché la voz de mi interlocutor.

—An, cuanto tiempo.

—Hola Bryn. Tú no tienes el privilegio de llamarme de ese modo.

—¿Por qué todavía no me he metido entre tus piernas?

Contuve la respiración unos segundos y conté hasta diez para no sucumbir a su provocación y no dejarme llevar por la ira.

—Ahora que lo dices... por eso y porque no somos familia.

—Y... ¿puedo saber qué coño quieres? ¿por qué me has llamado interrumpiendo mi sesión de sexo matutino?

—Ohhhh. Lo siento. Seguro que tu amante sabrá esperar y calentarte en un santiamén. Mira, voy a ir directa al grano. Tenemos un problema por aquí y creemos que tu querido hermano está relacionado.

—Imposible. Está en la cárcel. ¿O no lo recuerdas?

—Lo sé, pero nuestras sospechas indican que ha podido contratar y enviar a alguien para hacer el trabajo sucio.

—¿De qué coño estás me hablando? —cogí aire y le expliqué todo lo que había ocurrido. Cuando terminé mi exposición escuché como maldecía en voz baja—. Y... ¿puedo saber que tengo yo que ver en todo eso?

—Necesito tu ayuda para detener esto. Si hay más crimines iguales pensarán que es un asesino en serie que anda suelto y eso llamará mucho la atención. Habrá prensa por medio y toda esa mierda y, lo que es peor de todo, mi padre se enterará y se nos habrá acabado el chollo a todos y ya sabes a lo que me refiero.

—Es tu territorio, solúcionalo tú.

—Bryn, te estoy diciendo las cosas por las buenas. De momento he podido pararle los pies a mi hermano y no va a llamar a nuestro padre, pero si lo hace... ¿crees que él no va a aprovechar el viaje y lo va a poner todo patas arriba? No tardaría ni dos horas en averiguar que tienes un negocio ilegal de venta de sustancias prohibidas para los humanos.

Aunque no podía verle, sabía que Bryn en esos momentos debía estar que trina y estaba segura de que intentaría lanzarme algún tipo de conjuro malicioso a través del teléfono. No era algo habitual entre los brujos porque requería de muchísima concentración, pero tratándose de Bryn, todo era posible. Y, efectivamente, no tardé ni medio minuto en notar un ligero cosquilleo que entraba por mi oreja, pero, por suerte para mí y por desgracia para él, el collar de Black me protegió y su hechizo fue inútil e inocuo.

—Bryn, sé lo que estás intentando hacer y te puedo asegurar que estás malgastando energía. Deja de perder el tiempo con eso y vamos a hacer un trato.

—No quiero a los chuchos de tu padre en mi territorio.

—Entonces, colabora con nosotros. Envía a tus hombres a que me ayuden a vigilar la ciudad. Necesitamos refuerzos. No quiero más muertos.

—¡Joder! Está bien. Tú ganas. Mañana tendrás a cuatro brujos por allí.

—Que se pongan en contacto con mi hermano. Él coordinará todo el operativo y es el encargado de mi protección.

—Pues no lo hizo muy bien la última vez.

Nada más escuchar aquellas palabras, mi energía empezó a removerse en mi interior, despertando la ira y la cólera que sentía hacia Nahuel y su hermano Bryn. No me gustaba que nadie se metiera con Naím por no haber llegado a tiempo de salvarme. Nadie tenía derecho a recriminarle por ello, y, aunque me moría de ganas por vengarme de ese estúpido comentario, no era el momento ni el lugar adecuados para hacerlo, así pues, coloqué las dos manos encima del collar y, poco a poco, aquel sentimiento negativo fue desapareciendo.

—¡Qué te jodan! Si hay alguien que tenga que echarle las cosas en cara a mi hermano, esa soy yo y no lo voy a hacer. Tú no tienes ningún derecho. Espero a tus hombres mañana. Adiós, Bryn — me aparté el móvil de la oreja y colgué la llamada—. ¡Maldito capullo! —miré a Black—. Lo siento. Ese tipo me saca de quicio.

—No te preocupes. Siempre hay alguien así en nuestras vidas. Al menos no has roto nada. — Black me guiñó un ojo—. Por cierto, me gustaría saber porque todos le tenéis tanto miedo a tu padre.

Como no podía decirle que mi padre era el gran mandatario europeo dentro del Consejo de Brujos del mundo, opté por decirle una medio verdad, sin que llegara a ser una mentira completa.

—Es un alto cargo militar. Vive lejos. No vendrá si solucionamos esto a tiempo.

—¡Ah! Tu padre es militar, tu hermano policía y tu detective privada... ¡Wow! Solo falta que me digas que tu madre también es poli o algo por el estilo.

—Nah. Ella es doctora. Trabaja en un ambulatorio de un pueblo en el norte de España. Mis padres llevan años divorciados. La última vez que los vi juntos fue cuando estuve ingresada en el hospital. En fin, vamos a dejar de hablar de mi familia y vámonos a comer que tengo hambre.

Me levanté y me fui directa a la silla de enfrente a coger mi americana.

—Realmente te gusta mi collar. —Aquellas palabras hicieron que me detuviera por un segundo y me girara hacia él—. Lo digo porque no has parado de tocarlo mientras hablabas con ese tío. A ver si encuentro uno igual en internet para regalártelo.

Sonreí.

En cuanto nos pusimos las chaquetas, salimos del despacho en dirección al primer restaurante que encontramos abierto.

CAPÍTULO 17

Tras la comida, Black me llevó de nuevo a mi casa para que pudiera cambiarme con la ropa adecuada y maquillarme estilo gótico para ir al club. De paso cogí mi maletín con el portátil. Si iba a pasar la noche entera en *Las puertas del Infierno* sería mejor aprovechar el tiempo y seguir escribiendo mi tercer libro. Desde mi casa, nos fuimos a la suya. Black también se cambió de ropa, se maquilló y se puso las lentillas.

Una hora más tarde, ya estábamos entrando por las puertas del club. A pesar de que íbamos el uno al lado del otro con nuestras manos entrelazadas, se le acercaron un par de chicas y, con todo el descaro del mundo, se le insinuaron mientras le pedían que las llevara a la mazmorra. Black intentó deshacerse de ellas, pero en vez de sentirse ofendidas por el tono brusco y arisco de él, eso las incitó aún más a seguir rogándole que hiciera un trío con ellas. Atónita por la situación surrealista que estaba viviendo decidí tomar cartas en el asunto y besé a Black delante de ellas si ningún tipo de pudor, dejándolas pasmadas y sin palabras.

—Black es coto privado. Mi coto privado. La próxima vez que os vea intentando alguna gilipollez como la que acabáis de hacer, me comportaré como una bruja malvada, en el sentido literal de las palabras, y os juro que os arrepentiréis.

Sin más, empecé a andar y tiré de Black hasta que llegamos a la barra de arriba. Saludamos a Hammer y pedimos dos cervezas.

—No sabía que eras tan posesiva.

Le dio un sorbo a la cerveza y me guiñó un ojo. Tragué saliva.

—Lo siento. Yo... no sé en qué estaba pensando para comportarme así. Es tu club y tu negocio.

—Tranquila, An —me interrumpió—. No te voy a reprochar nada. De hecho, me ha gustado. Anda, vámonos al despacho.

Dicho y hecho, cogimos las cervezas y nos fuimos de allí.

—¿Alguna vez vamos a bajar a la mazmorra?

Dejé el maletín y mi bolso encima de la mesa de su despacho.

—Cuando quieras, pero cuando esté vacío. No voy a compartirte con nadie y, por supuesto, nadie más que yo va a verte desnuda.

—Ufff... a mi hombre le salió la vena de macho posesivo.

Black soltó una carcajada.

—Somos tal para cual —se acercó y me dio un beso—. ¿Quieres escribir un rato o prefieres venir conmigo fuera a hacer la ronda y ver cómo van las cosas?

—La primera, si no te importa. Tengo que avanzar la historia.

—Vale. Te veo en un rato.

Volvió a darme otro beso esta vez más intenso, lo que provocó que me excitara y soltara un gemido.

—No me sigas tentando y provocando, por favor o no respondo de mis actos.

Él sonrió como un bribón.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame al móvil y vendré enseguida.

—No te preocupes. Estaré bien.

—Por cierto, la próxima vez que vea a Adalia le voy a decir que redacte un nuevo contrato. El actual ya se ha quedado obsoleto.

Solté una carcajada.

—Tienes razón. Aunque ese detalle ya lo sabe. Anda, vete a trabajar y deja de distraerme, que eres un auténtico peligro y si sigues aquí, estoy segura de que no escribiré ni una palabra.

—Está bien mi brujita malvada. Vuelvo en una hora o así.

Black se apartó de mí y salió de su despacho con paso ágil.

Cinco minutos más tarde, ya lo tenía todo listo para seguir escribiendo sin distracciones. Me puse los cascos, encendí el mp4 y empecé a teclear desde el último párrafo que había escrito.

Al cabo de una hora y pico, Black regresó al despacho con dos cervezas más, pero para no distraerme se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Los domingos el club cerraba a las tres de la madrugada. Sobre las dos y media Black volvió a salir a realizar la última ronda antes de cerrar el club, aunque antes de irse, me convenció para que, en cuanto terminara de escribir el capítulo, saliera a tomar algo mientras los empleados se cambiaban, limpiaban el club, reponían las bebidas, hacían inventario y caja.

Cuando salí del despacho, apenas se escuchaba ruido. Miré el reloj, pasaban varios minutos de las cuatro de la madrugada, lo que me hizo pensar que la mayoría de los empleados ya se habían marchado a casa.

Según fui avanzando escuché unas voces extrañas dando órdenes. ¿Qué demonios estaba pasando? Me asomé levemente por la cortina negra. Fue entonces cuando vi a cuatro tipos armados intentando robar el club. Iban vestidos de negro y sus rostros estaban cubiertos por pasamontañas también del mismo color.

—Date prisa y mete todo el dinero en la bolsa de una puta vez u os mataré a los dos —le ordenó uno de los tipos a Juanma.

—Esa voz...

No me hizo falta ni dos segundos para darme cuenta de que el tipo que parecía estar al mando era realmente Iñaki, uno de los brujos nómadas. Entonces, los otros tres tipos debían ser Atzin, Elio y Adán. Dejé mi maletín y mi bolso en el suelo. Estaba muy, muy cabreada con ellos y eso no era bueno porque la situación podía desbordarse. Sin pensármelo dos veces, salí de mi escondite y me dirigí directamente a Iñaki.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, maldito idiota?

—¿An... Antía?

—Sí. Soy yo —miré a Hammer—. Para ahora mismo de meter el dinero en la bolsa. De esto me ocupo yo.

—An, están armados. Déjales que se lleven el dinero, no pasa nada. El seguro lo cubrirá.

—Black, no te metas en esto, por favor. Ellos son los *Nómadas*.

Iñaki y los suyos se quitaron los pasamontañas dejando su rostro al descubierto. Miré uno a uno con detenimiento.

—An, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte más tarde. Y ya sabes a lo que me refiero —me advirtió Juanma.

Haciendo caso omiso su advertencia, caminé hacia los nómadas.

—No des un paso más o le vuelo la cabeza a esos dos —amenazó Iñaki.

Aquellas palabras fueron la gota que colmó el vaso. La picazón de mis manos empezaba a ser insoportable, lo que significaba que mi energía vital estaba muy alterada. Tenía que controlarla

para no darle la razón a Juanma, pero cada vez que miraba a Iñaki, la ira iba en aumento y eso no era buena señal, para nadie.

Seguí caminando hacia él.

—¿De verdad me estás desafiando? Os di una oportunidad y la acabáis de joder.

Moví las manos mientras pronunciaba un hechizo que los iba a dejar paralizados de cabeza hacia abajo. No tardaron ni dos segundos en darse cuenta de lo que les acababa de hacer y entre maldiciones, les quité las armas uno a uno. Y dejarlas encima de una de las mesas.

—Están desarmados y no se pueden mover. Pero ¿qué cojones está pasando aquí? ¿cómo ha conseguido hacer eso? —escuché que Black le preguntaba a Juanma.

Pero, estaba tan centrada en los *Nómadas*, que no oí la respuesta de mi amigo.

—Estás rompiendo las reglas —me recriminó Iñaki.

—Soy la líder del aquelarre de este territorio y puedo hacer lo que me dé la gana.

—An, tranquilízate, por favor —suplicó Juanma—. Black, tienes que sujetarla mientras yo llamo a Naím y a su equipo.

Me giré de golpe hacia Black y Juanma mirándolos de manera desafiante. Ambos se tensaron y tragarón saliva al instante al mismo tiempo que me observaban atónitos. Eso me dio a entender que el color de mis ojos había cambiado y estaba segura de que en ese momento eran de color rojo anaranjado como las llamas de un fuego.

—Os lo advierto por última vez. No os metáis en esto.

—An, An... por favor. Contrólate o acabaremos todos heridos y sé que no quieres que ni Black ni yo salgamos perjudicados.

Sabía que tenía razón, aun así, le ignoré y volví a girarme hacia los nómadas.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder, Black! Antía es una bruja muy poderosa. Hay que pararle los pies o los matará.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Una bruja? ¿Es una bruja de verdad?

—Sí, tío. Esto no es ningún truco. Tienes que sujetarla hasta que llegue Naím. Sé que a ti no te hará nada. Te has acostado con ella y has sobrevivido. Eso significa que hay algo en ti que hace que no te afecten sus poderes. Créeme si te digo que siempre que ha intentado liarse con algún humano, este ha acabado malparado y herido.

—¡Joder! Ahora empiezo a entender muchas cosas y porque tiene todos esos libros y objetos en su casa. No es una simple coleccionista.

—No, no lo es.

Cansada de escuchar la conversación entre esos dos. Extendí los brazos con las palmas hacia arriba y canalicé toda mi energía en las manos. Cuando el calor y la picazón se volvieron insoportables pronuncié la palabra en latín “lux”. Dos enormes bolas de fuego emergieron de mis manos y, sin perder ni un segundo, las lancé al aire, iluminando con una luz roja toda la sala mientras quedaban suspendidas justo encima de la cabeza de los nómadas. Estos, totalmente atónitos y asustados, miraron hacia arriba unos segundos antes de volver a centrar la vista en mí.

—Aprovechando que estáis aquí os voy a hacer algunas preguntas y la primera de ellas es: ¿alguno de vosotros tiene algo que ver con los dos asesinatos que se han cometido en esta ciudad, en mi territorio?

Se miraron unos a otros.

—Nosotros no hemos matado a nadie. Reconozco que hemos robado en algunas tiendas y supermercados para poder subsistir, pero nada más —dijo Atzin.

—¿Conocéis a Nahuel? —Esta vez todos y cada uno de ellos desviaron la mirada hacia un

punto distinto del club. La detención de Nahuel había sido un caso muy comentado en nuestro mundo sobrenatural de brujos, aun así, tenía que averiguar si le conocían personalmente o solo por habladerías y fotos—. Veo que sí. Supongo que un traficante como él tiene todo tipo de clientela ¿Le habéis visto últimamente?

—Está en la cárcel —contestó Adán.

—Eso lo sé de sobras. Pero, la cuestión es... ¿le habéis ido a ver?

—Yo desde luego no. No me acerco allí ni de coña. Tengo algunos asuntos pendientes con el Consejo, si me llegaran a pillar puedo darme por muerto. Y, siendo sincero, valoro mucho mi vida y mi libertad —contestó Atzin.

Atzin descartado.

—Yo tampoco —habló esta vez Elio.

—Ni yo —dijo Adán—. Como ha dicho Atzin. Con nuestro historial, acercarse allí sería de auténticos gilipollas.

Descartados también Elio y Adán. Miré a Iñaki. Era el único que no había abierto la boca, de momento.

—¿Y tú, Iñaki? ¿Has ido a visitar a Nahuel a la cárcel o has tenido algún tipo de contacto con él, ya sea directo o indirecto? —Iñaki no contestó y mantuvo la mirada completamente desafiante—. Tú lo has querido—. Coloqué mis manos encima de su antebrazo y dejé que mi energía fluyera hacia el exterior provocando que la zona donde estaban mis manos quemase la ropa y su piel. Escuché los gritos de dolor de Iñaki.

—¡Antía, para ya! —me ordenó con un grito Black.

Iba a contestarle cuando noté sus brazos rodeando mi cintura antes de tirar de mí hacia atrás hasta que logró liberar a Iñaki de mi agarre. A continuación, pasó sus brazos por encima de los míos hasta que consiguió sujetarlos.

—¡Maldita sea! ¡Suéltame!

—No. No vas a matar a nadie en mi club. Me importa una mierda que seas una bruja y, según he entendido, la jefa del aquelarre, pero si das ese paso, arruinarás tu vida.

—No tienes ni puta idea de mi vida. Solo conoces la parte que te he dejado ver.

—De eso me acabo de dar cuenta. Ya tendremos tiempo para hablar de ello largo y tendido cuando todo vuelva a la normalidad.

—Tú no lo entiendes. Necesito respuestas y estoy segura de que Iñaki nos oculta algo.

—Pero ese no es el mejor modo de averiguarlo. Tu hermano y tu equipo están en camino. Cálmate y no hagas ninguna tontería, por favor.

Justo entonces, Naím apareció por la puerta de la sala. Tan solo hizo falta una fracción de segundo para que él comprendiera cual era la situación real en aquellos momentos. Corrió hacia mí y se situó delante.

—¡Joder! ¡Mierda! Estás a punto de cruzar la línea. An, hermanita, reacciona. No dejes que las emociones negativas te superen. Tienes que controlarlas al igual que tu energía vital. Te lo pido como hermano —luego miró a Black—. Tío, por lo que más quieras, no la dejes escapar ahora. Hay que ayudarla. —Naím volvió a centrar su mirada en mí mientras yo intentaba zafarme de Black, aunque mis intentos fueron en vano. Refunfuñé y maldije—. An, mírame, por favor. —Obedecí su petición—. Sé que no quieres hacer daño a nadie.

—Pero ellos... él... —señalé con la cabeza a Iñaki, el cual nos miraba a los tres con curiosidad y, al mismo tiempo, miedo—. Él sabe algo. Es nuestra oportunidad de resolver el caso.

—Lo entiendo, pero tienes que dejarme el interrogatorio a mí. Soy policía ¿recuerdas? Lo

haremos a mi manera y, solo de ese modo, todos estaremos fuera de peligro. —A continuación, se dirigió a Black—. Tío, necesito tu collar. El de la calavera negra con los ojos rojos.

—¿Mi collar? ¿para qué?

—Es una larga historia, pero ayudará a que An recupere su sentido común y pueda controlar sus poderes.

—Tú... ¿también eres brujo?

—Sí, al igual que Daina, Brisa, Adalia y Naida. Tenemos que conseguir que toque el collar. Por lo que ella me ha contado, además de protegerte a ti, el hecho de tocarlo calma a su energía vital, pero hay un problema. Tal y como está ahora mismo, si el collar deja de estar con contacto contigo, te quemarás y acabarás hecho cenizas en menos de un minuto.

—¡Ostia puta! ¡Joder!

Intenté de nuevo zafarme de los brazos de Black en cuanto noté como aflojaba sus brazos, pero lo único que conseguí fue que él me diera media vuelta hasta que ambos estuvimos cara a cara, entonces, volvió a sujetarme más fuerte. Ambos nos miramos fijamente durante varios segundos en silencio hasta que decidí romper el hielo.

—¿No te doy miedo, Black? Como puedes comprobar, yo no necesito lentillas.

—No. No me das miedo. —Black pegó su cuerpo al mío antes de besarme—. Si crees que no voy a luchar por ti y sacarte de esa mierda en la que estás metida ahora mismo, vas muy equivocada. An, cariño, toca el collar. —Negué con la cabeza. Si tocaba el collar, los *Nómadas* vencerían y no podía permitirlo—. Hazlo por mí.

—Black, no me importas nada en absoluto.

—Sé que eso no es cierto.

—Sí, sí lo es. Solo te he utilizado para conseguir ese collar. Lo necesito para romper la maldición que Nahuel lanzó sobre mí. Lo he estado buscando durante muchos años y he hecho lo que debía hacer para asegurarme de que al final lo obtendría, incluido el hecho de acostarme contigo. Todo ha sido una farsa.

Black negó con la cabeza.

—No, eso no es verdad.

—Asúmelo, Black, te mentí. Mi objetivo siempre fue el collar. Me aproveché de tu deseo por mí y dejé que creyeras que lo nuestro tendría futuro.

Sabía que, después de todo lo que habíamos compartido, aquellas palabras iban a hacer mucha mella en él, pero ya era tarde para arrepentirse. Black me fue soltando poco a poco mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

Aproveché ese momento para girarme hacia los cuatro nómadas y, sin remordimientos, con un leve movimiento de manos, dejé caerlas dos inmensas bolas de fuego sobre ellos. Iñaki, Atzin, Adán y Elio gritaron de dolor en cuanto el fuego empezó a quemarles. Miré por el rabillo del ojo a Juanma, Black y Naím. Los tres observaban atónitos por la escena. Por suerte, los gritos cesaron en pocos segundos, cuando los cuatro *Nómadas* estuvieron reducidos a cenizas.

Justo entonces entraron por la puerta Adalia, Bris, Naida y Daina. Se miraron las unas a las otras sin saber cómo reaccionar. Con un movimiento de mano y mientras pronunciaba algunas palabras en latín, junté todas las cenizas en un mismo punto.

Mientras todos los allí presentes estaban quietos como estatuas, cogí mis cosas del suelo dispuesta a salir de allí lo antes posible, aunque antes, me acerqué a Black para decirle unas últimas palabras.

—Siento el desastre ocasionado, Black. Mi equipo te ayudará a limpiar todo esto. Dale el

collar a mi hermano.

Dicho esto, salí del Club a sabiendas que acababa de dejar con el corazón roto a uno de los hombres más increíbles que había conocido en toda mi vida. Agotada mentalmente y con el ánimo hundido solo había un lugar seguro donde podía ir hasta que la tormenta interior se pasara y todo volviera a la normalidad, aunque en cuanto puse un pie fuera del club supe que mi corazón también se había roto, para siempre.

CAPÍTULO 18

Corrí sin parar hasta que llegué a mi casa. Sin perder tiempo, hice las maletas, metiendo dentro lo más indispensable y bajé hasta el parking. Me subí al coche y salí de la ciudad a la velocidad de un rayo. Necesitaba alejarme de allí para no hacer daño a nadie más.

Horas más tarde llegué al caserío de mi madre. No había apagado el motor del coche cuando la vi salir con una taza en sus manos. Estaba tan guapa como siempre con su cabello rojo recogido en un moño.

—Hola, hija. Te estaba esperando.

Caminó hacia mí.

—Hola, mamá. Necesito tu ayuda.

—Lo sé, pero antes, bébete esto. Te ayudará a calmar esa energía vital.

Cogí la taza y la olí. A pesar de su olor nauseabundo, me la bebí de un trago. No habían pasado ni treinta segundos cuando empecé a notar los efectos de aquel brebaje. Mis manos dejaron de picarme, la cabeza dejó de dolerme y mis ojos volvieron a ser de su color habitual.

—Gracias.

—De nada, cariño. Y ahora, vamos dentro para que puedas contármelo todo.

Entre las dos cogimos el equipaje del maletero y entramos en la casa. Después de darme una ducha y colocar mis cosas en el armario, bajé al piso de abajo. Mi madre estaba preparando la comida. Sin que ella tuviera que pedírmelo, preparé la mesa y me senté.

—¡Huele de maravilla!

—Gracias. Sé lo mucho que te gustan las lentejas y me adelanté a tu petición —ambas nos echamos a reír. A continuación, mi madre sirvió los platos—. ¿Y bien? Cuéntame cual ha sido el motivo para que hayas perdido el autocontrol sobre tus poderes.

Entre cucharada y cucharada puse al día a mi madre tanto de la parte de investigación, como de la parte más sentimental, confesándole que me había enamorado de un humano y que había metido la pata hasta el fondo con él. Ella escuchó con atención cada una de mis palabras y cuando terminé, simplemente se levantó y me dio un fuerte abrazo.

—Y encima, acabo de ver un mensaje de papá en el móvil. Estoy citada para exponer los hechos delante del Consejo. La he jodido bien.

—Ya verás cómo las cosas se aclararán y se solucionarán. Mientras tanto, puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Gracias. Aprovecharé mi estancia aquí para escribir y ver que camino tengo que tomar con respecto a mi vida privada.

—Me parece bien.

Al día siguiente por la mañana, escuché como mi madre hablaba con alguien en la planta baja, pero no quise ser entrometida ni maleducada y decidí que lo mejor que podía hacer era regresar a la cama. El único lugar donde me apetecía estar con mi pena mientras lloraba y me escondía del mundo, pero antes de taparme con la sábana, me asomé por la ventana y vi el coche de Naím. Maldije un par de veces. No me apetecía verle, ni a él ni a nadie, por eso, cuando mi hermano llamó con los nudillos a la puerta de mi habitación, tardé más de un minuto en contestar que

pasara.

—Hola. Sabía que te encontraría aquí. Has armado una buena —me encogí de hombros—. ¿Estás mejor, hermanita?

—Hola. Si te refieres a qué si he controlado mis poderes, entonces sí, pero si te refieres a mi estado anímico, la respuesta es no. La he cagado y mucho.

—No te lo voy a negar.

—¿Cómo está Black?

Naím me miró en silencio durante varios segundos antes de contestar a mi pregunta como si estuviera sopesando que palabras iba a utilizar para no herir más mis sentimientos.

—Si quieres la verdad... está jodido —metió su mano derecha en uno de los bolsillos de la chaqueta y sacó el collar de Black—. Me lo ha dado para ti. —Lo dejó encima de la mesa antes de seguir hablando—. En cuanto te fuiste, hablé con él y se lo expliqué todo sobre nuestra naturaleza de brujos y tu necesidad de conseguir el collar. Me escuchó muy atento y, cuando terminé, se quitó el collar y me lo entregó. Aunque antes de irme me dijo dos cosas: La primera es que, si le hubieras pedido el collar y explicado los motivos tu misma, te lo habría regalado sin objeciones y la segunda... no quiere verte por el club nunca más.

Hice una mueca.

—Me lo imaginaba. Era de esperar.

—Tuvimos suerte que en esos momentos los únicos humanos dentro del club fueran Juanma y Black y, gracias a Adalia, el portero no recuerda nada de nada. Pero volviendo a la parte sentimental del asunto. An, te conozco demasiado bien y puedo notar tu tristeza desde un kilómetro de lejos. Sé que, a pesar de que tus palabras fueron despiadadas, tu corazón está roto porque te enamoraste de él, ¿verdad?

—Yo... sí, lo reconozco, pero... ¡Qué más da ahora!

—No quiero verte así.

—Ya es tarde, pero supongo que, con el tiempo, lograré superarlo, aunque no le olvidaré jamás.

—An, me ha dicho que no va a rescindir el contrato. Eso significa que, aunque ya no estéis juntos, él confía en ti como escritora.

—¿Y? Tal vez piense que como eso va a repercutir de forma favorable a su negocio, será mejor no romper el contrato.

—Deja de decir gilipolces. Tienes la oportunidad de enviarle un mensaje de disculpas y de todo lo que sientes por él a través de las palabras en tu libro. Yo de ti no la desaprovecharía. Piénsatelo.

—No quiero pensar más en eso ahora mismo. Ya bastantes problemas tengo. Como te puedes imaginar, el incidente ha llegado a oídos de papá y me ha convocado a una reunión con el Consejo.

—Lo sé. Las chicas están trabajando muy duro en tu defensa. Nadie del club quiere que dejes de ser la líder del aquelarre y sé, de muy buena tinta, que están dispuestos ir a testificar a tu favor si esto llega a juicio.

—Es gratificante saber que una cuenta con un apoyo tan grande. Y ahora... me gustaría estar a solas un rato, por favor.

—Por supuesto, sigue mi consejo. Gánate a Black con las palabras. Con collar o sin él, es tu hombre. Lo supe desde el primer momento en que os vi a los dos aquella noche en el club. An, nunca te había visto tan contenta, relajada y feliz.

—Nada de eso importa ya.

—Sí, sí importa. Te quiero, hermanita. Te veré en un par de semanas.

Dicho esto, dio media vuelta y salió de mi habitación.

Las palabras de mi hermano me hicieron pensar durante un buen rato. Amaba a Black, pero, de eso me había dado cuenta demasiado tarde y no estaba segura hasta qué punto la idea de mi hermano iba a funcionar. No culpaba a Black por no querer volver a verme, porque me había comportado como una auténtica zorra egoísta con él y le había hecho daño, mucho daño y eso no me lo perdonaría jamás. Varias lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Me había defraudado a mí misma, pero lo más importante, le había defraudado a él después de que me confiara secretos tan importantes como su verdadero nombre y su aspecto sin maquillaje.

Cansada de darle vueltas al asunto, me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y decidí salir a correr para despejarme un poco. Me cambié de ropa en un santiamén y bajé a la planta baja, donde sabía que encontraría a mi madre en la cocina y, probablemente, a mi hermano.

—Mamá, voy a dar una vuelta. Volveré antes de la cena —grité sin detenerme mientras abría la puerta.

Sin esperar respuesta, salí de allí y empecé a correr en dirección hacia el bosque mientras escuchaba la música de mi mp4. Ya llevaba un buen rato corriendo cuando empezó a sonar “The Scientist” de Coldplay. Era una canción que había escuchado muchísimas veces porque Bris era fan del grupo, pero lo cierto es que nunca le había prestado tanta atención ni me había parado a analizar el significado de la letra. Poco a poco fui bajando el ritmo hasta que dejé de correr y me senté en una de las rocas mientras dejaba que la magia de aquella canción cantada por Chris Martin me envolviera. En cuanto terminó, lo tuve claro. La incluiría en mi historia como mensaje para Black.

Me levanté y corrí de regreso a casa.

Nada más llegar, subí de dos en dos los peldaños de las escaleras hasta mi habitación. Cerré la puerta, encendí mi ordenador y empecé a leer la historia desde el principio. Tenía que reescribir algunas partes de la historia porque no me acababan de gustar, además, si quería incluir tanto la canción “Trouble” como “The scientist” de Coldplay tenía que hacer algunos pequeños cambios en la trama. Sin perder ni un segundo más de tiempo, me puse a escribir.

—An, cariño, ¿vas a bajar a cenar con nosotros?

—No tengo hambre. Lo siento, mamá. Tengo que... necesito escribir esto. Tal vez sea un esfuerzo en vano, pero es la única oportunidad que voy a tener para intentar recuperar a Black.

—Entiendo. Entonces, te dejo para que sigas escribiendo. Estoy segura de que tu hermano lo entenderá, al fin y al cabo, fue idea suya.

Mi madre cerró la puerta dejándome sola con mi ordenador y mi don para crear historias.

TRES MESES MÁS TARDE...

CAPÍTULO 19

Para bien o para mal, habían pasado muchas cosas durante los últimos tres meses. Gracias a la reclusión voluntaria durante varias semanas en casa de mi madre me dio tiempo a terminar el manuscrito del tercer libro. Había llorado mucho durante aquellos días, pero, al mismo tiempo, contar lo que sentía a través de mis palabras, aunque en la historia se viera reflejado como los sentimientos de una de las protagonistas femeninas, me ayudó a recuperarme poco a poco y a superar aquel bache depresivo.

Cuando luego vino el otro varapalo, el juicio. Al haber infringido una de las reglas o leyes principales dictadas por el propio Consejo de brujos, mi propio padre había organizado un juicio delante de todos los miembros del Consejo. A pesar de todas las pruebas que tanto Naím como mi equipo aportaron a mi favor y que culpaban directamente a Nahuel, tardaron una semana en dictar un veredicto. Por suerte, la sentencia salió a mi favor y pude recuperar mi cargo como líder de la provincia que mi padre me había quitado de forma temporal. Aunque con una condición, estaría bajo discreta vigilancia durante un año. No me gustaba sentirme observada por los esbirros de mi padre, pero, por desgracia, no me quedaba otra si quería seguir ayudando a los brujos y brujas de mi provincia por tiempo indefinido ahora que, por fin, había podido liberarme de la maldición de Nahuel gracias al collar de Black.

Black... aunque todo el mundo me decía que el tiempo lo cura todo, no había un maldito día que no me levantara pensando en él. Tal vez por ese motivo y, con la esperanza de que algún día pudiera volver a verle, sustituí los óvalos de fuego anteriores por unos nuevos, a los cuales, gracias a un conjuro especial de protección y buena suerte, esperaba que Black estuviera protegido de la magia, de cualquier maldición o mal de ojo el resto de su vida. Y lo guardé en el bolso.

Aquella tarde de lunes mi representante me había organizado una presentación del segundo libro y una sesión de firmas para los fans en una librería del centro de la ciudad. Y allí estaba yo.

Llevaba ya dos horas sin parar de firmar y dedicar libros y, por supuesto, hacerme la foto con cada uno de los fans que habían venido y que habían comprado el libro, cosa que les agradecí enormemente.

—Siguiente —ordenó mi editor, el cual estaba sentado justo a mi lado—. Ya casi hemos terminado, Antía.

Asentí sin levantar la cabeza mientras seguía firmando los libros a un grupo de jóvenes que se habían colocado alrededor de la mesa y que me impedía ver más allá de ellos para saber cuánta gente más quedaba en la fila. Una vez terminado ese grupo, alcé la cabeza y vi a Juanma y a Lican. Ambos sonrieron y me saludaron con la mano. Sonreí y les devolví el saludo. Miré a mi editor al comprobar que detrás de ellos ya no había nadie más.

—Acabamos de cerrar la librería, estos chicos son los últimos —nos informó el dueño de la tienda.

Tanto mi editor como yo asentimos y les dimos las gracias antes de darles paso a Juanma y a Lican.

—¿Qué demonios hacéis vosotros aquí?

—Somos fans tuyos. Queremos nuestro libro dedicado y una foto, por supuesto —respondió Juanma.

—Y hablar contigo un rato. Se te echa de menos en el club —añadió Lican.

—No puedo ir al club y los dos lo sabéis de sobras. Black no quiere verme por allí ni en pintura, de modo que, asunto zanjado. Lo siento.

Le arrebaté el libro a Juanma de sus manos y lo abrí por la primera hoja dispuesta a escribirle una bonita dedicatoria. Una vez terminado, se lo devolví y miré a Lican. Él enseguida pilló la indirecta y me dio el libro.

—Mi nombre real es Hugo. Lo de Lican es solo por trabajo.

Abrí el libro.

—Vale. Hugo... me gusta más ese nombre

—Pero no infunde respeto en el club, en cambio “Lican” sí.

Sonreí y bajé la vista hacia la hoja en blanco. Tardé varios segundos en escribirle una dedicatoria personalizada para él. Luego, cerré el libro y se lo entregué.

—An, Lican y yo íbamos a ir a cenar a algún bar del centro. ¿Te apuntas? Así podemos hablar con tranquilidad, como los viejos tiempos. Te echo mucho de menos.

—¿No tenéis que ir a trabajar?

—Es lunes.

—Es verdad. Desde que pasó aquello no sé en qué día vivo. Está bien. Me irá bien despejarme un poco. Esperadme fuera. No creo que tarde más de cinco minutos.

Ambos asintieron y salieron de la librería. Sin perder tiempo, me levanté de la silla y me dirigí hacia el dueño de la librería y también a mi editor y, después de darles a ambos las gracias, me despedí de ellos. A continuación, cogí mi bolso y mi chaqueta y salí a la calle donde me esperaban mis dos amigos.

—Tan puntual como siempre. Anda, dame dos besos que antes te has quedado tan alucinada de vernos que no me los has dado —me recriminó Juanma.

—Ohhhh. Disculpadme. Lo siento. No esperaba ver caras conocidas en esta presentación. —Primero le di dos besos a Juanma y luego a Lican—. Y... ¿dónde vamos?

—Aquel de allí tiene unas tapas impresionantes, buenísimas y super bien de precio. Cuando vengo por aquí siempre me paro a tomar una cerveza —dijo Lican.

—Genial. Pues... ¿a qué esperamos? Me muero de hambre. Con los nervios de la presentación no he comido nada desde el desayuno.

Con Lican a mi derecha y Juanma a mi izquierda, nos dirigimos hacia el bar.

—Aunque estás muy guapa, has perdido peso. Se te nota en la cara.

—Ya sabes, Juanma... los males de amor y las rupturas es lo que tienen. Pero, vamos a dejar de hablar de cosas tristes. Contadme qué tal van las cosas por el club y qué tal lo lleváis vosotros.

Nada más entrar en el bar nos dirigimos al único hueco libre que había en la barra. Allí, entre tapa y tapa acompañada de una buena cerveza, Juanma y Lican me pusieron de lo que había ocurrido en los últimos meses, tanto en el club como en sus vidas privadas. En cuanto me tocó mi turno de dar explicaciones, tuve que omitir varios detalles debido a que Lican no conocía mi naturaleza como bruja, además, estábamos en un sitio público y hasta las paredes podían oír.

—Por cierto, chicos. Necesito que le deis una cosa Black. Iba a entregárselo a mi abogada para que se lo llevara al club, pero aprovechando que estáis aquí... —saqué un pendrive del bolso y se lo di a Juanma—. Es la tercera parte de la trilogía. Ya está corregida y registrada, pero

si él quiere cambiar alguna cosa porque no le parezca adecuado o no le guste que se ponga en contacto con Adalia. Tiene un mes de plazo. Si en ese tiempo no sé nada, lo daré por bueno para publicar.

—¿Tenemos permiso para leerla? —preguntó Lican.

Puse los ojos en blanco antes de soltar un largo suspiro.

—Está bien, pero nada de divulgarla por ahí. Solo la leeréis vosotros dos. Me lo tenéis que jurar.

—Lo juramos —contestaron los dos a la vez.

—Confío en vosotros.

—An, ¿no nos vas a preguntar cómo está él?

—Si quieres que sea sincera, Juanma, me da miedo preguntar. Supongo que ha vuelto a ser el mismo Black que era antes de conocerme.

Ambos negaron con la cabeza. Aquel simple gesto de mis amigos me dejó de piedra.

—Ahora es peor —habló Lican.

—¿Peor? —no sé por qué, pero enseguida me imaginé a Black bajando a la mazmorra y tirándose varias tías en una sola noche. Aquella imagen provocó en mi un sentimiento de tristeza y dolor que desembocó en un pequeño sollozo. Antes de que los chicos abrieran la boca, me limpié las lágrimas con el dorso de la mano derecha—. Lo siento. ¿Podemos cambiar de tema? No puedo... no puedo soportar la imagen de Black en la mazmorra con otras tías. Es demasiado duro para mí.

—¿Eh? No, no, no. Yo me refería a que está insoportable. Siempre está de malhumor y borde. Llega al club, se da una vuelta, protesta por todo y se encierra en su despacho a beber hasta el cierre. Yo no le he visto bajar a la mazmorra. No te puedo asegurar que no lo haya hecho, pero yo no le he visto y yo si soy asiduo a pasar el rato allí.

—Yo como siempre estoy en la barra de arriba no te puedo asegurar lo que hace cuando desaparece detrás de las cortinas. Pero, antes salía tres o cuatro veces a “hacer la ronda” como él lo llama y hablaba mucho con la gente. Ahora pasa de todo el mundo. Habla poco con nosotros. Bueno, yo más bien diría que Black gruñe. Como ha dicho Lican, siempre está de mala leche.

—¡Joder! Yo tengo la culpa de todo. ¡Maldita sea! Nunca me lo perdonaré. Le hice mucho daño. Solo espero que lo supere pronto y, aunque me duela horrores decirlo e imaginármelo, que encuentre a alguien que le haga feliz.

—Eso lo dices con la boca pequeña. Sinceramente, él te sigue queriendo, al igual que tú a él. Me equivoco o ¿sigues enamorada?

—Eso no importa, Juanma. Mis sentimientos no cuentan. La jodí. Mucho. Y, por desgracia, ya es tarde.

—Mi abuela siempre decía que nunca es tarde si la dicha es buena. Déjanos a nosotros este asunto. Conseguiremos que quiera reunirse contigo a solas, pero a partir de ahí... es cosa tuya.

Con los ojos llenos de lágrimas les di un abrazo a ambos mientras les agradecía su buena intención, aunque estaba segura de que cualquier esfuerzo iba a ser en vano.

—Chicos, lamento aguar la fiesta, pero tengo que irme. Mañana regreso a mi trabajo como investigadora privada y, aunque estos meses mi equipo ha estado trabajando duro, hay muchos casos pendientes por resolver y mucho papeleo que hacer.

Después de pagar, salimos del local y me despedí de ellos hasta la siguiente ocasión. Sabía que Juanma se iba a pasar a menudo por casa ahora que sabía que había regresado a la ciudad, pero con Lican iba a ser más difícil de coincidir a menos que viniera a verme algún día al

despacho como le sugerí.

Cansada, pero un poco más feliz por haber podido disfrutar de la compañía de dos amigos, me dirigí al club privado *Claro de luna* para solventar algunos pequeños asuntos como líder del aquelarre.

Tres horas y media más tarde, ya estaba tumbada en mi cama durmiendo como un bebé.

CAPÍTULO 20

Hacía ya tres semanas que le había entregado el pendrive con el manuscrito a Juanma y aún seguía sin tener noticias de Black. Una semana más y mi editor podría dar la orden de trabajo para publicar el libro. Por una parte, eso significaba que llega a su fin una etapa de creación y llegaba la otra de promoción, pero, por otra parte, el hecho de que Black no se hubiera molestado ni siquiera en ponerse en contacto era un fracaso total en mi intento de pedirle perdón para hacer borrón y cuenta nueva.

Como cada mañana durante las últimas semanas me encontraba en mi despacho revisando el montón de casos que se habían acumulado durante mi ausencia y eso que mi equipo había resuelto muchos de ellos, pero cada vez el número de solicitudes y de casos que atender era mayor debido a la buena publicidad que estaba recibiendo la agencia. Había empezado a organizar los casos según su urgencia. Un montón con los casos urgente y el otro con los casos que no lo eran tanto, aunque no menos importantes. Aun así, esa distribución no acabó de gustarme, así pues, me senté en la silla del despacho y cogí uno de los dosieres de los casos no tan urgentes y empecé a echarle un vistazo.

En eso estaba cuando, de pronto, la puerta se abrió de golpe y Black entró como un torbellino. Contuve la respiración durante varios segundos mientras asimilaba que él estaba allí vestido de negro de arriba abajo, con su maquillaje y sus lentillas de colores. Aunque para la mayoría de gente aquel aspecto les provocaba escalofríos y rechazo, a mí me encantaba y me atraía, sobre todo, porque había llegado a conocer la persona que se escondía debajo de esa ropa y de ese maquillaje gótico y... me había enamorado de él.

Dio un paso hacia delante y cerró la puerta tras él. En ese momento tragué saliva mientras intentaba controlar el cúmulo de emociones que estaban revoloteando en mi interior. Nos miramos el uno al otro fijamente durante no sé cuánto tiempo hasta que él decidió abrir la boca para romper el hielo.

—Hola, Antía. Adalia me comentó que ibas a estar aquí todo el día.

Me había llamado por mi nombre completo. Eso no era buena señal después de que meses atrás le había dado permiso para llamarme “An” como muestra de mi confianza en él. Pero no dejé que eso me desmoronara, así pues, contuve con todas mis fuerzas la tristeza y no dejé que ninguna lágrima brotara de mis ojos. Fuera cual fuese el motivo de su visita, no iba a dejar que me hundiera ahora que, por fin, había visto la luz del túnel y empezaba a remontar.

—Hola, Black. Supongo que vienes por lo del libro —asintió y dio un par de pasos más hacia delante—. Has tardado en venir. Siéntate, por favor.

—Prefiero estar de pie.

—Entendido. ¿Y bien? Dime, Black. ¿Qué es lo que tengo que cambiar? Todavía estamos a tiempo de quitar lo que no te parezca bien.

—¿Por qué crees que tienes que cambiar algo?

—Lo primero, porque has entrado sin llamar a la puerta, de hecho, un poco más y te cargas la puerta del golpe y, segundo, me has llamado por mi nombre completo. Ambas cosas me dan que pensar que sigues cabreado conmigo y que algo de lo que hay en ese libro no es de tu agrado.

Entonces, esbozó una sonrisa traviesa.

—He pillado el mensaje, An.

Cerré el dossier del caso y lo dejé encima de la mesa. Todavía no tenía claro en que montón lo iba a poner y no quería cometer un error que debido a la inesperada visita de Black. A continuación, me levanté de la silla y rodeé el escritorio hasta situarme delante de él, pero a una distancia bastante razonable y prudente. Si Black había logrado descifrar el mensaje significaba que sabía lo mucho que le quería y lo enamorada que estaba.

Black dio un par de pasos más hacia mí dejando una distancia mínima entre los dos. No quería que se diera cuenta de lo nerviosa que estaba y contrataqué como mejor supe.

—Si has venido a reírte de mí, ya puedes irte por esa puerta o no respondo de mi magia y sus consecuencias. Advertido quedas.

—¡Wow! —Black dio un par de pasos más antes de agarrarme por la cintura y arrimarme a él—. ¿Por qué no dejas de estar a la defensiva y de amenazarme? Acepto tus disculpas y quiero que sepas que yo también siento lo mismo.

—No sé a lo que te refieres.

Black soltó una carcajada.

—Si me enamoré de ti fue por pequeñas cosas como estas —Black colocó uno de mis mechones detrás de mi oreja—. Estos meses sin ti han sido un putito infierno. Al principio pensé el cabreo que tenía contigo me iba a ayudar a superar la ruptura y a olvidarte, pero no tardé en darme cuenta de que nada de lo que hiciera iba a ayudarme en mi propósito inicial. He estado leyendo tus libros, tanto los publicados oficialmente como los escritos que me ha ido pasando Hammer. Hasta me hecho seguidor tuyo en las redes sociales, aunque sé que no las manejas tú personalmente —sonreí—. Cuando hace tres semanas Hammer y Lican me dijeron que habías vuelto y me dieron el manuscrito pensé en venir a verte, pero, después de escuchar lo que le dijiste a los dos sobre si no estaba de acuerdo en algo me pusiera en contacto con Adalia, desistí. No porque no tuviera ganas de verte, sino porque no quería que pensaras que no me gustaba lo que habías escrito. Siempre he confiado en ti en lo que a eso se refiere. Lo que no esperaba era encontrarme con esas declaraciones tuyas escondidas detrás de los pensamientos de uno de tus personajes. Me han sorprendido y emocionado mucho.

—Gracias, supongo. Y entonces...

Le miré esperando a que me dijera en qué punto estábamos en esos momentos.

—Entonces...Te lo diré en seis palabras. Te amo, Antía Denon. Cásate conmigo —solté un grito ahogado completamente atónita por sus palabras—. No tenía previsto pedírtelo ni aquí ni ahora porque ni siquiera tengo un anillo, pero...

—Sí, sí, sí... Quiero casarme contigo, Black —le interrumpí.

Black posó sus labios sobre los míos antes de lanzarse a darme un profundo e intenso beso que no dudé ni una fracción de segundo en devolverle. Sentía tantas emociones en aquellos momentos que me olvidé de que estaba besando a un humano y, por desgracia, eso tuvo sus consecuencias. Lo supe en cuanto Black empezó a soltar maldiciones y se quejó de dolor mientras apartaba tanto sus labios como sus brazos de mí y se separaba varios centímetros de mi cuerpo mirándome, esperando una explicación a lo que acababa de sucederle.

—Lo siento. ¿Estás bien? —Black se miró las manos y asintió. Solté un suspiro aliviada de no haberle causado ninguna quemadura debido a mi descuido—. Mi energía vital está muy agitada y, por un momento, se me olvidó que eras un humano y no la controlé. Dame un segundo, por favor —giré sobre mis talones y me dirigí directa a coger mi bolso. Lo abrí y saqué el collar. A

continuación, regresé con Black y se lo coloqué en el cuello—. Soy una bruja y no puedo cambiar eso, pero el collar te protegerá. Es la única manera de que yo no te haga daño cuando estemos en momentos íntimos como este.

—Pensé que lo habías destruido.

—Nah. Solo necesitaba los óvalos de fuego, ya sabes, las piedras rojas de los ojos para romper y anular la maldición de Nahuel que pesaba sobre mí. Poco después de que le dieras el collar a mi hermano y, con la ayuda de mi madre, realicé el ritual que me liberó de mi peor pesadilla. He sustituido los óvalos de fuego por otros nuevos libres de maldiciones y, gracias a un conjuro y a un ritual de protección, te protegerán siempre que lleves el collar puesto.

—Entonces... sí es así... ¿Por dónde íbamos?

—Me estabas besando.

—¿Qué tal si nos vamos a casa y hacemos las paces como es debido?

—Genial. ¿Sabes? Ahora que ya no corres ningún peligro cuando te bese puedo utilizar un poco de magia cuando... ya sabes —le guiñé un ojo —podemos levitar varios centímetros sobre la cama o quizás quieres que ilumine el techo con estrellas o fuegos artificiales como si estuviéramos en el exterior o lo que a ti te apetezca.

—¡Wow! Creo que me va a gustar mucho esto de tener una esposa bruja —sonrió de manera traviesa y me dio un beso—. ¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Cogí mis cosas y salimos de mi despacho con las manos entrelazadas dispuestos a recuperar el tiempo que habíamos estado separados.

FIN

BIOGRAFÍA

Nessa Odalys (Igalada, Barcelona en 1978) se especializó como novelista en historias de ciencia - ficción, paranormal y romántica / erótica.

Amante de la literatura, la escritura y el séptimo arte, esta autora catalana y madrileña de adopción, ha participado en varios certámenes de microrrelatos eróticos y de terror, quedando en tres ocasiones entre los finalistas. Es autora de la trilogía *Irianat* y de varios relatos de diversos géneros que se pueden leer en su página de Facebook @NessaOdalysEscritora.



AGRADECIMIENTOS

Para empezar, quiero dar muchísimas gracias a mi marido y mis hijos por estar ahí cada día y luchar a mi lado todo este tiempo, sin dejar que decaiga mi ánimo en los momentos más difíciles. Gracias por cuidarme todo este tiempo. Sois el pilar más importante de mi vida. También quisiera dar las gracias a mi toda la familia (papá, mamá, hermano, cuñados y cuñadas, yaya, sobrinas y sobrinos, primos, primas, tíos, tías etc.) y a todas mis amistades que me han apoyado durante estos últimos meses. Gracias por vuestras llamadas y mensajes de ánimo y, por supuesto, por vuestras visitas.

Quiero agradecer a mis lectores cero por su gran ayuda y apoyo para que esto pudiera salir hacia delante: mi marido, Abigail, Pilar, Esther, Merche y Mar.

Por supuesto, muchas gracias a mis amistades y seguidores su apoyo, su colaboración con las promociones, su paciencia y comprensión porque sé que muchos de vosotros estabais esperando a que publicase la tercera parte de Irianat el año pasado, pero las circunstancias me han obligado a aplazarlo hasta este año, pero del 2020 no pasa. Os lo prometo. Lo dicho, muchas gracias a Mar González, Mari Carmen Ortega, Óscar Garcia, Pilar Coronilla, Clara Alcobendas, Nieves, Mari Carmen Soriano, M.J Ballano, Abigail Garcia, Mariola Moreno, Vicky Del Carmen, Cristina Bragado, Susana Cuerva, Noa Sanz, Josefina Llorente, Aure Martinez, Rhonda Stees-Marcial, Luis Miguel Gómez, Ester FG, Marta Rodríguez, Paloma, Yolanda Rodríguez, Carmen Congosto, Laura González, Carmen Cuevas, Mayte, Esther Rodríguez, Gema Rojo, Manuel Pérez, Chelo Aísa, Trini Turégano, Noelia, a toda la gente de mi trabajo (disculpád si me olvido a alguien) y a mis chicas Bee sexy (Chelo López, Azu, Ana , Iris...) y a toda la gente que me sigue desde el principio.

También quiero dar las gracias a todas aquellas personas que han comprado este libro. Ha sido un placer compartir con vosotros un ratito de vuestro tiempo libre.

Y, por último, pero no menos importante, muchas gracias a todos aquellos que me seguís en redes sociales, tanto en Facebook, en Twitter e Instagram.